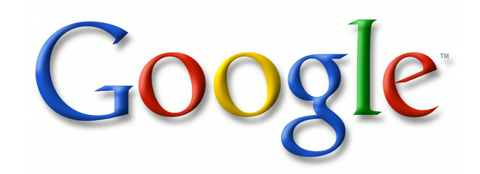
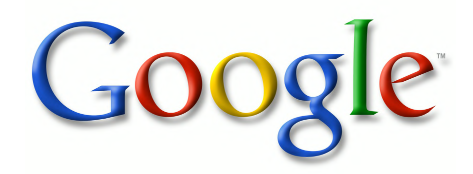
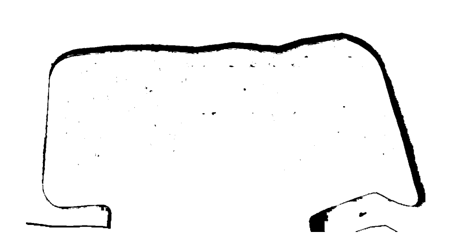





DOMI MINA
NUS TIO
ILLU MEA
Taylor Institution.



BIBLIOTECA SELECTA

DE

AUTORES CLÁSICOS ESPAÑOLES.

IV.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

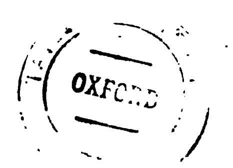
D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL.
1867.


OXFORD

CARÁCTER DRAMÁTICO

DE

DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Uso es discreto y urbano, en la culta sociedad introducido, presentar unas á otras las personas conforme llegan, anunciando el nombre y condicion de cada una, á fin de darle su puesto y consideracion respectivos, y de prevenir situaciones empeñadas.

Al haber de anunciar en la sociedad literaria que viene á componer esta «Coleccion de Autores clásicos», acordada por la Real Academia Española, al de las obras que contiene el presente tomo, apénas puede salirse de la fórmula usada en casos semejantes, á saber:

D. Juan Ruiz de Alarcon, Relator del Consejo de Indias y poeta dramático del siglo xvii.

El caudal de noticias que para su biografía tenemos, merced á las pesquisas de nuestro ilustrado

amigo y compañero Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, se reduce: á que nació en Méjico (ignórase el año) y murió en Madrid á 4 de Agosto de 1639, calle de las Urosas: hizo gran parte de sus estudios en la Universidad de su país: el año 1600 se graduó en Salamanca de Bachiller en Cánones, y el 1602 en Leyes: allí continuó su carrera, siendo pasante por los años de 1605: al siguiente estaba en Sevilla, abogando con nombradía, y unido á Cervantes en los pasatiempos literarios de la juventud de entónces: le trajeron á la Corte pretensiones cuyo logro se dilató luengamente: y consumidos sus recursos, sin duda por esta dilacion, le forzó la necesidad á escribir comedias: las principales de las que, tan luégo como fueron escritas y conocidas, le defraudaron los impresores y libreros. Estos hechos desnudos y aislados es cuanto, por nuestra parte, conocemos hasta ahora de la vida de tan preclaro autor.

El alejarse en busca de pan, de su patria, adonde iban tantos en busca de oro; el ver desatendidas sus pretensiones en la Corte; el sentirse luego despojado de sus únicos y tan queridos bienes, concluyentes indicios son de una existencia azarosa y amargada, que se infiere sin dificultad, pero que no se descubre plenamente, porque la historia sólo ha dejado estrechas rendijas para verla.

Mas ha dejado una ventana abierta de par en par, desde donde podemos contemplar su figura.

Era doblemente corcobado, corcoba celebrada á la vez por los primeros ingenios de la Corte, en porcion de composiciones poéticas, que cual otras tantas mazas de carnaval, le colgaron.

Lo entero de nuestra simpatía hácia él nos retrajera de mencionar este agravio de la naturaleza, á no ser por la rara celebridad que adquirió y por lo que, á nuestro juicio, trascendió á la informacion de sus obras dramáticas. Al encontrar entre los tejedores de aquella especie de corona de espinas, puesta entre insultos y sarcasmos á su figura física y literaria, sujetos tan piadosos y respetables como Lope de Vega, Mira de Amescua, Perez de Montalvan, Salas Barbadillo y Velez de Guevara, era imposible desconocer, que acto de hostilidad colectiva tan manifiesta arrancaba de conspiracion particular y misteriosa. Concíbese que Tirso y Quevedo, desenvueltos y fáciles para el maldecir, se hubiesen holgado con aquel tema de inspiracion; pero Lope de Vega y Perez de Montalvan, de suyo benévolos y que habian hecho acabada justicia, el uno en su *Laurel de Apolo*, y el otro en su *Para todos*, á las calidades y merecimientos literarios de Alarcon, no era de presumir contradijesen, sin poderoso motivo, lo que tan solemnemente habian afirmado. Húbole en efecto, bastante; y esclarecido está, merced á las diligentes y atinadas pesquisas del Sr. D. Juan Eujenio Hartzenbusch: fué una burla (bien poco caritativa) ó vejámen, de los que se usaban á la sazon, en las academias y cer-

támenes de literatura. Habiendo faltado Alarcon á una cita donde le esperaban varios amigos, el desaire que su ausencia habia inferido á todos, fué la Musa comun que les inspiró aquella literaria venganza.

Afortunadamente para la sociedad á que le presentamos ahora, muy otra es su figura de la que tan amargas zumbas le atrajo de sus desapiadados amigos; pues si el *estilo es el hombre*, más lo es el drama, que agrega al estilo la idea, el plan, la experiencia, el corazon y el carácter del escritor. Y si nacen de la belleza las creaciones bellas, como nacen de la virtud los actos virtuosos, las obras dramáticas de Alarcon arguyen, que dentro de aquella desapostura corporal, plugó á Dios aposentar una alma, delicia y admiracion de la posteridad. Empero no aspiramos á ponderar su valor, sino á reseñar su figura en la república literaria. Decir el puesto que allí le corresponde, y títulos especiales que se lo granjean, es tan difícil como designar, en la gloriosa procesion de nuestros escritores, la huella de cada uno ó la piedra por cada cuál aportada al gigantesco edificio de nuestro teatro. Barajadas y confundidas hasta ahora varias producciones, entre sí contemporáneas, desconocidos ó disputados sus verdaderos autores, enriquecido alguno con las ajenas, defraudado otro en las propias, su legítima adjudicacion demandaria más recio y prolijo trabajo que el presente, ya desproporcionado á mis fuerzas. El Sr. Hartzenbusch, último que con su aptitud, detenimiento y celo co-

nocidos ha hecho para el teatro de Alarcon la pesquisa y trabajo más concienzudo, le atribuye indisputadamente

Los favores del mundo.
La industria y la suerte.
Las paredes oyen.
El semejante á sí mismo.
La cueva de Salamanca.
Mudarse por mejorarse.
Todo es ventura.
El desdichado en fingir.
Los empeños de un engaño.
El dueño de las estrellas.
La amistad castigada.
La manganilla de Sevilla.
Ganar amigos.
La verdad sospechosa.
El Antecristo.
El Tejedor de Segovia.
Los pechos privilegiados.
La prueba de las promesas.
La crueldad por el honor.
El exâmen de maridos.
La culpa busca la pena.
Quien mal anda en mal acaba.
No hay mal que por bien no venga.

Renunciando, pues, á reconocer la moneda que puso en circulacion, probemos á ensayar la ley de la

que lleva su busto, ensayo que no se extenderá á todas, ya que no han de incluirse en esta coleccion las que reputemos de ménos mérito, ó de litigiosa propiedad. Vamos á estudiarlas ligeramente procurando apreciarlas en sí, y con relacion á las de su tiempo; pues partícipe el drama de las formas líricas, merced á los personajes; y de la épica, merced á la accion que desenvuelve, funde é identifica el carácter del poeta que lo escribe, y el espíritu de la sociedad que lo aplaude. Y á la manera que para medir el valor moral de un hombre, hánse de comparar sus palabras á sus acciones, pues sólo de su congruencia resulta el verdadero, así para medir el de una obra dramática, háse de examinar y definir la vida que absorbe de la sociedad en que nace, y el organismo que le atribuye la inspiracion del autor. Porque, dado que admiremos igualmente producciones de distinta índole artística, de cierto no será lo mismo lo admirado en ellas, si son hijas de contrarios procedimientos. Pues si hay en la Ciencia unos que pretenden explicar la Creacion por la Criatura y otros la Criatura por la Creacion, hay en el Arte quien hace que lo ideal, figurándose en la imaginacion, descienda á la realidad y allí se incorpore; y quién hace que lo real, apurándose en la imaginacion, ascienda á la idealidad y allí se espiritualize. Aplausos encontraron al fin de estos dos caminos, Calderon y Moratin, por haber fundido el espíritu y la naturaleza, ora realizando lo ideal, con dar al pensa-

miento cuerpo proporcionado y entero, ora idealizando lo real, con dar al hecho alma viva y apropiada.

La sociedad expuesta en nuestro teatro, notoriamente viciada de obrepcion y subrepcion, como se dice en el foro, es en muchos de sus elementos fantástica y convencional. Era, sin duda, entónces tan preciado y sabroso ser español, que no es extraño creyesen nuestros autores lisonjear el gusto público, poblando nuestra escena, más que de hombres con sus flaquezas y pasiones naturales, de españoles, con las exorbitancias del fanatismo por su Dios, por su Rey y por su Dama.

Á la manera que en la sociedad cristiana hay una virtud, la caridad, fundamento y resúmen de todas las virtudes, en la sociedad española habia otra; el valor, símbolo, gérmen y compendio de todas las bondades y excelencias: y al modo que el cristiano trae al mundo un pecado original, el Caballero español traia esta virtud original; la heredaba de sus ascendientes; procedia de la sangre. En ella se fundaban los primeros móviles de las acciones: grandes, hidalgas y dignas habian de ser las del noble: malas, ruines ó miserables las del pechero. Siendo la estirpe una verdadera predestinacion, era la virtud dote puramente social, asunto de fama, ajeno de moralidad, sin raíz, ni asiento en la conciencia.

Regíanse los Caballeros por el Honor, ídolo social cuyo grito ahogaba las voces de la moral, del derecho y de la ley: Argos cuyos cien ojos acechaban los me-

nores movimientos; mónstruo, cuyos ciegos apetitos rara vez se satisfacian sin sangre.

Las mujeres, recluidas en el hogar y tapadas en la calle ansiaban quebrantar la cadena que asian cuidadosos y tirantes los padres ó los hermanos. Reducíanse sus deberes á la obediencia y á la guarda de la honestidad, ó más bien de su fama; tan quisquillosa y quebradiza, que la malparaba un coloquio á solas con un hombre, y atraia explicaciones armadas entre su padre ó hermano y el interlocutor favorecido.

Las madres no existian: faltaba con ellas el primer afecto, la primera obligacion; la piedra angular de la familia. De los verdaderos Dioses Lares que la fundan y protegen, el uno, que es el sentimiento, ausente la madre, no se veia nunca: el otro, que es el deber, acompañaba siempre austero y desabrido al padre. Apuntar siquiera de pasada cuánto y cómo debió de trascender aquella ausencia al pensar, sentir y obrar dramático de padres, hijos y hermanos, fuera labor árdua é inoportuna: sin embargo, tan abultadas son y tan trascendentales algunas de sus consecuencias y tan emparentadas con otros hechos, por nosotros apreciados, que no podemos omitirlas.

Echábanse de ménos, ante todo, el amor de esposa: y luégo el de madre y el de hijo; los santos de todos los amores; manantiales de todo lo tierno, grande, heróico, y cima la más encumbrada á que es

capaz de elevarse el sentimiento con las alas del corazon. Las violaciones de la paz doméstica, por diferencia de edades, condiciones, caractéres, ideas, gustos y educacion, ó por los vicios, flaquezas ó extravagancias de uno y otro cónyuge, que han dado asa en nuestra época á tan cómicas é interesantes piezas, tampoco se veian en el teatro. Considerándole mero sitio para divertirse de los cuidados y ocupaciones de la vida, y teniendo á la risa por el primero y más capital resorte de diversion, al tantear los suyos, nuestros autores dramáticos se detuvieron ante la santa figura de la Madre.

Pensaron acaso, y con razon, que no podia ser risible momento alguno de su existencia, y para que no la profanase la mirada de un público tan poco dispuesto á gozar sin reir, la cubrieron con el sudario de la muerte.

Aparece, por lo tanto, solo el amor profano; y no como planta espontánea y libre de los campos, sino como flor de estufa, cultivada únicamente para embellecer una corona nupcial. No es, las más veces, comunicacion de dos almas que viven una en otra, sino lazo de intriga, orígen de perturbaciones y peligros, especie de maldicion como entre los griegos. Imposibilitado el comercio entre hombres y mujeres con la ausencia de las madres, convertidas las casas en fortalezas, cuyos alcaides y guarnicion eran los padres y los hermanos, habia que enamorarse de léjos, en las calles y tiendas, no en los salones; por los

ojos, no por los oidos. Privados del trato social, alimento de las almas y manjar único del amor honesto, el ansioso afan de verse que les acosaba y que tan rara y dificultosamente satisfacian, les forzaba á buscar ocasiones de lograrlo, por azarosas que fueran. Las preparaba, atraia y facilitaba entónces como ahora la mujer, andando con eso gran trecho del camino para su perdicion. Y hasta la que veia una liviandad en dar la mano á su amante, no escrupulizaba mayormente el darle una cita nocturna, abriéndole las puertas de su aposento, lo cual equivalia para su estimacion, á abrirle tambien las de su honestidad.

Era el amor para los hombres la posesion material; para las mujeres, achaque de emulacion ó cálculo. Todo mozo noble, valeroso y de buen talle, era adecuado aspirante á la más gentil y principal doncella..... de su clase; pues aunque se proclamaba la igualdad ante la ley del amor, cada tentativa por aplicarla les valia á las damas alguna reclusion, y á los galanes algunas estocadas. De todo lo cual se deduce, que la pasion del amor se sustanciaba, si se nos permite esta frase forense, por leyes de muy especiales procedimientos.

Los padres, que nos recuerdan involuntariamente la patria potestad romana, eran jefe único y absoluto de la familia; jefatura que los hijos compartian y en su caso, heredaban sobre las hermanas. El afecto y la confianza se traslucian en ellos rara vez: el mando y

la vigilancia siempre: la cordialidad y la ternura nunca.

Tales son los principales rasgos de la moral dramática que presentaba el teatro por los tiempos de Alarcon. Resta que apuntemos brevemente los modos de aplicarla, á la sazon usados; porque las composiciones dramáticas, como que tienen un fin externo y social tan inmediato, no dejan al escritor la libertad que las líricas, épicas y novelescas. Se la merma el gusto del público, que se convierte en coautor y asume gran parte de responsabilidad, toda vez que con su concurrencia y aplauso ó con su ausencia ó reprobacion, marca el derrotero á los autores y les traza, por lo tanto, la via de arrancarles su favorable fallo.

El espectáculo más digno del hombre, es el hombre mismo; pero varian y se gradúan las faces bajo que se presenta. No se le contempla entero desde luégo; ni en sus más preciadas partes, ni en sus más escogidos momentos. La contemplacion de las fuerzas y formas físicas precede á las de las formas y fuerzas morales. Segun vamos entrando en el conocimiento y posesion de nosotros mismos, van cambiando los resortes de nuestro sentido esthético, y han de cambiar necesariamente los cuadros que le afecten y encanten. La risa es el goce de las almas niñas; el llanto el de las almas adultas. Por esò lo ridículo llega al teatro, mucho ántes que lo sublime; los inofensivos tropiezos de la vida, ántes que las grandes

tempestades del corazon: en una palabra, á la simpatía del público y á la inspiracion del artista, ocurre ántes el *Paso de las aceitunas*, que *García del Castañar*.

Para desenvolver en la escena aquella vida henchida por la Religion, la Monarquía, el Honor, la Amistad, el Amor, la Galantería y el Valor, ocupaban sin coto el tiempo y el espacio. Al Drama religioso ponian mano el Cielo, los Aires y la Tierra, el Purgatorio, el Paraiso y el Infierno; los Angeles y los Diablos; los Santos y los Réprobos; los Espíritus y los Hombres. «Las edades bíblicas, dice propiamente el Sr. Hartzenbusch, las fabulosas; las antiguas y la media; todas eran iguales para nuestros poetas cómicos: Judíos y Griegos, Cartagineses y Turcos, Babilonios é Indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos..... Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que animaban á la sociedad española: la dama era amante con preferencia á todo; sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas locuaces y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinentes con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecian en una fábula escénica, tejido maravilloso

de lances de amor, lleno de astucias y tropelías, de disfraces, escondites y cuchilladas; cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos.»

Desconocida la Crítica, aunque estudiados y sabidos los preceptos literarios antiguos, la libertad que usaron nuestros poetas en la eleccion de materia extendieron al modo de figurarla, no mirando á una ni á otra, para establecer los géneros y clasificar las piezas teatrales. Comedia llamaron, indistintamente, á la oposicion entre el intento de una persona y los medios, que para lograrlo le suministran sus caprichos ó flaquezas; al choque de intereses ó pasiones, que llegan á transigir y concertarse en esta vida; á la lucha entre ideas ó sentimientos, que no pueden conciliarse más que en la otra. El cuadro de la debilidad, del vicio y del crímen recibieron el mismo nombre.

De suerte que, los escritores españoles, cuya doctrina y erudicion eran las clásicas de Aristóteles y Horacio, hubieron de sacrificar sus reglas al gusto ó, segun decimos ahora, á la opinion pública, que no pedia su observancia, ó al menos se pasaba perfectamente sin ella. Tal sucedió, en órden al fondo del drama, con la simultánea exhibicion de lo cómico y de lo sério, llevados á veces hasta la risa y el llanto; y en órden á la forma, con las célebres unidades de tiempo y de lugar.

Graves acusaciones han hecho con este motivo los clásicos á nuestro teatro, pretendiendo extender

y apretar por increible extremo el yugo de la unidad, no sólo al tiempo y al lugar de la accion, sino á los útiles y materia para encarnarla. Que su vida y movimientos parciales se comidieran y acompasaran al total; que los miembros se proporcionaran al todo y entre sí, condiciones eran naturales al arte y á la belleza: pero pretendian además que se uniformáran con ella: que las prendas de su arreo, si se permite esta imágen, fuesen todas de un mismo color; en una palabra, que la comedia contuviese elementos sólo cómicos y la tragedia sólo trágicos: como si esa pureza de cada uno y esa separacion entre ámbos existiese en la realidad, como si á cada momento de nuestra vida pudiésemos aplicarle el refran: dime con quién andas, te diré quién eres. Absurdo habria sido para este sistema revestir la fábula tristísima y amarga en el fondo del Ingenioso Hidalgo, con las chistosas y festivas formas, que le dió su incomparable autor.

Nunca pidió nuestro público ese divorcio; nunca vió nuestra antigua escena apartamiento semejante. Por el contrario: alternaba lo risueño con lo grave, y frecuentemente medraba ó reia uno, miéntras y con lo mismo que perdia y se desesperaba otro: frecuentemente convenian en un diálogo las más puras aspiraciones del espíritu y los más groseros apetitos del cuerpo. Y tal yuxta-posicion de ideas y sentimientos contrarios se extendia á personas, clases y situaciones. Igualábanse con frecuencia el noble y el plebeyo; pues igualarse es hacer el amo al criado

confidente de sus secretos y ocuparle en oficios propios únicamente de los íntimos amigos: más es; á veces reñian comunes batallas, comunidad que hubiera puesto grave escándalo é indignacion en el ánimo de D. Quijote de la Mancha. Estas naturales oposiciones que para el drama en general nacen de la esencia y realidad misma de la accion, en cuanto la accion es la vida, nacian para el nuestro de otras dos peculiares causas: la gravedad española, que habia de aparecer siempre; y la diversion, que no habia de degenerar nunca.

Crecia la gravedad, á medida que se depuraba el gusto, y se elevaba el sentido moral de las creaciones dramáticas: pero como el pueblo seguia viendo en el teatro un espectáculo semejante á los torneos, cañas y toros, si bien de más apacible regocijo, hubo de conservarse el especialmente diputado para promoverle, el gracioso, verdadero representante de estos intereses populares.

Las unidades de tiempo y lugar fueron siempre violadas, sin enojo del espectador, que ni entónces ni ahora las ha estimado negocio suyo, sino de la accion que se representa: la cual las lleva en sí, como la imaginacion que la crea y desenvuelve lleva tambien en sí su espacio y tiempo especiales, reducidos para el placer y dilatados para el dolor.

Lo más reparable es que faltaba á veces unidad en el plan y estructura de las creaciones dramáticas; pues dejándose arrebatar nuestros autores de la lu-

josa espontaneidad de su fantasía, sin dirigirla ni podarla, no daban lo suyo á la reflexion en el órden y partes de la materia que labraban: y cuando falta la reflexion, no se deciden con exactitud conveniente el número, especie, proporciones y situacion de cada organismo dramático, ó se les dan movimientos innecesarios ó ajenos, ó independientes del fin á que han de conspirar. Nótase entónces complicacion excesiva en los argumentos, prodigalidad en los recursos dramáticos y redundancia de personajes. De aquí el impertinente papel de algunos que sobreponen su individuo al interés parcial que representan, y se curan sólo de sí, cual existencias propias y libres, ó sólo del público que los escucha y no de la accion á que contribuyen. De aquí las pesadas exposiciones cometidas á una sola persona y que deben aligerarse, repartiéndolas; la multitud de pormenores, á lo épico y espansiones á lo lírico, del todo extrañas á la integridad de la accion.

Y natural es que en tales casos, nazca el lenguaje del discurso y de la imaginacion, primero que de la situacion ó del sentimiento y partícipe de la misma exuberancia, profusion, impropiedad y extravío. Diálogos de honor, cortesía, y particularmente de amor, se hallan en nuestros autores, que son contínuo certámen escolástico, vistoso alarde dialéctico, sutilísima gimnasia de ingenio.

Descúbrense entre las sin par bellezas del teatro nacional manchas de este linaje: y algunas alcanzaron

tambien á nuestro autor, segun veremos en el juicio crítico, que acompaña á cada uno de sus poemas. Los apuntamos aquí, como quien habiendo de escribir la historia de una reforma legal, bosquejára las costumbres é instituciones que le habian precedido.

Y es para el caso este reformador, arrumbado en la escena española por largo tiempo D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

Preclaro ingenio poético y alta inspiracion dramática fueron los ricos dones de espíritu con que quiso el cielo compensarle la injusta parcialidad de la naturaleza. Pero esa misma parcialidad le limitó la forma de usarlos, como quiera que la vida corpórea y la moral aparecen y funcionan paralela y acompasadamente. Así el cuerpo que, sin oprimir ni menoscabar en lo mínimo el albedrío del alma, afecta á la inteligencia y al sentimiento, no determina nuestra vocacion, pero influye en el modo de responder á ella. Una organizacion enfermiza, pobre ó viciosa, que cohibida por el exceso de reflexion nos trasporta á la madurez de la vida, sin habernos detenido en sus verdores, á la pesadumbre de sus cuidados, sin conocer el hechizo de sus ilusiones, aliquebrando nuestro espíritu, más que auxilio es embarazo para su libertad. La conformacion de nuestro Poeta le retraia de la sociedad placeres y lucimiento con que brindan á la vida en su comienzo la belleza, el vigor y la juventud. Léjos de sus pretensiones y desprovisto de sus halagos y brillo, concentrado dentro de sí mismo, en la profe-



sion del derecho, se consagró á sus más secas y descarnadas funciones: á la anatomía forense que divide, ordena y compone los hechos y las tesis, y es capaz, cual no otra, de corregir y disciplinar la fantasía más atrevida y lozana: en su inspiracion artística ingirió la severidad, regimiento y mesura del que no gasta y consume su existencia en frívolos goces y hermosos devaneos, sino en adquisiciones útiles y duraderas.

La naturaleza, de consiguiente, la vocacion y el hábito formaron su genio dramático, circunspecto sobrio y disciplinado: y esta imágen moral suya habia de estampar en sus obras; que sólo en los percances del mundo suele divorciar el interés á las ideas, palabras, sentimientos y acciones.

Precedido de Lope de Vega en aquel ciclo poético y seguido de Calderon de la Barca, sobrado prosáico y sencillo debió de parecer á sus contemporáneos, atónitos en medio de los prodigios y maravillas, con que aquellos venian fascinándolos. Mas como el genio traspasa los confiñes de su siglo para vivir en todos, por camino á la sazon desconocido, iba acercándose á nosotros. La sencillez, que por defecto sin duda se reputaba entónces y que de prosaismo se tildaria, era la gran dote, y el apretado vínculo que á nosotros, posteridad suya, le referia y enlazaba. Alejarse de aquel mundo caballeresco puramente fantástico, en busca del humano, era aproximarse á nosotros, aproximacion que constituye á nuestros ojos su progresivo y principal valor. Porque el

hombre tiene derecho á creer que todo ser y toda vida y toda forma son más perfectos cuanto más se acercan á él: y nosotros, la generacion presente, á pensar que nunca ha valido el hombre tanto como en el dia, porque estudiándose y conociéndose cada vez más, va ensanchando la esfera de su vida moral, y obligándose cada vez más á nuevos merecimientos y perfecciones.

Cuando la cultura llega á cierta elevacion, ó los pueblos á cierta edad, no se satisfacen con espectáculos para los sentidos: buscan otros que les levanten y purifiquen el alma. Por eso fué Alarcon tan cuidadosamente esmerado en introducir un esqueleto moral á sus dramáticas hermosuras.

La energía y excelencia de la virtud, contrarestando y venciendo la pasion más desatentada, se propuso mostrar en los *Pechos privilegiados*; lo pasajero é inseguro de las arterías y triunfos del Mal, y lo seguro y duradero de los del Bien, en *Quien mal anda en mal acaba*: el castigo del egoismo, en *Mudarse por mejorarse*: la gran virtud y fecundidad de un arrepentimiento sincero, en *No hay mal que por bien no venga*: los encantos y ventajas de la amistad, en *El exámen de maridos*: las grandezas y bondades del honor, en *Ganar amigos*: el escarmiento de la ingratitud y de la presuncion cortesana, en *La prueba de las promesas*: la supremacía de las dotes del alma sobre las del cuerpo, en *Las paredes oyen*: la instabilidad de las cosas humanas, para no ensoberbecerse

con lo bueno, ni abatirse con lo malo, en *Los favores del mundo*: la fealdad é inconvenientes del mentir, en *La verdad sospechosa.*

Al colocarse Alarcon en este mundo moral subió á la cumbre donde se posan las águilas; pero allí suben tambien los reptiles; y fuerza es observar su movimiento, para saber si volaba ó si repaba, cuando descendia á la escena. Pues el pensamiento, por alto y filosófico que sea, no entraña en sí excelencia alguna artística, hasta que la imaginacion lo figura y anima, y el discurso y la palabra lo distribuyen, regularizan y comunican. El juicio del filósofo apreciará en más *La vida es sueño*, que *La verdad sospechosa*, *El desden con el desden*, *El lindo D. Diego* y otras; pero el artista repugnará esta apreciacion, porque el arte opuestamente á la ciencia, no se prenda de lo general, sino cuando logra particularizarlo.

Pudo, por lo tanto, Alarcon concebir gigantescas ideas y no acertar á encarnarlas. Mas por ventura no fué así: su hábito de definir cuestiones, descomponer hechos y aislarlos y unirlos alternativamente, ayudó á su genio mesurado, reflexivo y organizador á determinar y medir con pulso, á la sazon raro, la vida que cada pensamiento dramático pedia; el organismo aparente para cada vida; los miembros naturales de cada organismo; las funciones propias de cada miembro; el resorte adecuado para cada funcion; en una palabra, le ayudó á dar á sus obras aquella alma artística, que irradiando del centro á la circunferencia, del todo

á la parte, forma la verdadera belleza y funda el interés y el atractivo.

Los aspectos que ofrece la vida presenta el drama y presentaba la escena española; lo serio que caia á veces en lo trágico; y lo cómico, que muchos de nuestros autores, en obsequio al público, confundieron á lo grotesco.

Relativamente al primero, ha dejado en fábulas bellas, no ménos bellas personificaciones, con propia vida é individual determinacion del Cristiano, del Caballero, del Príncipe, del Vasallo, del Padre, del Hermano, del Amigo y del Amante; porque donde luce y campea es en el drama, al cual, segun hemos visto, ántes que á lo enredoso y festivo, le inclinaba lo circunspecto de su carácter y lo sesudo de su ingenio.

Así es que cultivó tambien el género trágico. Á él pertenecen: *El antecristo*, *La crueldad por el honor*, *El dueño de las estrellas*, y *El célebre tejedor de Segovia*, drama verdaderamente romántico, que presenta la venganza de la muerte de un padre y de la deshonra de una hermana, en un cuadro vigoroso y de sumo interés y movimiento. Fanatizado por el Honor, lo divinizó en sus creaciones, y le tributó el culto de sangre, que no ha cesado de tributarle aún la sociedad presente. No abonó los excesos y rigores á que llevaba el extraviado celo por la Religion y la Monarquía: fué sólo cantor entusiasta de sus verdaderas bondades.

Ostenta el poder de la devocion religiosa en los *Favores del mundo,* desarmando á un enemigo furioso y extinguiendo en su corazon la sed de venganza' sólo con invocar el nombre santo de la Vírgen. Hace amable al Rey absoluto en *Ganar amigos*, identificándole con la justicia, que se cierra á todo favor y se abre á todo merecimiento: con sin par maestría pinta en la propia pieza los milagros del honor, que obligan al marqués D. Fadrique á proteger y salvar á su rival en amor y homicida de su hermano. Eterno ejemplo de vasallos dignos, y tipo insigne de honrados favoritos ofrece en *Los pechos privilegiados*, Rodrigo de Villagómez, salvando á su rey, despues de haber éste querido matarle injustamente y por su propia mano. Entero valor, pura lealtad y nobílisima abnegacion se retratan en el *acomodado* D. Domingo de don Blas de *No hay mal que por bien no venga.* La amistad no ha tenido pintor más aventajado: su más noble ejemplar presentan el conde D. Cárlos y el marqués D. Fadrique en el *Exámen de maridos*. El amor paternal, mezcla de oculto afecto y de aparente austeridad, encuentra el trasunto de más incomparable verdad y belleza en el *D. Beltran*, de *La verdad sospechosa.* El amor con toda su delicadeza, bondad y rendimiento personifica *D. Juan de Mendoza*, en *Las paredes oyen.* El de la mujer suele bosquejarlo fria y débilmente; y en la época de *La esclava de su galan* y de *El amor y el amistad*, no puede alegarse que se encerrára aquella pasion en

límites convencionales. Entónces, como ahora, rompia trabas, hollaba fueros, desatendia miramientos. Alarcon pudo no conocer bastante al bello sexo, retraido acaso de su trato, por lo desgraciado de su figura; probablemente ignoraria en su candor é inexperiencia, que es la mujer una flor, que coge quien más asiduamente la cultiva, ya sea hermoso ó feo, ya rico ó pobre, ya necio ó advertido. Quizás tambien contribuyera á retraerle de su trato, ó de pintarlas con más amables caractéres el conocimiento que de ellas tenia, por razon de su oficio, destinado por lo comun á conocer tipos de vicio y de corrupcion, no de virtud y de dignidad.

Tocante á la chispa cómica, á lo que despierta, sostiene y aviva el interés y provoca la risa, nunca falta la de Alarcon á las situaciones falsas, equívocas ó contradictorias, y á los casos de ridícula gravedad ó fingido desabrimiento que las requieren; halla fáciles, diestros y graciosísimos contrastes, ya porque cegando á los personajes el fin que persiguen, desatinan en la apreciacion de medios á que han de ajustar su conducta para lograrle, y obran contra sus intereses, ya porque se creen más próximos á él, cuando más se han alejado, ya porque le juzgan perdido, cuando acaban de salvarle.

Con haber infiltrado á todo el drama un pensamiento filosófico relevó al gracioso de la incumbencia de filosofar á su capricho y deparó otra á sus obligados chistes y gracejos: la de reponer al espectador

en el alegre campo de que le desalojaba á veces lo serio, interrumpiendo y quebrantando la tirantez y aprieto de las situaciones: en una palabra, puso en sus labios, á semejanza de sus contemporáneos, la protesta de la comedia, siempre que se veia arrollada por el drama.

Para conseguirlo, quitóle aquella independencia que ántes gozaba, especie de autonomía, que sin enajenarle de la accion le permitia eludirla, á título de bufon, predicador ó filósofo, por no ser el gracioso, segun dijimos, tanto exigencia del drama que se representaba, como del público que le veia. Hízole parte integrante de la fábula, destinándole, por lo comun, á servir al personaje principal de quien era, bajo el aspecto filosófico, complemento humano y bajo el dramático, cómica oposicion. Encomendóle, respecto á aquel y á la totalidad de la accion, los oficios que encomendára Cervantes á Sancho, respecto á Don Quijote y sus aventuras; lo que hace la reflexion al lado del entusiasmo y el egoismo al lado de la virtud.

Inferior á Lope en la fecundidad y á Calderon en la fantasía, era su discurso dramático más premioso y escaso; pero más regular y verdadero. Notable es de todo punto, la contextura y animacion de algunas de sus obras. *Ganar amigos*, *Las paredes oyen*, *El exámen de maridos*, *El tejedor de Segovia*, y sobre todo *La verdad sospechosa*, muestran la poderosa unidad de accion tan precisa al drama, porque es la raíz

del interés que brota luégo en el espectador: la variedad èn que aquella unidad se resuelve, mediante la série de ideas, sentimientos y actos que forman las escenas ó marcha de la accion y conducta de cada personaje: la armonía ó proporcionado compás, con que cada uno, en su índole y condicion, secunda el movimiento, apareciendo su proceder coordinado al de los otros y subordinado á las constantes y variadas exigencias de la accion, dictadora única de todas las leyes y reglas dramáticas. Allí se ve la artificiosa naturalidad, con que los caractéres y situaciones que importa la accion, van esforzando las oposiciones que la dificultan: como el vicioso, maniático ó criminal, movidos de su vicio, manía ó pasion, caminan á su particular intento: y si se encuentran, es por distinto itinerario ó con diversa mira, y cuando logran la que se proponian, no es por su esfuerzo individual aislãdo, sino por la cooperacion de todos: como desata el nudo, con las propias fuerzas morales que lo ata, sirviéndose del mismo móvil que produjo las acciones intermedias conducentes al conflicto, para producir tambien las que atraen el restablecimiento y desagravio de la ley moral envuelto en todo desenlace.

Si

Las gracias del alma
Son almas de las del cuerpo,

segun afirma nuestro autor, visto el rumbo y concordancia que daba al proceso de sus poemas dramá-

ticos, fácilmente inferiremos las condiciones de su expresion, esto es, de sus diálogos, estilo y lenguaje. Porque claro es el de quien discurre con lucidez; acalorado, el del que siente con vehemencia; sereno, el del que oye la voz de la razon; pintoresco, el del que vuela tras de la fantasía.

Las escenas, que van llamándose naturalmente unas á otras, y componiendo, cual otras tantas facciones, la fisonomía del drama, se suceden en diálogos vivos, discretos y proporcionados, con oportunísimos chistes en las situaciones ó personajes cómicos; con valentía, miramiento y dignidad en los sérios; con pasion, entereza y valor sobrenatural en los trágicos. Exposiciones y ejemplos de sencillez brevedad y conveniencia hay en *Mudarse por mejorarse*, y en *Quien mal anda en mal acaba*; divisiones de actos, con el corte más oportuno y adecuado en *Las paredes oyen* y *Ganar amigos*; variedad riquísima, bajo la más potente unidad en *El exámen de maridos* y *La verdad sospechosa*.

Su lenguaje, semejante al lago, cuya superficie deja ver los cielos que le cubren, las márgenes que le ciñen, los rostros que á él se asoman y las piedras que yacen en su fondo, traduce los conceptos más sencillos, las más ataviadas imágenes y los más fervorosos afectos. Provisto de las naturales imágenes que forman la materia del lenguaje poético, no las prodiga con tal exuberancia que destruyan la claridad del pensamiento, ahogándole en pormenores de

expresion, ni sofoquen el calor de los afectos, bajo el peso de equívocos, metáforas y alegorías. Ni pudiera su atentado paso dar mas que rara vez este tropiezo, que tan bien habia definido y motejado, diciendo en la *Industria* y la *Suerte*, por boca de Jimeno:

No como algun presumido
En cuyos humildes versos,
Hay cisma de alegorías
Y confusion de concetos.
Retruécano de palabras,
Tiqui-miqui y embeleco,
Patarata del oido
Y engañifa del ingenio;
Que bien mirado, señor,
Es música de instrumentos
Que suena y no dice nada.

Rivalizan con Alarcon, y áun le vencen otros poetas en algunas condiciones dramáticas; en la limpieza, desembarazo y tersura de estilo; en lo cortés, selecto y apurado de su lenguaje, ninguno: el de *Ganar amigos* y el de *Quien mal anda en mal acaba,* pueden competir con cualesquiera. Marca el período más brillante del castellano; es entre los escritores dramáticos, como entre los prosistas, el del *Símbolo de la Fe*, *Pérsiles y Sigismunda* y la *Perfecta casada.* Y por penoso que sea de confesar á nuestro amor propio, el del dia mismo no le iguala en muchas ocasiones. Las comedias que ahora publicamos verificarán nuestro aserto.

No se agotan los aspectos de la obra literaria del genio, que ofreciendo siempre á la consideracion nuevas, más interesantes y más expresivas bellezas, parece en cierto modo infinita: y el análisis, cuando quiere rastrear el orígen de ellas y seguir su generacion, se sume en tantas confusiones que se fatiga y pierde como en tenebroso laberinto. Otorgó al arte Dios alas con que se remontára hasta el Sol; pero no á la crítica vista, que no se cegára ante sus rayos.

En resúmen: fué D. Juan Ruiz de Alarcon el poeta dramático más filosófico y doctrinal de su época: el que más constantemente moralizó el propósito de sus creaciones: el que estableció mayor concierto, subordinacion y proximidad, entre los medios y fines artísticos: el que enseñó á sus personajes habla más sencilla, despejada, correcta y popular.

La índole de este escrito no admite análisis y comprobaciones, que han de hallar en otro su apropiado lugar. Á poder crearse la belleza dramática, por virtud de documentos ó ministerio de leyes aprendidas, mucho pudiera enseñar el estudio de nuestro poeta.

Si parcial fuese nuestro juicio, excesiva nuestra admiracion, ó cómplice de ella nuestro patriotismo, no hubiera alcanzado entre otros, á tres de los más grandes escritores de la edad clásica francesa. P. Corneille, que introdujo en su escena la *Verdad sospechosa*, medio refundida y medio copiada, con el título del *Embustero*, decia «que el asunto le habia parecido

tan ingenioso y bien compuesto, que hubiera dado por su invencion, dos de sus mejores obras.» Moliere, el creador de *la comedia moderna* escribia á Boileau «que *La verdad sospechosa* le habia revelado la verdadera comedia, y que sin ella acaso no hubiera escrito *El misántropo.*» Por último, Voltaire, que se admiraba de pocas cosas, y permitia difícilmente á su admiracion traslucir, le llamaba «maravilla del arte, á que nada se parecia entre antiguos y modernos.»

Posteriormente Philarete Chasles, Puibusque, Chack, Ticknor y otros en juicios más ó ménos motivados, y con relacion á unas ú otras piezas suyas, afirman que es uno de los poetas de mayor mérito, ingenio y pericia dramática en el siglo de oro del teatro español.

Entre nosotros del propio sentir son: Alcalá Galiano, García Suelto, Gil de Zárate, Lista, Martinez de la Rosa, Mesonero, Ochoa y el artista, crítico y erudito, que con fecha más reciente, estudio más profundo y más indisputada competencia ha hecho la coleccion de las obras de nuestro autor, Sr. D. Juan Eujenio Hartzenbusch.

No es por lo tanto inmotivada y gratuita la alabanza que le tributamos, ni original y exclusivamente nuestra la apreciacion de su valor literario. Ya hemos visto que le han apreciado ántes muchos de suprema competencia. Pero, ¿qué importa llevar la palma de la primacía y de la originalidad en la ocasion presente? Lo que importa y satisface es lo justo y mere-

cido de la alabanza; pues la honra de que nos priva el no ser los primeros á entonarla, sobradamente se compensa con el orgulloso placer de unir nuestra voz al concierto de los que cantan con amor las glorias de su patria.

Isaac Nuñez de Arenas.

LOS PECHOS PRIVILEGIADOS.

LOS PECHOS PRIVILEGIADOS.

PERSONAS.

EL REY DE LEON, *galan.*
RODRIGO DE VILLAGÓMEZ, *galan.*
EL REY DON SANCHO, *galan.*
RAMIRO, *galan.*
EL CONDE MELENDO, *viejo grave.*
BERMUDO, *su hijo.*
NUÑO, *criado del Conde.*
CUARESMA, *gracioso.*
LEONOR, *dama.*
ELVIRA, *dama.*
JIMENA, *villana.*
UN PAJE.
MENDO, *cortesano.*
OTRO CORTESANO.
FORTUN, *criado del Rey don Sancho.*
DOS VILLANOS.

La escena es en Leon y en una Aldea.

ACTO PRIMERO.

Salon del Real alcázar de Leon.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. RODRIGO.

RODRIGO.

Famoso Melendo, Conde
De Galicia, no penseis
Que la pretension que veis,
Sólo al amor corresponde
De mi adorada Leonor,
Que vuestra firme amistad

Tiene más autoridad
En mi pecho que su amor.
Por esto me resolví
Á lo que el alma desea,
Porque parentesco sea
Lo que amistad hasta aquí.

CONDE.

Bien pienso, noble Rodrigo
De Villagómez, que estais
Seguro de que gozais
El primer lugar conmigo
De amistad; bien lo he mostrado
Con una y otra fineza,
Pues yo he sido de su alteza
Ayo, tutor y privado;
Y aunque el amor he entendido
Que os tiene su majestad,
Estimo vuestra amistad
Tanto, que no me han movido
Á que dél quiera apartaros
Los celos de su privanza;
Que esta es la mayor probanza
Que de mi fé puedo daros;
Que es alta razon de estado,
Si bien no conforme á ley,
No sufrir cerca del Rey
Competidor el privado;
Porque la ambicion inquieta
Es de tan vil calidad,
Que ni atiende á la amistad,
Ni el parentesco respeta.

Mas aunque es tan verdadera
Mi amistad, no por amigo
Me obligais; que por Rodrigo
De Villagómez os diera
Tambien de Leonor la mano,
Alegre y desvanecido
De lo que con tal marido
Gana mi hija, y yo gano.

RODRIGO.

Las plantas, Melendo, os beso
Por la merced que me haceis.

CONDE.

Alzad, alzad; que ofendeis
Vuestra estimacion con eso;
Pues ni el reino de Leon
Ni España toda averigua
Ó calidad más antigua,
Ó más ilustre blason
Que vuestra prosapia ostenta,
Á quien, para eternizallos,
Dán fuerza tantos vasallos,
Y tantos lugares renta.

RODRIGO.

Todo, gran Melendo, es poco
Para que alcanzar pretenda
De vuestra sangre una prenda,
Cuyo bien me vuelve loco:
Y así, con vuestra licencia,
Al Rey la quiero pedir;

Que no basta á resistir
El deseo la paciencia.

CONDE.

Y yo llevar al instante
La alegre nueva á Leonor,
De que es mi amigo mayor
Su más verdadero amante. [*Vase.*]

ESCENA II.

RODRIGO.

En tanto bien, pensamiento,
¿Qué resta que desear,
Sino sólo refrenar
Los impulsos del contento?
Que segun del alma mia
La capacidad excede,
Como la tristeza, puede
Matar tambien la alegría.
Al Rey quiero hablar..... Él viene:
Su licencia y mi ventura
La esperanza me asegura
En el amor que me tiene.

ESCENA III

EL REY. RODRIGO.

REY.

¡Rodrigo!

RODRIGO.

¡Señor!

REY.

Agora
Á buscaros enviaba;
Que ya sin vos dilataba
Á muchos siglos un hora.

RODRIGO.

¿Cuándo pude merecer,
Señor, gozar tan crecido
Favor?

REY.

Á tiempo he venido
En que el vuestro he menester.

RODRIGO.

Hoy mi ventura de nuevo
Comenzaré á celebrar,
Si en algo empiezo á pagar
Lo mucho, señor, que os debo.

REY.

En algo no; en todo, amigo,
Me daré por satisfecho.

RODRIGO.

Acabe pues vuestro pecho
De ser liberal conmigo.

REY.

Yo estoy (por decirlo todo
De una vez) enamorado;
Y es tan alto mi cuidado,
Que no puedo tener modo
De remediar mi pasion,
Si vos no sois el tercero,
Porque las prendas que quiero,
Prendas de Melendo son.

RODRIGO. [*Ap.*]

¡Ay de mí! Leonor será:
¿Quién lo duda?

REY.

Vos, Rodrigo,
Sois tan familiar amigo
Del Conde, que no podrá
Darme mayor confianza
Otro que vos, ni tener
Ocasion de disponer
Los medios á mi esperanza,
Que como á su bien mayor,

Á los favores aspira
De la hermosa Doña Elvira.

RODRIGO. [*Ap.*]

Cobró la vida mi amor.

REY.

Este es el bien que pretendo
Por vuestra mano alcanzar.

RODRIGO.

¿Temeis que os ha de negar
La de su hija Melendo,
Si os quereis casar, señor?
Declaráos con él; que es cierto
Que alcanzareis, por concierto
Lo que intentais, por amor.

REY.

¿En tan poco habeis creido
Que me estimo, que os pidiera,
Si ser su esposo quisiera,
El favor que os he pedido?

RODRIGO.

¿Y en tan poca estimacion
Os tengo yo, que debia
Presumir que en vos cabia
Injusta imaginacion?
¿Y en tan poco me estimais,
Ó me estimo yo, que crea
Que para una cosa fea

Valeros de mí querais?
Y al fin, ¿tan poco entendeis
Que estimo al Conde, que entienda
Que vuestra aficion le ofenda,
Si ser su yerno podeis?

REY.

Á mí y al Conde y á vos,
Rodrigo, estimar es justo;
Mas ni tiene ley el gusto,
Ni razon el ciego Dios.
Y cuando Sancho García,
Conde de Castilla, intenta
(Porque así la paz aumenta
Entre su gente y la mia)
Darme de doña Mayor,
Su hermosa hija, la mano,
Y el leonés y el castellano,
Tuvieran por loco error,
Pudiendo, no efectuallo,
¿Con qué disculpa ó qué ley
Trocará su igual un Rey
Por la hija de un vasallo?

RODRIGO.

Pues si en eso corresponde
Á la razon vuestro pecho,
¿Por qué tambien no lo ha hecho
Para no ofender al Conde?

REY.

Porque lo primero fundo
En buena razon de estado,

Y en estar enamorado,
Que es sinrazon, lo segundo.
Esto habeis de hacer por mí,
Si es que mi vida estimais,
Y si el lugar deseais
Pagar que en el alma os dí.

RODRIGO.

Señor! mirad.....

REY.

Ciego estoy:
No me aconsejeis, Rodrigo.
Esto haced, si sois mi amigo.

RODRIGO.

Alfonso, porque lo soy,
Os pongo de la verdad
Á los ojos el espejo;
Que se vé en el buen consejo
La verdadera amistad.

REY.

Yo me doy por advertido,
Y del consejo obligado;
Mas pues, habiéndole dado,
Con quien sois habeis cumplido,
Determinándome yo
Á no tomalle, Rodrigo,
Debe ayudarme mi amigo
Á lo mismo que culpó.

RODRIGO

Nunca disculpa la ley
De la amistad el error.

REY.

¿Disculpa quereis mayor
Que hacer el gusto del Rey?

RODRIGO.

Ántes seré más culpado;
Y de eso mismo se arguye,
Porque del Rey se atribuye
Siempre el error al privado.
Y con razon; que es muy cierto
Que el divino natural
Que dá la sangre Real
No puede hacer desacierto,
Si al genio bien inclinado
De quien sólo bien se aguarda,
Hacen dos ángeles guarda,
Y aconseja un buen privado.

REY.

¡Libre os Dios que la pasion
Del amor sujete al Rey!
Que ni hay consejo, ni ley,
Ni sangre, ni inclinacion;
Ántes llega á enfurecer
Con tanta mayor violencia,
Cuanta mayor resistencia
Tuvo el amor que vencer.

Y puesto que me venció,
Y he llegado á resolverme,
Os toca ya obedecerme,
Si aconsejarme os tocó.

RODRIGO.

Señor, la misma razon
Por qué á mí me lo encargais,
Hace, si bien lo mirais,
La mayor contradicion;
Que si á Elvira puedo hablar,
Por ser amigo del Conde,
Con eso mismo os responde
Mi fé que me he de excusar;
Pues ni yo fuera Rodrigo
De Villagómez, ni fuera
Digno de que en mí cupiera
El nombre de vuestro amigo,
Si sólo por daros gusto
En un caso tan mal hecho,
Hiciera á un amigo estrecho
Un agravio tan injusto.

REY.

Si os sentís más obligado
Á su amistad que á la mia,
Serviráme esta porfía
De haberme desengañado;
Pero si valgo, Rodrigo
De Villagómez, con vos
Más que el Conde, una de dos:
Hacerlo ó no ser mi amigo.

RODRIGO.

Si yo no lo he merecido
Por mi sangre y mi valor,
Muy caro dais el favor,
Á precio de honor vendido;
Que ese es modo con que suele
Levantarse á la privanza
Del Rey, sólo quien no alcanza
Otras alas con que vuele;
Mas no quien pudo llegar
Por sus partes á subir,
Y merece con servir,
Y no con lisonjear.

REY.

Vuestra opinion os engaña;
Que á quien lisonjas desea,
Sirve quien le lisonjea
Más que quien le desengaña.
Y para que os reduzgais,
Advertid, que es necedad
Perder de un Rey la amistad
Por lo que no remediais;
Que para este fin, Rodrigo.,
Mil vasallos tendré yo
Sin dificultad; vos no
Fácilmente un Rey amigo.

RODRIGO.

Para hacer yo lo que debo,
Sólo á lo que debo miro;

Ni á otros efetos aspiro,
Ni de otras causas me muevo.
Lo que yo solo no hago,
Decís que muchos harán;
Mas esos mismos darán
Lustre á la deuda que pago;
Pues cuando os pierda, señor,
Dirán que entre tantos fuí
Sólo yo, quien me atreví
Á perderos por mi honor.
Los malos honran los buenos,
Como honra la noche al dia;
Que sin tinieblas, tendria
El mundo la luz en ménos.

REY.

Basta; que es poco respeto
Tanto argumentar conmigo;
Y advertid, si como amigo
Os descubrí mi secreto,
Supuesto que os resolveis
Á no hablar á la que adora
Mi pecho, que os mando agora,
Como Rey, que lo calleis
Y no me volvais á ver;
Que si, á precio del honor
Juzgais caro mi favor,
Debiérades entender
Que en ésta cumbre que toco
Es el más alto interés
Ser mi amigo; y si lo es,
Nunca mucho costó poco. [*Vase.*]

ESCENA IV.

RODRIGO.

¿Esto es servir? ¿Estos son
Los premios de la fineza,
Los fines de la grandeza,
Los frutos de la ambicion?
¿De modo que la razon
No ha de ser ley, sino el gusto,
Y que, cuando el Rey no es justo,
Quien conserva su privanza
Viene á dar cierta probanza
De que tambien es injusto?
Pues no, no perdais, honor,
La alabanza más segura;
Que ser privado es ventura,
No quererlo ser, valor.
El privar es resplandor
De ajenos rayos prestado,
Y es luz propia haber mostrado
Que quiso ser más Rodrigo
Buen amigo de su amigo,
Que de su Rey mal privado.
Perdí su gracia y mi amor
Á Leonor; que es justa ley
Que sin licencia del Rey
No me dé el Conde á Leonor.
Su indignacion y mi honor
Pedilla me han impedido,
Pues su sangre he ya entendido
Que quiere el Rey ofender;

Mas el valor en perder
Hace lograr lo perdido.
Perdiendo pues, corazon,
Ganemos la mayor gloria;
Que es la más alta victoria
Vencer la propia pasion.
Combátame la ambicion,
Aflíjame el amor loco;
Que en estas desdichas toco
De la virtud el valor;
Y si es ella el bien mayor,
Nunca mucho costó poco. [*Vase.*]

Calle.

ESCENA V.

RAMIRO. CUARESMA.

CUARESMA.

¿Al fin eres ya privado
Del Rey?

RAMIRO.

Sí.

CUARESMA.

¿Y cómo, señor,
Díme, has de ser en su amor
Privado? ¿puro ó aguado?

RAMIRO.

No entiendo esa distincion.

CUARESMA.

Va la explicacion. Aquel
Que tratando el Rey con él
Sólo las cosas que son
De gusto, vive seguro
De quejosos maldicientes
Y cansados pretendientes,
Llamo yo privado puro;
Mas el triste á quien le dan
Un trabajo tan eterno,
Que es del peso del gobierno
Un lustroso ganapan
(Aunque al poeta desmienta
Que suele llamarlo Atlante,
Pues no hay cosa más distante
Del cielo que éste sustenta,
Que la carga del gobierno,
Que infierno se ha de llamar,
Si es que el eterno penar
Se puede llamar infierno);
Este pues, que siempre lidia
Con tantos, tan diferentes
Cuidados, que á los prudentes
Dá compasion, y no envidia;
Éste, que no hay desdichado
Caso, aunque sin culpa suya,
Que el vulgo no le atribuya,
Llamo yo privado aguado;
Pues como quita el sabor
Al vino el agua, es tan grave

Su pena, que no le sabe
El ser privado á favor.

RAMIRO.

Yo, segun ese argumento,
Vengo á ser privado puro,

CUARESMA.

Con eso tendrás seguro
El gusto, poder y aumento.
Mas dí, ¿cómo la aficion
Del Rey pudiste alcanzar?

RAMIRO.

Eso no has de preguntar;
Que es secreta la ocasion.

CUARESMA.

¿Secreta?

RAMIRO.

Cuaresma, sí.

CUARESMA.

¿Y no la puedo saber?

RAMIRO.

No.

CUARESMA.

¡Qué tal debe de ser,
Pues que la encubres de mi!

RAMIRO.

Sólo te he de declarar
Que en el lugar que perdió
Villagómez, entro yo;
Que al Rey no supo agradar,
Y con ser dél tan bien visto,
De sus ojos le ha apartado.

CUARESMA.

¿Con expulsion has entrado,
Y de un hombre tambien quisto?
¡Oh!.... ¡lo que dirán de tí!

RAMIRO.

Si ha sido gusto del Rey,
Y el obedecerle es ley,
¿Por qué han de culparme á mí?

CUARESMA.

Porque, segun he entendido,
El vulgo mal inclinado
Siempre condena al privado,
Siempre disculpa al caido.
Mas del Conde Galiciano
Es esta la casa.

RAMIRO.

Á Elvira
Quiero hablar: quédate y mira
Que si viniere su hermano

Ó su padre, al mismo instante
Me avises.

CUARESMA.

Si en eso está
El servirte, no será
Un soplon más vigilante. [*Vanse.*]

—

Sala en casa del Conde Melendo.

ESCENA VI.

RAMIRO.

En lo que vengo á emprender
Sirvo al Rey, si al Conde ofendo:
Y así, perdone Melendo;
Que al Rey he de obedecer.
Elvira es esta, y me ofrece
La soledad conyuntura:
Parece que la ventura
Á los Reyes favorece.

ESCENA VII.

ELVIRA. RAMIRO.

ELVIRA.

Ramiro, sin avisar,
¡Hasta aquí os habeis entrado!

RAMIRO.

¿Cómo ha de haber avisado
Quien sola os pretende hablar?
Del Rey soy, hermosa Elvira,
Secretario y mensajero
Del amor más verdadero
Que el tiempo en su curso admira.
Mis razones perdonad,
Si poco adornadas son;
Que el ser veloz la ocasion
Dió á la lengua brevedad.
El Rey, en fin, confiado,
Si no le mienten señales,
De que no son desiguales
Su pena y vuestro cuidado,
Os pide tiempo y lugar
Para poder visitaros,
Porque entre morir ó hablaros
Ya no hay medio que esperar.

ELVIRA.

Ramiro, aunque las señales
No han engañado á su alteza,
Nunca olvidan su nobleza
Las mujeres principales.
Mi padre ha sido tutor
Del Rey, y el haber pasado
Juntos la niñez ha dado
Con la edad fuerza al amor:
No lo niego: ántes estoy
Tan rendida y abrasada,

Que mil veces despechada,
Me pesó de ser quien soy.
Esto decid á su alteza
Porque alivie sus enojos;
Y que volviendo los ojos
Á mi heredada nobleza,
Si en mi obligacion me ofendo,
Me alegro en mi presuncion;
Que no es el Rey de Leon
Mejor que el Conde Melendo.
Y teniendo confianza
De que puedo ser su esposa,
Si es la obligacion penosa,
Es dichosa la esperanza
Que me dá mi calidad;
Y así, si Alfonso me quiere,
Sin ser mi esposo, no espere
Conquistar mi honestidad;
Que si con tal sangre y fama
Para esposa me juzgó
Pequeña, me tengo yo
Por grande para su dama.

RAMIRO.

Al fin, ¿no daréis lugar
De que os hable?

ELVIRA.

Si arriesgára
La opinion, ¿qué me quedára,
Teniendo amor que negar?
Públicamente me vea

Si la mano quiere darme;
Que si no, yo he de guardarme
De quien mi infamia desea.
Y adios, Ramiro, que viene
Gente.

ESCENA VIII.

RAMIRO.

Adios.—Esta es Leonor;
Mas ocultalla mi amor
Á los intentos conviene
Del Rey; que porque á sentir
No llegue el Conde, que aspira
Á los amores de Elvira,
Á mí me manda fingir,
En lo público, su amante,
Para encubrir su aficion.
Callemos pues, corazon,
Si puede en amor constante. [*Vase.*]

ESCENA IX.

LEONOR. ELVIRA.

LEONOR.

Mucha novedad me ha hecho
El ver á Ramiro aquí.

ELVIRA.

Agora sabrás de mí
Lo que no cabe en mi pecho.

Ya no me quejo, Leonor:
Dichoso es ya mi cuidado;
Que Alonso se ha declarado,
Y paga mi firme amor;
Y de su parte ha venido
Ramiro á solicitar
Que le conceda lugar
De verme.

LEONOR.

¿Y qué has respondido?

ELVIRA.

Dije..... Mas este es Rodrigo
De Villagómez: despues
Lo sabrás. [*Vase.*]

ESCENA X.

RODRIGO. LEONOR.

RODRIGO.

(*Ap.* Turbados piés,
Aquí el mayor enemigo
De vuestra honrosa partida
Os presenta el ciego amor;
Mas pasos que dá el honor,
No es bien que amor los impida.)
Cuando os pensaba pedir,
Leonor, el bien soberano
De vuestra adorada mano,
Dél me vengo á despedir

Y de vos, para una ausencia
Tan forzosa, que con ser
Vos mi dueño, la he de hacer
Aunque no me deis licencia.

LEONOR.

Pues ¿qué ocasion?.....

RODRIGO.

Leonor bella,
La ocasion no pregunteis;
Que es grave entender podeis,
Pues os pierdo á vos por ella.
Ni puedo ménos hacer,
Ni más os puedo decir.

LEONOR.

Más me dais á presumir
Que de vos puedo saber;
Que el que un secreto pondera
Y lo calla, hace más daño
Dando ocasion á un engaño,
Que declarándolo hiciera:
Y así, quien prudencia alcanza,
Ó no ha de dar á entender
Que hay secreto que saber,
Ó ha de hacer dél confianza;
Que no ha de dar el discreto
Causa al discursivo error
Del que no tiene valor
Para fialle un secreto.

RODRIGO.

Señora, cuando es forzoso
Disculpar yo la mudanza
De una tan cierta esperanza
De ser vuestro amado esposo,
¿Cómo no os daré á entender
Que hay causa donde hay efeto?
Y si es la causa un secreto
Que vos no podeis saber,
¿Cómo puedo yo dejar
De tocarlo y de callarlo?

LEONOR.

Resolviéndoos á fiarlo
De quien os ha de culpar
De mudable, y entender
Que pues callais la ocasion
De una tan injusta accion,
Es por no haberla, ó no ser
Bastante: que es desvarío
Pensar que querrá un discreto,
Por no fiarme un secreto,
Infamar su honor y el mio.
¿Qué puedo yo, qué Leon
De una tan fácil mudanza
Pensar, si della no alcanza
La verdadera ocasion,
Sino que habeis descubierto
Defetos en mí, y que han sido
Muy graves, pues han rompido
Tan asentado concierto?

No tuvo firme aficion
Quien tan fácil se ha mudado;
Que con ella el agraviado
Ama la satisfaccion
Y si me culpa la fama,
Esta fuera ley forzosa,
No sólo amándome esposa,
Pero sirviéndome dama.

RODRIGO.

Ni es mudable mi aficion,
Ni la fama se os atreve,
Ni es la ocasion que me mueve
Sujeta á satisfaccion;
Y si puede peligrar
Vuestro honor, culpad, Leonor,
Mi fortuna, no mi amor;
Que ella me obliga á callar.

LEONOR.

Pues si ni os mueve mi daño
Ni satisfaccion quereis,
Aunque el secreto oculteis
No oculteis el desengaño.
Partid pues; que estando ausente
Poco pienso padecer;
Que es muy fácil de perder
Quien me pierde fácilmente. [*Vase.*]

RODRIGO.

Aguardad, Leonor hermosa.—
Fuése. ¡Oh inviolable preceto!

¡Oh dura ley del secreto,
Cuanto precisa, enojosa!

ESCENA XI.

EL CONDE. RODRIGO.

CONDE.

Rodrigo, la larga ausencia
Vuestra me daba cuidado,
Y en palacio os he buscado
Sin fruto y con diligencia.

RODRIGO.

Muy otro, Conde, me veis
Del que pensastes jamás;
Ya en cualquiera parte, más
Que en palacio, me hallareis.

CONDE.

Pues ¿qué novedad se ofrece
En vuestras cosas?

RODRIGO.

Melendo,
No se merece sirviendo;
Agradando se merece.
Del Rey por cierta ocasion
La gracia, Conde, he perdido:
Bien sabe Dios que no ha sido
La culpa de mi intencion.
Por esto pues ausentarme
De la corte es ya forzoso,
Y esto el tálamo dichoso

De Leonor pudo quitarme;
Que ni pedir fuera justo
Licencia al Rey enojado,
Ni á Leonor en este estado
Me daréis contra su gusto.

CONDE.

¿Cómo no?

RODRIGO,

De vuestro amor
El mayor exceso fío;
Pero no os permite el mio
Por mí el disgusto menor.

CONDE.

Ó el Rey os ha de volver
Á su gracia, ó ¡vive Dios,
Caro amigo, que por vos
Yo tambien la he de perder!

RODRIGO.

No intenteis ser mi tercero;
Que del Rey la indignacion,
Miéntras dure la ocasion,
Ni puede cesar, ni quiero.
Yo parto á Valmadrigal,
Donde entre vasallos mios,
Ni temeré los desvíos
Ni el aspecto desigual
Del Rey Alfonso, aunque vos
Con vuestra penosa ausencia

Soliciteis mi impaciencia.
Dadme los brazos, y adios.

CONDE.

¿Que no puedo yo saber
La ocasion desto, Rodrigo?

RODRIGO.

Pues sois mi mayor amigo
Y callo, debe de ser
Imposible declararme;
Mas si sabeis discurrir,
Harto os digo con partir,
Con callar y no casarme. [*Vase.*]

ESCENA XII.

EL CONDE.

Cuando fué á pedir licencia
Al Rey de casarse, ¡vuelve
En su desgracia, y resuelve
Hacer, sin casarse, ausencia!
¡Cielos! ¿Qué puedo pensar,
Si mi más estrecho amigo
Dice tras eso: «Harto os digo
Con partir y con callar
Y no casarme?» Sin duda
Que es prenda del Rey Leonor,
Porque un hombre del valor
De Villagómez no muda
Fortuna, lugar é intento
Con ménos grave ocasion;
Y estos efetos no son

Sino del furor violento
De los celos y el amor.
¡Ah Alfonso! ¿En ofensas tales
Pagan personas Reales
Los servicios de un tutor?
Que claro está, pues tratais
En Castilla casamiento,
Que es de ofenderme el intento
Que amando á Leonor, llevais.
¿Quién, quién pudiera esperar
Esto de un Rey? Mas no quiero
Precipitarme, primero
Que lo llegue á averiguar.

ESCENA XIII.

BERMUDO. EL CONDE.

BERMUDO.

Confuso, padre, y turbado
Vengo de tan gran mudanza;
Que dicen que á la privanza
De Alfonso se ha levantado
Ramiro, y que desvalido
Con él Rodrigo, se ausenta.

CONDE.

Hijo, ¡ay de mí! ¡que mi afrenta
La causa de todo ha sido!

BERMUDO.

¿Quién pudo para afrentarte
Tener tan osado pecho?

CONDE.

No lo sé, aunque lo sospecho.

BERMUDO.

Acaba de declararte;
Sácame de confusion.

CONDE.

De Leonor he sospechado
Que está el Rey enamorado;
Y si lo está, es su intencion
Afrentarme, pues que trata
En Castilla de casarse;
Y conviene averiguarse
Si Leonor resiste ingrata,
Ó muestra pecho ligero
Á su intento enamorado.

BERMUDO.

Hoy de Ramiro un criado
Hablaba con el portero
De casa; y si bien allí
En ello no reparé
Porque nada sospeché,
Caigo ahora en que de mí
Se recelaron los dos.

CONDE.

No me digas más, Bermudo:
Llámale que nada dudo

Ya del caso. ¡Vive Dios! [*Vase Bermudo.*]
Que es tercero en la aficion
Del Rey el traidor Ramiro,
Y la privanza que miro
Procede desta ocasion.
Cielos, ¿por qué se han de dar
Honras, á precio de gustos?
¿Por qué con medios injustos
Se alcanza un alto lugar?

ESCENA XIV.

BERMUDO. NUÑO. EL CONDE.

BERMUDO.

Aquí está Nuño, señor.

CONDE.

Nuño, el premio y el castigo
Te muestro : pueda contigo,
Si no el amor, el temor.
Si me dices la verdad,
No sólo espera el perdon,
Mas el mayor galardon
Que se debe á la lealtad.

NUÑO.

Hidalgo soy y obligado
De tí, y el amor ofendes,
Si amenazarme pretendes,
Mayor, que se vió en criado.

CONDE.

Dime pues : ¿qué te queria
Ramiro?

NUÑO.

Señor, aguarda ;
Que el que en la respuesta tarda,
Ó es culpado, ó desconfía
Del crédito, ó piensa engaños
Con que encubrir la verdad ;
Y no arriesgo mi lealtad
Á ninguno destos daños.
Á Elvira Ramiro adora ;
Y hoy, señor, habló con ella
En tu ausencia, y para vella
Sola, esta noche á deshora,
Que le abriese me pidió :
Como su poder temí,
La lengua dijo que sí,
Pero la intencion que no ;
Teniendo el dalle esperanza
Y excusar con un engaño
Su efeto, por menor daño
Que arriesgarme á su venganza,
Y á que el negocio tratase
Con otro ménos fiel
Criado tuyo, y con él
Lo que le estorbo alcanzase.
Esto pasa ; y si en mi pecho
Ha sido culpa callarlo,
La esperanza de estorbarlo
Sin darte pena, lo ha hecho.

CONDE.

Dame los brazos; ¿qué esperas?
Amigo ya, no criado,
Hoy á gozar de mi lado
En mi cámara subieras,
Si no tuviera segura
Con tal portero mi casa;
Pero no ha de ser escasa
Mi mano ni tu ventura.
De Betánzos la Alcaidía
Es tuya.

NUÑO.

Dame los piés.

CONDE.

Este es pequeño interés;
Gozarle mayor confía.
Mas dime, ¿qué hay de Leonor?
¿Quién la sirve ó la desea?

NUÑO.

Si lo supiera, no crea
Tu pecho de mí, señor,
Que lo callara. Esto sé,
Y no otra cosa.

CONDE.

(*Ap.* Perdona,
Rey, si tu sacra persona

Injustamente culpé:
Error fué, que no malicia,
Presumir culpa de un Rey,
Que es la vida de la ley
Y el alma de la justicia.)
Hijo, ¿qué haré? Que aunque viejo,
Me tiene tal la pasion,
Que es fuerza en mi confusion
Valerme de tu consejo.

BERMUDO.

Señor, pues es importante
Averiguar si mi hermana
Es con Ramiro liviana,
Porque muera con su amante,
Cumpla con él lo tratado
Nuño; y los dos estarémos
Donde ocultos escuchemos
Y demos muerte al culpado.

CONDE.

Dices bien. Hoy has de ser
Tú, Nuño, quien la honra mia
Restaure.

NUÑO.

En mi fé confía.

CONDE.

Vén; sabrás lo que has de hacer. [*Vanse.*]

—

Calle.

ESCENA XV.

EL REY *y* RAMIRO, *de noche.*

RAMIRO.

Al fin quedó persuadido
El portero de Melendo
Á que soy yo quien pretendo
Á Elvira.

REY.

Cautela ha sido
Importante, porque así
Esté secreto mi amor;
Porque tengo por mejor
Que tenga queja de tí
Que de mí el Conde, si acaso
Algo viene á sospechar.

RAMIRO.

Eso me obligó á callar
El amor en que me abraso
Á Leonor.

REY.

Si mi favor
Es la fortuna, confía
Que, ó se ha de mudar la mia,
Ó ha de ser tuya Leonor.

RAMIRO.

Donde tu poder se empeña,
Cierta mi dicha será.
Á la puerta estamos ya
Del Conde.

REY.

Pues haz la seña
Que concertaste. ¡Ay amor!
[*Hace Ramiro una seña.*]
Muestra tu poder aquí.

ESCENA XVI.

NUÑO.—DICHOS.

NUÑO.

¿Es Ramiro?

RAMIRO.

¿Es Nuño?

NUÑO.

Sí.
Bien podeis entrar, señor.

RAMIRO.

¡Oh cuánto me has obligado!

NUÑO.

¿No venís solo?

RAMIRO.

Conmigo
Viene un verdadero amigo,
De quien el mayor cuidado
Con justa causa confío.

NUÑO.

Pues seguidme; que ya el sueño
Sepulta á mi anciano dueño.

RAMIRO.

¿Y el hermoso cielo mio?

NUÑO.

Elvira estará despierta;
Que es muy dada á la licion
De libros.

REY.

Esmaltes son
De su belleza. [*Vanse.*]

—

Sala en casa de Melendo.

ESCENA XVII.

EL REY. RAMIRO. NUÑO.

NUÑO.

La puerta
Es esta de su aposento.

REY.

La del mismo cielo, dí.

NUÑO.

Abierta está; veisla allí,
Ajena de vuestro intento,
Los ojos entretenidos
En un libro.

RAMIRO.

Idos, y estad
En espía, y avisad
Si de alguien somos sentidos.

NUÑO.

Perded cuidado; que á mí
Me importa. [*Vase.*]

RAMIRO.

Ya nos sintió
Elvira.

ESCENA XVIII.

ELVIRA. Dichos.

ELVIRA.

¿Quién está aquí?

REY.

No te alteres; que yo soy.

ELVIRA.

¡Ay de mí! ¡Qué atrevimiento!

REY.

Señora.....

ELVIRA.

¡Qué confusion!

REY.

Escucha.

ELVIRA.

Si de mi padre
Conoceis el gran valor,
¿Cómo á un exceso tan loco
Os atrevisteis los dos?

REY.

Perder, por verte, la vida
Es la ventura mayor
Que me puede suceder.

ELVIRA.

¿Cómo entrastes? ¿Quién abrió?

REY.

No gastes puntos tan breves
En larga averiguacion.
Pierde el temor, dueño mio:
Yo te adoro y soy quien soy;
Si acusas mi atrevimiento,
Ese mismo alego yo
Para que por él te informes
De la fuerza de mi amor.

ELVIRA.

Idos, por Dios, señor, idos;
Idos, si valgo con vos.

REY.

La ocasion tengo, señora:
No he de perder la ocasion.
Tu voluntad me conceda
Lo que tomar puedo yo.

ELVIRA.

Llamaré á mi padre.

REY.

Llama,
Y serán tus daños dos;
Que á él le quitaré la vida,
Y tú perderás tu honor.

ESCENA XIX.

EL CONDE *y* BERMUDO, *con hachas encendidas y espadas desnudas.* DICHOS.

CONDE.

¡Muera el aleve Ramiro!

RAMIRO.

Perdidos somos, señor.

BERMUDO.

¡Mueran!

ELVIRA.

¡Ay de mí!

REY.

¡Tenéos
Al Rey!

CONDE.

¿Al Rey?

REY.

Sí.
[*Deja caer la espada el Conde.*]

CONDE.

El Rey sois.....
Aunque no lo pareceis;

Pero conmigo bastó,
Para que suelte el acero,
Sólo el oir que sois vos.
Y aunque pudiera este agravio,
Puesto que tan noble soy
Como vos, mover la espada
Á vengar mi deshonor,
Si el Rey debe estimar ménos
La vida, que la opinion
De justo, el soltarla agora
Me da venganza mayor;
Pues cuando, más agraviado,
Más leal me muestro yo,
Me vengo más, pues os muestro
Tanto más injusto á vos.
Pero yo.....

REY.

Basta; que á yerros
Nacidos de ciego amor,
El amor les da disculpa,
Y la prudencia perdon.
El mismo exceso que veis
Os informe de mi ardor;
Si nunca fuistes amante,
Al ménos prudente sois:
Cese el justo sentimiento;
Y pues vuestra reprension
Tan castigado me deja,
Déjeos satisfecho á vos;
Que esta ofensa ha acrisolado,
No manchado, vuestro honor,

Pues Elvira resistiendo,
De quilates le subió:
Y así, pues con el intento
Sólo os he ofendido yo,
Basten penas de palabra
Para culpas de intencion.

CONDE.

Basten, porque sois mi Rey;
Que áun las palabras, señor,
Quisiera volver al pecho,
Si es que alguna os ofendió.

REY.

Ya pues mi error estimemos,
Pues nos descubre mi error,
En Elvira á vos tal hija,
Y á mí tal vasallo en vos.
Y advertid que pues Elvira
Está inocente, y causó
Mi poder toda la culpa,
No sienta vuestro rigor;
Que me toca su defensa.

CONDE.

Della satisfecho estoy;
Que su resistencia he visto.

REY.

Pues, Melendo amigo, adios.
Dadme la mano, y quedemos
Más amigos desde hoy;

Que de las pendencias suele
Nacer la amistad mayor.

CONDE.

Tomaré para besalla
La vuestra; mas ved, señor,
Que dar la mano, y violar
La amistad es vil accion;
Y así ha de quedar seguro
De vos, desde aquí, mi honor.

REY.

Yo os lo prometo, Melendo.
Aquí el amor feneció
De Elvira, porque ya en mí
Fuera bajeza, y no amor,
Proseguir mi ciego intento
Viendo tal lealtad en vos,
En ella tal resistencia,
Y en mí tal obligacion.

ELVIRA. [*Ap.*]

¡Ah falso!

CONDE.

De vos confío.

REY.

Quedáos, Melendo.

CONDE.

¡Señor!

REY.

Quedáos.

CONDE.

Permitid que al ménos
Llegue á la calle con vos,
Porque quien salir os viere
Entienda que mereció
Esta visita Melendo,
Y no su hija.

REY.

Vos sois
Tan prudente como digno
De que os haga ese favor.
Adios, Elvira: y merezca
Mi atrevimiento perdon,
Pues que la enmienda propongo.

ELVIRA.

Por ser efeto de amor
Perdono el atrevimiento.....
(*Ap.* Mas el propósito no.)

ACTO SEGUNDO.

Salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. RODRIGO.

CONDE.

Esto me pasó, Rodrigo,
Con Alfonso, y declararos
Este secreto, es mostraros
La obligacion de un amigo;
Y pues su Alteza me ha dado
La palabra de mirar
Por mi honor y de olvidar
Á Elvira, con que ha cesado
De vuestro retiramiento
Y su enojo la ocasion,
Y de mudar la intencion
Del tratado casamiento,
Con vuestra licencia quiero
Pedilla al Rey, para daros
Á mi Leonor, y alcanzaros
El alto lugar primero
Que en su gracia habeis tenido,
Y perdido sin razon;
Que este es el fin, la ocasion
Es esta, que me ha movido
Á hacer que por la ciudad

Hoy, para veros conmigo,
Hayais trocado, Rodrigo,
Del campo la soledad,
Por no poder, para veros,
Yo de la corte faltar,
Ni estas cosas confiar
De cartas ni mensajeros.

RODRIGO.

Ni de vasallo la ley
Ni la de amigo cuadrara,
Si en vuestra verdad dudara
Ó en la palabra del Rey;
Y en fé desta confianza,
Lo que pedís os permito,
Si bien, Melendo, os limito
El volverme á la privanza.
La gracia sí me alcanzad
(Que ésta es forzoso que precie,
Pues no hacerlo fuera especie
De locura ó deslealtad;)
Pero el asistirle no;
Porque si Faeton viviera,
Fuera necio si volviera
Al carro que le abrasó.

CONDE.

Estais agora enojado.

RODRIGO.

Corriendo el tiempo, no hay duda
Que el enojado se muda;
Pero no el desengañado.

CONDE.

Bien está: no he de exceder
Vuestro gusto; que á Leonor
Codicio en vos el valor,
No la fortuna y poder.

RODRIGO.

Siempre me honrais.

CONDE.

Voy á hablar
Al Rey.

RODRIGO.

Partid satisfecho;
Que aguardo con igual pecho
El contento y el pesar. [*Vase.*]

ESCENA II.

EL CONDE.

Apénas llevo esperanza
De conseguir mi intencion.
¡Oh terrible condicion
Del poder y la privanza!
Yo, que el agraviado he sido,
Vengo á ser el temeroso;
Que aborrece el poderoso
Al que dél está ofendido.
El Rey es éste, y á solas

Viene hablando con Ramiro.
Á esta parte me retiro,
Porque las soberbias olas
De su dicha y valimiento
No me atrevo ya á romper,
Y á solas he menester
Decir á Alfonso mi intento. [*Retírase.*]

ESCENA III.

EL REY. RAMIRO. EL CONDE.

RAMIRO.

Si vuestra alteza del suceso mira
Las circunstancias, hallará que á Elvira
Adora Villagómez; que otra cosa
No pudo ser con él tan poderosa,
Que le hiciese oponerse á vuestro gusto,
Pues lo que manda el Rey nunca es injusto.
Y bien mostró el efeto
Que al Conde reveló vuestro secreto,
Pues desvelado, atento y prevenido,
Y á deshoras vestido,
De Bermudo, su hijo, acompañado,
Nos asaltó en el hurto enamorado.

REY.

Bien dices, claro está; porque Rodrigo
No quisiera ser más del Conde amigo
Que de su Rey. Sin duda fué locura
Del amor, no de la amistad fineza,
Arrojarse á perder tanta grandeza,

Siendo mi gracia su mayor ventura.
Vengaréme, Ramiro ¡por los cielos!
No sufriré mi ofensa ni mis celos,
Aunque me atreva, pues palabra he dado,
Á oprimir el impulso enamorado.

RAMIRO. [*Ap.*]

Esto está bien; mi pretension consigo,
Indignando á su alteza con Rodrigo;
Que me obligó á temer justa mudanza
El cesar la ocasion de mi privanza,
Puesto que quiere el Rey determinado
La palabra cumplir que al Conde ha dado.

REY.

Melendo está en la sala.

RAMIRO.

Y me parece
Que aguarda retirado
Que vuestra alteza esté desocupado.
Quiero dalle lugar; y pues se ofrece
Ocasion, hoy espero
La mano de Leonor con tal tercero.

REY.

Tuya será, Ramiro; mas es justo
Que la obligues primero, y que su gusto
Dispongas; y que vamos paso á paso
Pide tambien la gravedad del caso;
Que se juzga violento
Hecho de priesa un grande casamiento.

RAMIRO.

Sólo á tal prevencion y á tal prudencia
Se puede responder con la obediencia. [*Vase.*]

ESCENA IV.

EL REY. EL CONDE.

CONDE. [*Ap.*]

Ya quedó solo el Rey.

REY.

Melendo amigo.....

CONDE.

Si de esa suerte os humanais conmigo,
Si ese nombre merezco, no habrá cosa
Que juzgue en mi favor dificultosa.

REY.

Á lo difícil no vuestra privanza,
Á lo imposible atreva su esperanza.

CONDE.

Dos cosas, gran señor, he de pediros:
Una es honrarme á mí, y otra es serviros.
Que á Villagómez perdoneis es una,
Y en esta os sirvo; que de su fortuna
Siente la adversidad el pueblo todo,
Y obligareis al reino de este modo;
Y yo no sólo quedaré pagado

De mis servicios, no, más obligado;
Que á mi hija Leonor le he prometido,
Y es muy justo que cumpla lo ofrecido.
Y así, señor, es la segunda cosa
Que espero de esa mano poderosa
Que permitais que salga, haciendo dueño
De Leonor á Rodrigo, deste empeño.

REY. [*Ap.*]

¿Que es Leonor la que adora, y no es Elvira?
Mas ya entiendo los fines á que aspira.
Temiendo mi venganza, pues me ofende,
Así mis celos desmentir pretende,
Que siendo él hombre, que en su honor y fama
No sufrirá un escrúpulo pequeño,
Sabiendo que pretendo para dama
Á Elvira, y no para mi justo dueño,
No quisiera á su hermana para esposa,
Á no obligarle causa tan forzosa.

CONDE.

Mucho dudais; ya teme mi esperanza;
Que especie de negar es la tardanza.

REY.

Conde, mucho me admira que á Rodrigo
La ley, mejor que á mí, guardeis de amigo,
Anteponiendo á mi òpinion su gusto,
Pues el nombre de fácil y el de injusto
Quereis que me dé el mundo; que es fórzoso,
Si al que aparté de mí tan riguroso
Vuelvo á mis ojos, que tendrán por llano

Que, ó fui en culpar injusto, ó fuí liviano
En volver á mi gracia al que perdella
Mereció por su error, estando en ella.
Si le habeis vuestra hija prometido,
Yo de mi mano la daré marido;
Que ni á vos está bien, ni os lo merezco,
Que emparenteis con hombre que aborrezco.
Y no de lo que os niego esteis sentido,
Pues cuando vuestro intento me ha ofendido,
Melendo, y yo con vos no me he indignado,
No es poco lo que habeis de mí alcanzado.

[*Vase.*]

ESCENA V.

EL CONDE.

¡Ay Melendo infeliz! ¡Ay honor mio!
Ya de la fe y palabra desconfío
Del Rey: la causa dura y el intento,
Pues el efeto vive y el enojo.
Proseguir quiere su liviano antojo;
Que impedir de Rodrigo el casamiento
Es temer que le estorbe tal cuñado
Lo que á impedir tal padre no ha bastado.
Aquí no hay que esperar; que es bien que muera
Quien la amenaza vé y el golpe espera.
Melendo, el Rey vuestra deshonra piensa:
Huid; que con un Rey no hay más defensa.

ESCENA VI.

BERMUDO. EL CONDE.

BERMUDO.

Cuidadoso estoy, señor,
De saber cómo te ha hablado
El Rey, ó qué indicio ha dado
De la mudanza en su amor.

CONDE.

Hijo, cierto es nuestro daño:
Echada la suerte está:
Que por muchas causas ya
La sospecha es desengaño.
Alfonso es Rey, bien lo veo;
Prometió, mas es amante;
No hay propósito constante
Contra un constante deseo.
El remedio está en la ausencia;
Que al furor de un Rey, Bermudo,
La espalda ha de ser escudo,
Y la fuga resistencia.
De señor me hice vasallo
Por la ley del homenaje;
Pero su injuria y mi ultraje
Me obligan á renunciallo.

BERMUDO.

Bien dices, padre: á Galicia
Partamos; que allí serás

Solo el señor, y tendrás
En tus manos tu justicia;
Pues si la naturaleza
Renunciares de Leon,
Sabrá el Rey que iguales son
Tu poder y su grandeza.

CONDE.

Por lo ménos determino
Salir de la corte luégo;
Y porque el Rey, que está ciego,
No nos impida el camino,
No quiero agora partirme
Á Galicia, mas fingiendo
Que en Valmadrigal pretendo
Descansar y divertirme,
Le aseguraré, y allí
Dispondré secretamente
Mi partida con la gente
De Villagómez; que así
No prevendrá mi intencion
Alfonso.

BERMUDO.

Bien lo has trazado.

CONDE.

Ya que vaya mal pagado,
Iré honrado de Leon. [*Vanse.*]

Sala en casa de Rodrigo, en Valmadrigal.

ESCENA VII.

VILLANOS, *cantando y bailando*; RODRIGO *vestido de campo*; JIMENA.

VILLANOS. [*Cantando.*]

Quien se quiera solazar
Véngase á Valmadrigal.
Mala pascua é malos años
Para cortes é ciudades:
Aquí abondan las verdades,
Allá abondan los engaños;
Los bollicios é los daños
Allá non dejan vagar.
¿Quién se quiere solazar?

JIMENA.

Non bailedes ende más;
Non fagades más festejo;
Que finca el mueso señor
Todo amarrido é mal trecho.
Tiradvos; que en poridad
Yo, que por fijo le tengo,
Con él quiero departir
Sobre sus cuitas é duelos.

VILLANO 1.°

Bien digo yo, que non pracen
Folguras al mueso dueño.

VILLANO 2.°

Pues se ha venido á la villa,
Fecho le habrán algun tuerto.
[*Vanse los villanos.*]

ESCENA VIII.

RODRIGO. JIMENA.

JIMENA.

Mi Rodrigo ¿qué tenedes?
Esfogad conmigo el pecho,
Si vos miembra que del mio
Vos dí el primer alimento.
Ama vuesa só, Rodrigo;
Á nadie el vueso secreto
Podedes mejor fiar;
Que como madre vos quiero.

RODRIGO.

De tu amor y tu intencion,
Jimena, estoy satisfecho;
Mas no hay alivio en mis penas,
Ni en mis desdichas remedio.
Si descansara en contarlas,
Las fiara de tu pecho;
Mas con la memoria crece
El dolor y el sentimiento.

JIMENA.

Si alguno desmesurado
Vos ha fecho algun denuesto,

É por secreto joïcio
Non vos cumpre desfacello
Por vuesas manos, Rodrigo,
Magüer que ha tollido el tiempo
Tanta posanza á las mias,
E que só fembra, me ofrezco
Á magollar á puñadas
Á quien vos praza, los huesos;
Que en toda muesa montaña
Non ye leon bravo é fiero
Á quien yo, con los mis brazos
Non dé la muerte sin fierro.

RODRIGO.

Ya sé tus valientes bríos,
Y los sabe todo el reino;
Pero la suerte se sufre,
No se vence con esfuerzo;
Que bien conoces del mio
Que, á ser humano sujeto
Quien me ofende, sin tu ayuda,
Supuesto que te agradezco
La voluntad, me vengára.

ESCENA IX.

UN PAJE. DICHOS.

UN PAJE.

Un hidalgo forastero
Á solas te quiere hablar.

RODRIGO.

Entre. — Y tú, Jimena, luego [*Vase el paje.*]
Á verme puedes volver.

JIMENA.

De buen grado. (*Ap.* Pues secreto
Quiere fabrar, escochar
Sus poridades pretendo;
Quizás desta malandanza
Podré saber el comienzo.)
[*Retírase y se pone detrás de una puerta á escuchar.*]

ESCENA X.

EL REY DON SANCHO, *de camino.* RODRIGO.
JIMENA, *al paño.*

DON SANCHO.

Rodrigo de Villagómez,
¿Conoceisme?

RODRIGO.

Si no niego
Crédito á los ojos mios,
Y si en lugar tan pequeño
Tanta grandeza cupiera,
Juzgara que es el que veo
Don Sancho, Rey de Navarra.

DON SANCHO.

El mismo soy.

RODRIGO.

Pues ¿qué es esto?
¡Vuestra majestad, señor,
Solo y fuera de su reino!

JIMENA [*Ap. al paño.*]

¡Válasme, San Salvador!

DON SANCHO.

Villagómez, mis sucesos
Me trajeron á Leon,
Y á Valmadrigal los vuestros.
Mas no esteis así; cubríos.

RODRIGO.

Señor.....

DON SANCHO.

Rodrigo, cubierto
Ha de estar el que merece
Que un Rey le visite.

RODRIGO.

Harélo
Porque vos me lo mandais;
Que si el estar descubierto,
Rey don Sancho, es respetaros,
Cubrirme es obedeceros. [*Cúbrese.*]

DON SANCHO.

Si fuérades mi vasallo,
Hiciera con vos lo mesmo;
Que de vuestra ilustre casa
Sé bien los merecimientos.
Mas, porque esta novedad
Con causa os tendrá suspenso,
Os diré en breves razones
La ocasion.

RODRIGO.

Ya estoy atento.

DON SANCHO.

La bella Mayor, infanta
De Castilla, á cuyo empleo
Aspiré, solicitó
De suerte mis pensamientos,
Que yo en persona partí
Á Castilla á los conciertos,
Para obligar con finezas
Más que con merecimientos.
Mas no por esto he dejado
De malograr mis deseos,
Porque á los más diligentes
Ama la fortuna ménos.
El Conde Sancho García,
Su padre, al fin ha resuelto

Hacer al Rey de Leon,
Alfonso el Quinto, su yerno.
Yo, perdida esta esperanza,
De Castilla partí luego;
Y porque es tiempo de dar
Sucesores á mi reino,
Á Doña Teresa, hermana
De Alfonso, los pensamientos
Volví; y queriendo informar
Por los ojos el deseo,
Quise pasar por Leon,
Disfrazado y encubierto,
Por ver primero á Teresa,
Que declarase mi intento.
Prevencion fué provechosa,
Pues la libertad y el seso
He perdido por Elvira,
Hija del conde Melendo;
Y porque de la ventaja
No dudase, ordenó el cielo
Que con la Infanta la viese.
Al fin, la ví; que con esto,
Pues la conoceis, Rodrigo,
He dicho lo que padezco,
Y que á darle la corona
De Navarra me resuelvo.
Pues como para tratarlo
Os eligiese, sabiendo
Que del Conde de Galicia
Sois amigo tan estrecho,
De la mudanza del Rey
Y vuestro retiramiento

Me han informado; y así
Con dos fines partí á veros:
Uno, pedir que trateis
Mis intentos con Melendo;
Y otro ofreceros, no sólo
Un estado, mas un reino,
Si á Navarra quereis iros,
Y si ganaros merezco,
Cuando Alfonso no rehusa
Perder tanto con perderos.

JIMENA. [*Ap. al paño.*]

¿Que al Rey tenedes sañudo,
Rodrigo? Mas en el suelo,
¿Quién si non el Rey podiera
De mal talante ponervos?

RODRIGO.

Señor, en cuanto á mí toca,
La merced os agradezco;
Pero de Alfonso hasta aquí
Ni me agravio, ni me quejo,
Para que me ausente dél;
Que de su privanza es dueño,
Y la agradezco gozada,
Y perdida no me ofendo.
En cuanto á Elvira, señor.....
(*Ap.* Pues con ilícito intento
La adora Alfonso, y don Sancho
Para legítimo dueño,
Perdone si en estas bodas
Quiero servir de tercero.)

DON SANCHO.

Rodrigo, ¿dudais?

RODRIGO.

Estoy
Pensando que es ofenderos
Admitir la tercería;
Que vuestros merecimientos,
Vanidad, no dicha sola,
Darán á Elvira y Melendo:
Y así, no es bien que mostreis
Desconfianza. Vos mesmo
Ganad, señor, las albricias
De su ventura con ellos.

DON SANCHO.

No os hago porque me falte
Confianza mi tercero,
Sino porque nadie sepa
Que estoy en Leon.

RODRIGO.

En eso
Del Conde podeis fiar
Lo que fiais de mi pecho.

ESCENA XI.

UN PAJE. DICHOS.

EL PAJE.

En Valmadrigal ha entrado
Agora el Conde Melendo
Con sus dos hijas hermosas.

RODRIGO.

¡Válgame Dios! (*Ap.* Ya recelo
Alguna gran novedad.)
Él ha venido á buen tiempo.
Yo le salgo á recibir
Y apercibirle el secreto,
Para que en viéndoos, señor,
Disimule el conoceros. [*Vase.*]

DON SANCHO.

Id delante; que yo os sigo. [*Vase.*]

JIMENA.

¡Rodrigo, el Conde Melendo,
Sus fijas y el Rey don Sancho
En Valmadrigal! ¿Qué ye esto?
Ó la fortuna ensandece,
Ó Leon finca revuelto. [*Vase.*]

—

Salon de palacio en Leon.

ESCENA XII.

RAMIRO. CUARESMA.

CUARESMA.

En efeto, ¿la privanza
Del Rey animó tu amor
Para poner en Leonor
Atrevido la esperanza?

RAMIRO.

En mi valor y nobleza
No fuera amarla delito;
Mas por pobre necesito
De la gracia de su alteza
Para alcanzar su beldad.

CUARESMA.

Está bien; mas fuera justo
No tomar cosas de gusto
Con tanta incomodidad;
Que rondar la noche toda,
Señor, sin haber cenado,
Es querer un desposado
Más su muerte que su boda.

RAMIRO.

¿Aún dura?....

CUARESMA.

¿No ha de durar,

*

Pues aún el desmayo dura?
¿Piensas que soy por ventura
Cuaresma por ayunar?
Ayunar á la cuaresma
Es precepto, mas ninguno
Podrá decir que al ayuno
Está obligada ella mesma.

RAMIRO.

Haz pues en tí consecuencia;
Que por cuaresma ó por santo
No te ayunarán, pues tanto
Aborreces la abstinencia.

CUARESMA.

Antes yo siempre entendí
Que comiendo bien, seré
Un santo: —y lo probaré,
Si escucharme quieres.

RAMIRO.

Dí.

CUARESMA.

Quien come bien, bebe bien;
Quien bien bebe, concederme
Es forzoso que bien duerme;
Quien duerme, no peca; y quien
No peca, es caso notorio
Que si bautizado está,
Á gozar del cielo va,
Sin tocar el purgatorio.

Esto arguye perfecion:
Luego segun los efetos,
Si son santos los perfetos,
Los que comen bien, lo son.

RAMIRO.

Calvino solo aconseje
Amar esa santidad.

CUARESMA.

La hambre es necesidad
Y tiene cara de hereje,
Y fué tal la que pasé.....
Del miedo no digo nada.
Pero ya que está pasada,
Dime, ¿de qué fruto fué
Tanto trasnochar?

RAMIRO.

De hacer
Méritos con mi Leonor.

CUARESMA.

¿Si no lo sabe, señor?

RAMIRO.

¿No lo pudiera saber?

CUARESMA.

Sacó la espada un valiente
Contra un gallina, y huyendo
El cobarde, iba diciendo:
«Hombre ¡que me has muerto! tente.»

Acudió gente al rüido,
Y uno, que llegó á buscarle
La herida para curarle,
Viendo que no estaba herido,
Dijo: «¿Qué os pudo obligar
Á decir, si no os hirió,
Que os ha muerto?» Y respondió.
«¿No me pudiera matar?» —
Así tú porque pudiera
Saberlo doña Leonor,
Haces lo mismo, señor,
Que hicieras, si lo supiera.

RAMIRO.

Dices bien, y un papel quiero
Que le diga mi cuidado,
Y que Nuño, su criado,
Le lleve.

CUARESMA.

¿No es el portero
De su casa?

RAMIRO.

Sí: á llamalle
Parte al punto con secreto.

CUARESMA.

Eso yo te lo prometo.
Mándame, señor, que calle,
Que es una virtud que pocos
Gozan; y no sin cenar
Trasnochar y pelear;
Que esas son cosas de locos. [*Vase.*]

RAMIRO.

¿Que dilate el Rey mi intento,
Pudiendo, si el labio mueve,
Reducir á un punto breve
Tantos siglos de tormento?

ESCENA XIII.

EL REY. RAMIRO.

REY.

Ramiro amigo.....

RAMIRO.

Señor.....

REY.

Ya conozco en mi impaciencia
Que es la misma resistencia
Incentivo del amor.
Prometí mudar intento;
Pero con la privacion
Ha crecido la pasion
Y menguado el sufrimiento;
Y cuando mal los desvelos
Resistia del amor,
Llegaron con más rigor
Á la batalla los celos.
Los celos que me ha causado
Villagómez me han vencido;
Que aunque á Lenor ha pedido
Y se muestra enamorado,

Bien sé que sale esta flecha
De la aljaba del temor,
Y finge amor á Leonor,
Por desmentir la sospecha.
¿Qué haré en confusion igual,
Cuando me obliga á morir
El amor, ó á no cumplir
La fe y palabra Real?

RAMIRO.

¿Que Villagómez pidió
Á Leonor?

REY.

El Conde ayer,
Para hacerla su mujer
Á pedirme se atrevió
Licencia.

RAMIRO.

¿Y qué respondiste?

REY.

Neguéla; que no me olvido
De que te la he prometido.

RAMIRO.

No ménos merced me hiciste
Que provecho á tu aficion,
Si has de seguir tu cuidado;
Porque es tan loco, de honrado,
Rodrigo, y en su opinion

Los breves átomos mira
Con tan necia sutileza,
Que estorbará á vuestra alteza,
Siendo cuñado de Elvira,
Como si su esposo fuera;
Sin advertir que las leyes,
En las manos de los Reyes
Que las hacen, son de cera;
Y que puede un Rey, que intenta
Que valga por ley su gusto,
Hacer lícito lo injusto
Y hacer honrosa la afrenta;
Pues del vasallo al señor
Es tanta la diferencia,
Que con ella es la indecencia
Recompensa del error.

REY.

Ramiro, con justa ley
Te doy el lugar primero
Por amigo verdadero,
Y vasallo que del Rey
Venera la majestad
Y conoce la distancia;
Pues no hacerlo es arrogancia,
Que se atreve á deslealtad;
Sepa á lisonja ó engaño
Lo que dices; que en efeto
Es la lisonja respeto
Y atrevido el desengaño.

ESCENA XIV.

MENDO, *de camino, con dos pliegos.* DICHOS.

MENDO.

Dame, gran señor, los piés.

REY.

Vengas muy en hora buena,
Mendo; que estaba con pena
De tu tardanza.

MENDO.

Esta es
Del Conde Sancho García,
Y las capitulaciones
De las bodas que dispones,
En este pliego te envia. [*Dale los pliegos.*]

REY.

¿Cómo está?

MENDO.

Bueno está el Conde.

REY.

¿Y Mayor?

MENDO.

Tambien

REY.

¿Es bella?

MENDO.

La fama, señor, por ella
Sin lisonja te responde.

ESCENA XV.

CUARESMA. DICHOS.

CUARESMA. [*Ap. á Ramiro, miéntras el Rey lee.*]

Señor.....

RAMIRO.

¿Qué tenemos?

CUARESMA.

Nada,
Y mucho peor.

RAMIRO.

No entiendo;
Háblame claro.

CUARESMA.

Melendo
Nos ha dado cantonada.

RAMIRO.

¿Cómo?

CUARESMA.

Con su casa el Conde
De la corte se ha partido.

RAMIRO.

¿Qué dices?

CUARESMA.

Lo que has oido.

RAMIRO.

¿Y has sabido para adónde?

CUARESMA.

Dicen que á Valmadrigal
Se retira.

RAMIRO. [*Ap.*]

¡Oh santos cielos!
¿Esto más porque á mis celos
Crezca la furia mortal?

REY.

Estas capitulaciones
Importa comunicar
Con Melendo.

RAMIRO.

Si á esperar
Su parecer te dispones,
Segun agora he sabido,
Á Valmadrigal, señor,
Con Elvira y con Leonor
Esta mañana ha partido.

REY.

¿Qué dices? ¡Sin mi licencia
Se ha ausentado de Leon;
Y para darme ocasion
Á que pierda la paciencia,
Sin recelar mis enojos,
Á quien sabe que me ofende
Busca! Sin duda pretende
Quebrarme el Conde los ojos,
Y sabe á poca lealtad
Y á conspiracion su intento.

RAMIRO.

Tan breve retiramiento,
Señor, sin tu voluntad,
Ó mucha resolucion,
Ó poco respeto ha sido.

REY.

De cólera estoy perdido.
Ya no sufre el corazon
El incendio, ya la mina
De celos y amor revienta;
Que pues el Conde se ausenta
Sin mi licencia, imagina
Que mi palabra rompia.....
—Y ya lo hará mi pasion;
Que quita la obligacion
Quien muestra que desconfía.
Vén, Ramiro; que al dolor
Más dilacion no permito.

RAMIRO.

Lícito es cualquier delito
Para no morir de amor.

[*Vanse.*]

Campo de Valmadrigal.

ESCENA XVI.

JIMENA. ELVIRA. LEONOR.

JIMENA.

Por la mi fe, Leonor, que yo vos quiero
Tanto de corazon, porque el mio fijo
Plañe por vueso amor, que nin otero,
Nin prado, fuente, bosque, nin cortijo
Me solazan sin vos; é comprìdero
Fuera además, magüer que el Rey non quijo
Donar para las bodas su mandado,
Que las fagades vos, mal de su grado.
¿Qué puede lacerar en las sus tierras
Rodrigo, si por novia vos alcanza?
De caza abondan estas altas sierras,
Frutos ofrece el valle en abastanza:
Fuya dende las Cortes é las guerras,
Viva entre sus pecheros con folganza,
Su mosto estruje, siegue sus espigas.
Goce su esposa, é déle al Rey dos figas.

LEONOR.

Resuelta es la villana.

ELVIRA.

Es á lo ménos
Desengañada.

LEONOR.

Con el Rey, Jimena,
Tienen por deshonor los hombres buenos
Solo un punto exceder de lo que ordena.

JIMENA.

Non ye caso, Leonor, de valer ménos,
Nin traspasa la jura, nin de pena
Justa será merecedor por ende,
Si face tuerto el Rey, quien no le atiende.
É Rodrigo además tiene posanza
Si le asmare facer desaguisado,
Para que nin le venga malandanza,
Nin cuide ser por armas astragado.
É ¡á Dios pluguiera que su aventuranza
Estuviera en la lid, magüer que he andado
Lo más ya del vivir! que á fe de buena,
Que Leon se membrara de Jimena.
Alfonso me perdone; que ensañada
Fablo lo que nin debo nin ficiera;
Mas como por mio fijo estó arrabiada,
Esfogo el mio dolor en tal manera.

ELVIRA. [*Ap.*]

¡Pluguiera á Dios que el alma enamorada,
Como descansas, descansar pudiera,
Diciendo mi dolor y sentimiento,
Aunque las quejas se llevara el viento!
¡Ah falso Alfonso! Si tu amor constante
Borrar de la memoria has prometido,
¿Cuándo ha cumplido verdadero amante
Palabra en que el amor es ofendido?
Advierte pues, que en cada breve instante
Siglos perdiendo vas; que combatido
Es de otro Rey mi pecho, y se defiende
Mal de un amor que obliga, amor que ofende.

ESCENA XVII.

RODRIGO. DICHAS.

RODRIGO.

Náyades bellas desta fuente fria,
Ninfas que gloria sois desta espesura,
¿Por qué esta soledad merece el dia?
Por qué goza este soto la luz pura
De vuestros claros soles? Leonor mia,
Bien de mi amor, si no de mi ventura,
¿Por qué, si al campo dan flores tus ojos,
Amor, en vez de flores, pisa abrojos?

LEONOR.

Porque un amante tan considerado,
Que entre la pretension de los favores
Atento vive á la razon de estado,

Pisar merece abrojos, y no flores.
Holgárame que hubierais escuchado
Á Jimena culpar vuestros temores.
Mas no teme quien ama; y así puedo
Culpar en vos más el amor que el miedo.
Al Rey, ni digo yo, ni fuera acierto
Que os opongais, ni yo os lo consintiera;
Mas cuando, amante Júpiter, advierto
Que trocó al suelo la estrellada esfera,
Echo ménos en vos el desconcierto
Que una aficion engendra verdadera,
Y ver quisiera en vuestros pensamientos,
Si no la ejecucion', los movimientos.
No temió la venganza, no la ira
Del fuerte Alcídes el Centauro Neso,
Cuando ciego de amor, por Deyanira
Despreciando la vida perdió el seso,
Y por huir la venenosa vira
Del ofendido, con el dulce peso
Corrió, y muriendo al fin, vino á perdella,
Mas no la gloria de morir por ella.
Si resistir al Rey fuera injusticia,
Huir del Rey no fuera resistencia;
Y trocar por Leon y por Galicia
Á Alfonso y á Leon, no es diferencia
Tan grande, que debiera la codicia
Y ambicion ser estorbo de la ausencia.
Mas no lo hagais; que ya me habeis perdido,
Pues nunca un mal amante es buen marido.

[*Vase.*]

RODRIGO.

Aguarda, luz hermosa de mis ojos.

JIMENA.

Huyendo va como emplumada vira.

RODRIGO.

Síguela, mi Jimena, y sus enojos
Aplaca, miéntras hablo con Elvira.

JIMENA.

Si vos mismo, arrepiso, los hinojos
Fincados, non tirades la su ira,
¡Mal año para vos, que de una pena
Tan cabal guarescades por Jimena! [*Vase.*]

RODRIGO.

(*Ap.* Solo puede culparme quien ignora
La precisa ocasion que me refrena.
Y más cuando al Navarro, que la adora,
Muestra Elvira desden, con que á mi pena
Aumenta los temores; pues si agora
No puedo persuadirla, me condena
Á sospechar del todo que suspira
Por el amor de Alfonso.) Escucha, Elvira.
[*Hablan bajo.*]

ESCENA XVIII.

EL REY. RAMIRO Y CUARESMA *de camino, sin reparar en* RODRIGO Y ELVIRA.

CUARESMA.

Á gozar de la frescura
Del soto, segun me han dicho
Unos villanos, las dos
Con una ama de Rodrigo,
Del lugar se han alejado.

REY.

Suerte dichosa habrá sido,
Si ofrece la soledad
Ocasion al un designio
De los dos, que de Leon
Á esta villa me han traido.

RAMIRO.

¿No era mejor, pues veniste,
Señor, á prender tú mismo
Á Rodrigo, receloso
De que pierda á tus ministros
El respeto, y se declare
Desleal y vengativo,
En su poder y el del Conde
Confiado y atrevido,
Ejecutarlo primero?

REY.

De mis intentos, Ramiro,
El más principal es ver
Á Elvira, pues es motivo
De los demas, y si tengo
Tanta dicha, que el sombrío
Bosque en soledad me ofrezca
Ocasion, me determino
Á no perderla.

CUARESMA.

Detente;
Que á Villagómez he visto.

REY.

¡Y está con él sola Elvira!
¡Vive Dios!....

RAMIRO.

Mira si han sido
Mentirosas mis sospechas.

REY.

Ya el rabioso desatino
De los celos me enloquece.
Mas oigamos escondidos,
Pues ayuda para hacerlo
La espesura de este sitio,
Lo que platican los dos.
[*Escóndense entre unos árboles el Rey, Ramiro y Cuaresma.*]

RODRIGO.

Elvira, mucho me admiro
De que con tal resistencia
De liviana dés indicios.
Sin duda el amor de Alfonso
Te obliga á tal desvarío;
Que ¿por cuál otra ocasion
Despreciáras un marido
Que una corona te ofrece?

REY. [*Ap. á Ramiro.*]

¡Ah cielos! Corona ha dicho.

RAMIRO.

Ved si la conspiracion
Alevosa que imagino
Es cierta.

RODRIGO.

Vuelve en tu acuerdo;
Cobra, Elvira, los sentidos;
Mira que Alfonso se casa
En Castilla, y que contigo
Solo en tu infamia pretende
Alcanzar gustos lascivos;
Y es locura que desprecies
Por un galan, un marido
Que te adora y es tu igual.

REY.

Que es mi igual, dice Ramiro. [*Ap. á él.*]
¡Mataréle, vive Dios!

RAMIRO.

Bien lo merece.

ELVIRA.

Rodrigo,
Mucho me espanta y ofende,
Que os arrojeis atrevido
Á decirme que pensais
Que de liviana resisto;
Que esa licencia le toca
Solo al padre ó al marido,
Y al deudo cercano apénas;
Y vos, ni sois deudo mio,
Ni mi esposo habeis de ser.

REY.

Ya la sospecha confirmo
De que es él quien la pretende.

RAMIRO.

Bien claramente lo ha dicho.

RODRIGO.

Si no he de ser vuestro esposo,
Tengo, por ser el amigo
Más estrecho de Melendo,
Esta licencia.

ESCENA XIX.

JIMENA. DICHOS.

JIMENA. [*Ap. á Rodrigo.*]

Rodrigo,
Catad que unos cortesanos
En zaga de esos alisos
Á vuesas fabras atienden:
Yo con estos ojos mismos
Los vi pasar, é á sabiendas
En pos dellos he venido,
Cuidadosa que os empezcan,
Para vos dar este aviso.

RODRIGO.

¿Y me habrán oido?

JIMENA.

¡Aosadas!
Que están á ojo.

RODRIGO.

Pues idos
Las dos; que quiero saber
Quién son, y si me han oido,
Examinar su intencion
Y prevenir mi peligro.

ELVIRA.

Jimena, vamos. [*Vase.*]

JIMENA.

Elvira
Caminad; que ya vos sigo.

(*Ap.* Á la fe cuido ende al;
Que de mal talante he vido
Los cortesanos, faciendo
Asechanzas á Rodrigo,
É fasta en cabo, cobierta
Fincaré entre estos lentiscos.) [*Retírase.*]

ESCENA XX.

EL REY. RODRIGO. RAMIRO. CUARESMA. JIMENA, *oculta.*

REY.

Elvira se va; mas ya
Villagómez nos ha visto.

RAMIRO.

¿Qué determinas?

REY.

Matarle;
Que estoy loco de ofendido.

RODRIGO.

¡Válgame Dios! ¿No es el Rey?
¡Vos, gran señor!....

REY.

¡Atrevido,
Falso, alevoso!....

RODRIGO.

Señor,
Advertid que soy Rodrigo

De Villagómez; y quien
De mi lealtad haya dicho
Ó pensado cosa injusta,
De vos abajo, ha mentido.

REY.

Mis oidos y mis ojos
Han escuchado y han visto
Con Elvira y contra mí
Vuestros aleves designios;
Y porque un vil descendiente,
Con el público suplicio
No manche la sangre ilustre
De tantos nobles antiguos,
Pues es por las manos proprias
Del Rey honroso el castigo,
Quiero ocultar vuestra culpa,
Y daros muerte yo mismo.
Saca la daga y tírale una puñalada, y Rodrigo con la mano izquierda le tiene el brazo.]

RODRIGO.

Tened el brazo, señor.

REY.

Soltad.—Matadle, Ramiro.
[*Sacan las espadas, y Rodrigo la saca con la derecha sin soltar al Rey.*]

RAMIRO.

¡Al Rey te atreves! ¿La espada
Sacas contra el Rey?

RODRIGO.

Contigo
La saco, no con el Rey.

JIMENA. [*Saliendo de entre las matas.*]

¡Ah malas fadas! Rodrigo,
Yo me tendré con Alfonso,
Vos tenedvos con Ramiro.
[*Coge en brazos al Rey, y llévaselo.*]

REY.

¡Suelta, villana. ¡Á tu Rey
Te atreves!

JIMENA.

Rey, el mio fijo
Defiendo, non vos ofendo.
[*Éntranse acuchillando Rodrigo y Ramiro.*]

CUARESMA.

Á matar tiran, por Cristo.
Yo me voy á confesar,
Y vuelvo á morir contigo.

ACTO TERCERO.

Campo de Valmadrigal.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGO, *de villano.* JIMENA.

RODRIGO.

Cuéntame cómo escapaste;
Que con el Rey en los brazos
Te dejé, y con gran disgusto
Me ha tenido este cuidado.

JIMENA.

Si yo non pusiera mientes
Á que era el Rey, ¡malos años
Para mí, si non podiera
Como á un pollo espachurrallo!
Asaz lo pricié de recio,
É dije: «¿Tan mal recado
Fizo Rodrigo en servir
De mandadero á don Sancho
Con Elvira, que tirarle
La vida hayades asmado?

Si el Rey de Navarra á Elvira
Quiere endonar la su mano,
¿En qué vos ha escarnecido,
Que fincades tan amargo?»
—Entónces me semejó
Que le falleció un cuidado,
É otro le empezó además;
Que pescudó con espanto
Si fablábades á Elvira
En persona de don Sancho
Por su amor; é á mala vez
Le repuse que sí, cuando
Con mayor afincamiento
Quiso escapar de mis brazos,
Dijendo: «Suelta, villana.»
Mas yo, que le vi arrabiado,
Dije: «Alfonso, non cuidedes
Que vos largue, fasta en tanto
Que pongades preitesía
De non facer ende daño
Al mi Rodrigo.» Á la cima,
Bien de fuerza ó bien de grado,
Fizo el pleito, é yo otrosí
Tiréle luego el embargo,
É homillosamente dije,
Con los hinojos fincados:
«Rey, ama só de Rodrigo;
Estos pechos le criaron;
En mi amor semejo madre:
Si atendiendo como sabio
É como nobre, que amor
Torna enfurecido é sandio,

Vos non prace perdonarme,
Védesme al vuestro mandado.»
¡Oh divino encrinamiento!
¡Oh pergeño soberano
De los Reyes, que ofendidos
Muestran su nobreza en cabo!
Rodrigo, la nombradía
Que endonaron los ancianos
De Rey de las alimañas
Al Leon, non ye por tanto
Que en la posanza las venza
De las sus guarnidas manos,
Si non por ser además
De corazon tan fidalgo,
Que non fiere al homildoso,
Magüer que finque rabiando.
Alfonso de sí respuso
Con talante mesurado:
«Por ser fembra, é porque amor
Vos desculpa, non me ensaño,
É vos dono perdonanza.»
Así me fablaba, cuando
Volvió á le buscar Ramiro,
Dijendo que los villanos
Con el roído bollian
Soberbiosos é alterados,
É que á non le guarir vos,
Fincára muerto á sus manos.
Sin departir ende al,
Sobieron en sus caballos
Amos á dos, é en el bosque
Á mas andar se alongaron.

Desta guisa aconteció.
Con su preito ha asegurado
Non vos empecer Alfonso;
Pero sí vos, sin embargo,
Non tenedes seguranza,
Idvos con el Rey don Sancho,
Pues vos endonar promete
En la su tierra un buen algo;
Que magüer que la palabra
Obriga á los Reyes tanto;
Como nin venganza cabe,
Nin afrenta en ser tan alto,
Pues non ye cosa que pueda
Oscurar al sol los rayos;
Sandio, Rodrigo, seredes
En atender confiado
Nin la fé de un ofendido,
Nin la piedad de un contrario.

RODRIGO.

Tus consejos y tu amor
Me obligan, Jimena, tanto,
Cuanto me alegra que Alfonso
Haya tu error perdonado.
Mas ¿dijístele que estaba
En Valmadrigal don Sancho?

JIMENA.

Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callarlo.

RODRIGO.

Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.

Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuesos daños,
Agora que vos non ve.

RODRIGO.

¡Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.

Escochar quiero otrosí,
Villagómez, vuestros casos.

RODRIGO.

Ya viene el Conde Melendo,
Y tambien querrá escucharlos.

ESCENA II.

EL CONDE. DICHOS.

CONDE.

¡Rodrigo! Bien puede un dia
De ausencia pedir los brazos.

RODRIGO.

Solo por gozar los vuestros
Á lo que veis me he arriesgado.

CONDE.

Supuesto que de Jimena
He sabido los agravios
Que intentó haceros el Rey,
Y como para libraros
Ella con él se abrazó
Atrevida, y vos sacando
Contra Ramiro la espada
Os defendisteis, aguardo,
Rodrigo, que me informeis
De lo restante del caso.

RODRIGO.

Ramiro esgrimió el acero
Con ánimo tan bizarro
Y con tan valiente brio,
Que no suenan de Vulcano
Los martillos más apriesa,
Que los golpes de su brazo.

Es verdad que yo intentaba
Defenderme, no matarlo;
Que respetaba en su pecho
Á Alfonso, cuyo mandato
Era mano de su espada,
Como de su vida amparo.
Nunca las valientes lanzas
De escuadrones africanos
El rostro pálido y feo
De la muerte me enseñaron,
Y la vi en la fuerte espada
De Ramiro, ó por ser tanto
Su valor, ó porque yo
En ella miraba un rayo,
Como es Júpiter el Rey,
Por su mano fulminado.
Al fin, como el bosque espeso
Parece que procurando
Ponernos en paz, formaba
Á nuestros golpes reparos,
Poniendo en medio á las dos
Espadas troncos y ramos;
Y nuestros agudos filos,
Sin advertir en su daño,
Sus árboles despojaban
De los adornos de Mayo;
Querelloso estremecia
Los montes y valles, dando
Con cada ramo un gemido,
Si con cada golpe un árbol.
Ó la fama ó el estruendo
Convocó de los villanos

Un ejército sin órden;
Y como precipitado
Con la avenida el arroyo,
Á quien la lluvia en verano
Da con el caudal soberbia,
Con que presas rompe, campos
Inunda, troncos arranca,
Lleva de encuentro peñascos;
No de otra suerte la turba
De mis furiosos vasallos
Penetró el bosque, rompiendo
Los jarales intrincados;
Y cual la rabiosa tigre
En los desiertos hircanos
Embiste á quien le pretende
Quitar el pequeño parto;
Así en favor y en venganza
De su dueño, se arrojaron
Á dar la muerte á Ramiro
Todos juntos los villanos.
Mas yo, que sólo atendia
Á librarme del Rey, dando
Evidencias del respeto
Y la lealtad que le guardo,
En defensa de Ramiro
El acero vuelvo, y hago
Escudo suyo mi pecho,
Y mi vida su sagrado;
Y no más fácil serena
Las tempestades el arco
Que de cambiantes colores
La frente corona el austro,

Que ya el amor, ya el temor
Que me tienen mis vasallos,
De su embravecida furia
Reprimió el ardiente brazo.
Yo, vuelto á Ramiro entónces,
Le dije: «Bien he mostrado
Que ha sido el intento mio
Defenderme, no mataros.
Volved á buscar al Rey,
Y haced, Ramiro, á su lado
El oficio que yo al vuestro
Hice con vuestros contrarios;
Que terciar yo en los conciertos
De Elvira y el Rey don Sancho,
Ni es de su respeto injuria,
Ni de su amor es agravio;
Pues ántes hiciera ofensa
Á su grandeza, si cuando
De olvidar á doña Elvira
Su Real palabra ha dado,
Gobernase por su amor
Mis acciones, pues mostrando
De su fé desconfianza,
Le hiciera notorio agravio.»
Él me respondió: «Rodrigo,
Su enojo causó un engaño,
Con equívocas razones
Que os escuchó, acreditado;
Entendió que para vos,
Y no para el Rey Navarro,
De la hermosa doña Elvira
Conquistábades la mano.

*

Mas fiad; que pues á un tiempo
En vos, Villagómez, hallo
Obligacion para mí,
Y para el Rey desengaño,
Han de mostrar mis finezas
Que no puede hacer ingratos
La competencia ambiciosa
Los corazones hidalgos.»
Dijo, y partiose Ramiro;
Pero yo, considerando
Que es necia la confianza,
Y que es prudente el recato,
Me determiné á ocultarme,
Hasta que el tiempo ó los casos
Aplaquen del Rey la ira:
Y para este fin, trocando
Con un villano el vestido,
Á las fieras y peñascos
De la montaña pedí
De mis desdichas amparo;
Y agora en la obscuridad
Y en el disfraz confiado,
Atropelló mi deseo
Los peligros, por hablaros.
Conde amigo, aconsejadme,
Cuando padecen naufragio
Mis pensamientos confusos
De vientos tan encontrados;
Que si resuelvo pasarme
Fugitivo á reino extraño,
El mostrarme temeroso,
Es confesarme culpado;

Y ni la amistad permite
En esta ocasion dejaros,
Ni ausentarme de Leonor
El deseo de su mano;
Y si en las tierras de Alfonso
Su resolucion aguardo,
Es mi Rey, tiene poder,
Es mozo y está enojado.

CONDE.

Villagómez, yo no puedo
Por agora aconsejaros;
Que estoy tambien de consejo,
Como vos, necesitado;
Pues porque esté más confuso,
Presumo que el Rey don Sancho,
Por los indicios, de Alfonso
El amor ha sospechado:
Y así, resuelvo, Rodrigo,
Dejar hoy de ser vasallo
De Alfonso, segun los fueros
En este reino guardados,
Por poder hacerle, uniendo
Mi poder al del Navarro,
Ó sin deslealtad la guerra,
Ó la paz con desagravio:
Y así, lo más conveniente
Es que aguardeis retirado
Á que os dé mejor consejo
Lo que resulte del caso;
Fuera de que, estos sucesos
El reino murmura tanto,

Que espero que brevemente
El Rey, para sosegarlo,
Á su gracia ha de volveros.
Y con esto retiraos;
Que ya la rosada aurora
Anuncia del sol los rayos;
Y para que no arriesgueis
Vuestra persona, bajando
Vos al lugar, decid dónde
Cuando importe podré hallaros.

RODRIGO.

En la parte donde tiene
Principio en duros peñascos
La fuente que entre los olmos
Baja al valle.

JIMENA.

Yo he pisado
Mil vegadas esas peñas.

CONDE.

Adios pues.

JIMENA.

Á acompañaros
Iré con mandado vueso,
Hasta vos poner en salvo.

[*Vanse.*]

—

Salon del palacio de Leon.

ESCENA III.

RAMIRO. CUARESMA.

RAMIRO.

¿Cómo, siendo tan cobarde,
Has tenido atrevimiento
Para ponerte á mis ojos?

CUARESMA.

¿Engañéte yo? ¿Qué es esto?
¿Díjete que era valiente?
¿Derramé juncia y poleo?
Dos mil veces ¿no te he dicho
Que al lado ciño el acero
Sólo por bien parecer,
Y que soy el mismo miedo?
¡Aquí de Dios! ¿En qué engaña
Quien desengaña con tiempo?
Culpa á un bravo bigotudo,
Rostriamargo y hombrituerto
Que en sacando la de Juanes,
Toma las de Villadiego;
Culpa á un viejo avellanado
Tan verde, que al mismo tiempo
Que está aforrado de martas
Anda haciendo Madalenos;
Culpa al que de sus vecinos
Se querella, no advirtiendo

Que nunca los tiene malos
El que los merece buenos;
Culpa á un rüin con oficio,
Que con el poder soberbio,
Es un giganton del Córpus,
Que lleva un pícaro dentro;
Culpa al que siempre se queja
De que es envidiado, siendo
Envidioso universal
De los aplausos ajenos;
Culpa á un avariento rico,
Pobre con mucho dinero,
Pues es tenerlo y no usarlo
Lo mismo que no tenerlo;
Culpa á aquel que, de su alma
Olvidando los defetos,
Graceja con apodar
Los que otro tiene en el cuerpo;
Culpa, al fin, cuantos engañan;
Y no á mí, que ni te miento,
Ni te engaño, pues conformo
Con las palabras los hechos.

RAMIRO.

Basta: bien te has disculpado:
Convénceme el argumento;
Mas admírame que falte
Valor á quien sobra ingenio.

CUARESMA.

Dios no lo da todo á uno;
Que piadoso y justiciero,

Con divina providencia
Dispone el repartimiento.
Al que le plugo de dar
Mal cuerpo, dió sufrimiento
Para llevar cuerdamente
Los apodos de los necios;
Al que le dió cuerpo grande,
Le dió corto entendimiento;
Hace malquisto al dichoso,
Hace al rico majadero.
Próvida naturaleza,
Nubes congela en el viento,
Y repartiendo sus lluvias,
Riega el árbol más pequeño.
No en sólo un Oriente nace
El sol; que en giros diversos
Su luz comunica á todos;
Y segun están dispuestos
Los terrenos, así engendra
Perlas en Oriente, incienso
En Arabia, en Libia sierpes,
En las Canarias camellos;
Da seda á los granadinos,
Á los vizcaicos hierro,
Á los valencianos fruta,
Y nabos á los gallegos.
Así reparte sus dones
Por su proporcion el cielo;
Que á los demás agraviara
Dándolo todo á uno mesmo.
Mostróle á Cristo el demonio
Del mundo todos los reinos,

Y díjole : « Si me adoras,
Todo cuanto ves te ofrezco. »
¡Todo á uno! Propio don
De diablo, dijo un discreto;
Que á Dios, porque los reparte,
Oponerse quiso en esto.
Solo ingenio me dió á mí:
Pues en las cosas de ingenio
Te sirve de mí, y de otros
En las que piden esfuerzo;
Pues un caballo se estima,
No más que por el paseo,
Porque habla, un papagayo,
Y un mono, porque hace gestos.

RAMIRO.

Bien has dicho. Mas el Rey
Es este.

CUARESMA.

Escurrirme quiero;
Que sin valor es indigno
De su presencia el ingenio.

ESCENA IV.

EL REY, *doblando un papel.* RAMIRO.

REY.

Ramiro..,..

RAMIRO.

Señor......

REY.

Leon
Contra mí, segun he sido
Informado, da atrevido
Rienda á la murmuracion;
Que en mi gracia lleva mal
De Rodrigo la mudanza,
Que por sus partes alcanza
Aplauso tan general.
Y puesto que fué engañosa
La sospecha vuestra y mia,
Pues á Elvira pretendia
Hacer del Navarro esposa,
Y que en su abono responde
Que se atrevió, confiado
En la palabra que he dado
De olvidar mi amor, al Conde;
La ocasion quiero evitar
Que me malquista, y hacer
Que el reino le vuelva á ver

Gozando el mismo lugar
Á mi lado, que solia.
Mas no por esto penseis
Que vos en mí.....

RAMIRO.

No paseis
Adelante; que sería
Tan ingrato á la nobleza
De Villagómez, señor,
Cuanto indigno del favor
Que me hace vuestra alteza,
Si de esa justa intencion,
Que tanto llega á importaros,
Procurase yo apartaros
Por celos de la ambicion;
Fuera de que yo confío
De su condicion hidalga,
Que el favor suyo me valga
Para conservar el mio;
Que aunque es mi competidor
En amor, más ha podido
En mi pecho agradecido
La obligacion que el amor:
Y así, no me habeis ganado
Por la mano en ese intento;
Que si oculté el pensamiento,
Fué por veros enojado.

REY.

Agora sí sois mi amigo,
Y digno favor os doy;

Que aunque no dèl todo, estoy
Aplacado con Rodrigo.
Vuestro buen celo mostrais:
Y así, deste intento os quiero
Hacer á vos el tercero;
Y para que le podais
Obligar, si teme en vano
Mi rigor, á que se parta
Seguro á verme, esa carta
Le llevareis de mi mano; [*Dale una carta.*]
Y partid luégo á buscarle.

RAMIRO.

Si del reino se ha ausentado
Temeroso, mi cuidado
Con alas ha de alcanzarle. [*Vase.*]

REY.

Al fin, es forzosa ley,
Por conservar la opinion,
Vencer de su corazon
Los sentimientos el Rey.

ESCENA V.

EL CONDE. MENDO. UN CORTESANO. EL REY.

CONDE.

Aquí está el Rey.

MENDO.

Justo ha sido
Hasta aquí el acompañaros,
Y agora lo es el dejaros;
Que á negocio habreis venido.

CONDE.

No os vais; que pide testigos
Lo que tratarle pretendo.

MENDO.

Pues aquí teneis, Melendo,
Para serlo, dos amigos.

CONDE.

Vuestra alteza, gran señor,
Me dé los piés.

REY.

Conde, alzad.

CONDE.

Hasta alcanzar un favor,
Si lo merece el amor
Con que á vuestra majestad

He servido, no mandeis
Que del suelo me levante.

REY.

La confianza ofendeis
Que á mi estimacion debeis,
Con prevencion semejante.

CONDE.

Sólo quiero suplicaros
Que del negocio á que vengo
Me prometais no indignaros.

REY.

(*Ap.* ¡Ay Elvira! ya prevengo
Mi desdicha.) Declararos
Podeis; que sois tan discreto
Y tan sabio en mi opinion,
Que seguro lo prometo,
Pues cosa contra razon
No cabe en vuestro sujeto.

CONDE.

Yo os lo aseguro: y así,
Alfonso, fiado en eso,
Por mis hijos y por mí
La mano real os beso..... [*Bésale la mano.*]
Y de vos, Rey, desde aquí
Nos despedimos, y ya
No somos vuestros vasallos, [*Levántase y cúbrese.*]
Segun asentado está
Por los fueros.

REY.

El guardallos
Forzoso, Conde, será;
Pero.....

CONDE.

Promesa habeis hecho
De no indignaros: la furia
Reprima el ardiente pecho.
Supuesto que á nadie injuria
Quien usa de su derecho.

REY.

Melendo, no receleis
Que no os cumpla la promesa,
Pues no pierdo en lo que haceis
Nada yo; y sólo me pesa
De ver que desobligueis
Mi amor con tal desvarío,
Pues ya tengo de trataros
Como á extraño; y yo confío
Que algun tiempo ha de pesaros
De no ser vasallo mio. [*Vase.*]

CONDE. [*Ap.*]

Defienda yo la opinion
De mi hija, á quien procura
Infamar vuestra aficion;
Que Navarra me asegura,
Si me amenaza Leon. [*Vanse.*]

—

Sala en casa del Conde Melendo, en Valmadrigal.

ESCENA VI.

LEONOR. ELVIRA.

ELVIRA.

Yo no puedo más, Leonor;
Ya me falta la paciencia;
Humana es mi resistencia,
Divino el poder de amor.
Ya que habemos de partir
Á Navarra, de Leon,
Por última citacion
Me pretendo despedir
De Alfonso; y ya que su alteza
Me niegue la mano, el pecho
Parta al ménos satisfecho
De que supo mi firmeza.

LEONOR.

Ni de tu resolucion,
Ni de tu pena me admiro.
Mas aquí viene Ramiro.

ELVIRA.

Gozar quiero la ocasion.

ESCENA VII.

RAMIRO. DICHAS.

RAMIRO.

Elvira y Leonor hermosas,
Porque sé que han de agradaros
Las nuevas que vengo á daros,
Para todos venturosas,
No aguardé vuestra licencia.
Alfonso, ya de Rodrigo,
Más satisfecho y amigo,
Sufrir no puede su ausencia,
Y con seguro á llamarle
De parte suya me envia:
Y así, de las dos querria
Saber dónde podré hallarle.

LEONOR.

Aunque en sangre generosa
No puede caber cautela,
Perdonad si se recela
Quien aguarda ser su esposa,
De que traceis sus agravios.

RAMIRO.

(*Ap.* Mostró su amor; selle el mio,
Pues del favor desconfío,
En esta ocasion los labios.)
Si de mí no os confiais,
Con esta firma del Rey, [*Muestra la carta.*]

Que tiene fuerza de ley,
Es bien que el temor perdais;
Y de mí, Leonor, podeis,
Pues lo ofrezco aseguraros;
Que me va en no disgustaros
Más de lo que vos sabeis.

ELVIRA.

No hacello fuera agraviar
Tan hidalgo y noble pecho.
Jimena, segun sospecho,
Hermana, sabe el lugar
Donde se oculta Rodrigo:
Hazla llamar.

LEONOR.

La fé mia
En la vuestra se confía.

RAMIRO.

Yo soy noble y soy su amigo. [*Vase Leonor.*]

ESCENA VIII.

ELVIRA. RAMIRO.

ELVIRA.

Ramiro, la brevedad
Del tiempo y de la ocasion
No permite dilacion.
Decidle á su majestad
Que pienso que mi partida

A Navarra se apresura,
Y que mi pecho procura
Mostralle, por despedida,
Las verdades de mi amor,
Aliviando mis enojos
Con publicar á sus ojos
Con mi llanto mi dolor:
Y así, por favor le pido
Que venga á verme.

RAMIRO.

Señora,
Señalalde puesto y hora;
Que por veros, persuadido
Estoy, que no ha de enfrenalle
El mayor inconveniente.

ELVIRA.

Mañana, junto á la fuente
Del bosque, saldré á esperalle
Con mi hermana, al declinar
Del sol, pues nos asegura
La soledad, la espesura
Y distancia del lugar.

RAMIRO.

Quede así.

ESCENA IX.

LEONOR. JIMENA. DICHOS.

LEONOR.

Jimena os va,
Ramiro, á servir de guia.

JIMENA.

En vuesa mesura fía
Mi fé; é catad que non ha
Mi pecho pavor de engaño,
Nin barata; é non cuidedes
Que vivo á Leon tornedes,
En asmando facer daño
Á Rodrigo.

RAMIRO.

Confiada
Vén de mí..... Y dadme las dos
Licencia.

ELVIRA.

Yo estoy de vos
Satisfecha.

LEONOR.

Yo obligada. [*Vase Ramiro.*]

JIMENA.

¡Lijosos los fados vuesos,
Si atendedes á engañar!
Que yo vos cuido astragar
De una puñada los huesos. [*Vase.*]

ESCENA X.

ELVIRA. LEONOR.

ELVIRA.

¿Qué dices desta mudanza
Del Rey?

LEONOR.

Que ha echado de ver
Que Rodrigo ha menester
Mucho más que él su privanza.

ELVIRA.

Mañana mi amor dudoso
Su verdad ha de probar;
Que se ha de determinar
Á perderme ó ser mi esposo.

LEONOR.

Pues ¿dónde piensas hablalle?

ELVIRA.

Ramiro es el mensajero
De que en la fuente le espero
Que baja del bosque al valle.

LEONOR.

¿No temes su ceguedad,
Si se vé solo contigo?

ELVIRA.

Tú, Leonor, irás conmigo,
Y por más seguridad,
Irá Jimena tambien.

LEONOR.

Á mucho te obliga amor.

ELVIRA.

Ó ha de vencerle el favor,
Ó castigarle el desden. [*Vanse.*]

—

Salon de palacio en Leon.

ESCENA XI.

EL REY. CUARESMA.

REY.

¿Cómo, Cuaresma, no fuiste
Con Ramiro á esta jornada?

CUARESMA.

De aquella ocasion pesada
Que en Valmadrigal tuviste
Con Rodrigo, procedió
No seguille en esta ausencia.

REY.

¿Cómo?

CUARESMA.

Anduve en la pendencia
Como un cristiano debió,
Porque viéndome apretado
De Rodrigo, fuí á buscar
Un clérigo en el lugar
Para morir confesado:
Y ha dado en quererme mal.

REY.

Tu temor lo ha merecido.

CUARESMA.

Pues ¿qué loco no ha temido,
Viviendo en carne mortal?

REY.

El noble nunca temió.

CUARESMA.

Por la experiencia averiguo
Que es eso hablar á lo antiguo;
Que noble conozco yo,

Infante de Carrïon,
Bravo solo con mujeres.
Mas supuesto que tú eres
El más noble de Leon,
Te probaré, que aun á tí
No ha perdonado el temor.
¿Nunca á una vela, señor,
Quitaste el pábilo?

REY.

Si.

CUARESMA.

Luego es fuerza confesar
Que á tener miedo has llegado;
Que nadie ha despabilado,
Que no temiese apagar.

REY.

¡Qué desatino!

CUARESMA.

Pregunto:
¿Nunca medias te pusiste?
Y aunque eres Rey, ¿no temiste
Hallarles suelto algun punto?
¿Nunca la amorosa llama
Te tocó?

REY.

Y aun me abrasó.

CUARESMA.

Pues ¿qué amante no temió
Hallar con otro su dama?
—Pero Villagómez es
Quien con Ramiro ha llegado.

ESCENA XII.

RAMIRO. RODRIGO. EL REY. CUARESMA.

RAMIRO.

Á cumplir lo que has mandado,
Humilde llega á tus piés
Rodrigo.

REY.

La diligencia
Te agradezco.

RODRIGO.

Dad, señor,
La mano á quien el favor
De gozar vuestra presencia
Ha podido merecer.

REY.

Puesto que os habrá informado
Ramiro, de que engañado
Tal exceso pude hacer,
Os doy los brazos y el pecho.

RODRIGO.

Previniendo yo que haria
El desengaño algun dia
El efeto que hoy ha hecho,
Me defendí del violento
Furor que intentó mi daño,
Que fué, advirtiendo el engaño,
Servicio, y no atrevimiento.
La obediencia lo ha probado,
Y humildad con que rendido
Á vuestros piés he venido,
En viéndoos desengañado.

REY.

Satisfecho estoy, Rodrigo:
Y así, quiero que ocupar
Volvais el alto lugar
Que habeis gozado conmigo.

RODRIGO.

Por tan gran merced, señor,
Los piés os vuelvo á pedir,
Si bien no puedo admitir
En todo, vuestro favor.
Vuestra gracia es la ventura
Que estimo haber alcanzado;
Mas volver escarmentado
Á la privanza es locura;
Que aquel á quien fulminó
De Jove la airada mano
Con las armas que Vulcano

En sus fraguas fabricó,
Tales temores y enojos
Concibe, que prevenido,
Al trueno cierra el oido,
Y al relámpago los ojos.
Villamet, Valmadrigal,
Santa Cristina y la tierra
Que en las faldas de la sierra
Bebe líquido cristal,
Me dan vasallos, riqueza,
Poder y antiguos blasones
Con que honrarme, y los pendones
Ensalzar de vuestra alteza
Cuando serviros importe,
Sin mendigar más aumentos,
Expuesto á los escarmientos
Y mudanzas de la corte:
Y así, con vuestra licencia,
Me vuelvo á Valmadrigal.

REY.

Aunque que sé que me está mal,
Villagómez, vuestra ausencia,
La permito, porque entiendo
Que aun teneis de mis enojos
El sentimiento á los ojos:
Y así, yo tambien pretendo
Que el tiempo vaya entregando
Vuestras quejas al olvido.
Mas en cambio desto, os pido
Una cosa, y dos os mando:
Que del reino no salgais,

Y á veros vengais conmigo
Muchas veces, son, Rodrigo,
Las que os mando; y que impidais
Que se ausente de Leon
Melendo, os pido; advirtiendo
Que no ha de saber Melendo,
Que os he dado esta intencion.

RODRIGO.

Yo, como leal vasallo,
En cuanto á mí, os obedezco;
En cuanto al Conde, os ofrezco
Intentallo, no alcanzallo. [*Vase.*]

ESCENA XIII.

EL REY. RAMIRO. CUARESMA.

REY.

¿Qué te parece?

RAMIRO.

Que está
De tu indignacion sentido,
Y por eso ha resistido;
Mas el tiempo aplacará
Sus quejas.

REY.

Porque consigo
El fin así que intenté
(Pues si la corte le ve
Algunas veces conmigo,

Cesa la murmuracion
De mi mudanza y su ausencia)
No hice más resistencia
Al partirse de Leon.

RAMIRO.

Que se partiese de tí
Deseaba yo, por darte
Una embajada de parte
De Elvira.

REY.

Ramiro, dí,
Di presto; que no hay paciencia
Donde hay amor.

RAMIRO.

Hoy te aguarda
Para hablarte.

REY.

Un siglo tarda
Cada instante de su ausencia.
Partir luego determino
Disfrazado.

RAMIRO.

Bien harás.

REY.

Vamos pues; que lo demas
Me dirás en el camino.

CUARESMA.

¿Tengo yo de acompañar
Á los dos?

REY.

Cuaresma, sí.

CUARESMA.

Pues advierto desde aquí
Que no voy á pelar. [*Vanse.*]

Campo de Valmadrigal.

ESCENA XIV.

ELVIRA. LEONOR. JIMENA.

ELVIRA.

Por una parte esperanzas,
Por otra, Leonor, temores,
Me acobardan y me animan
Con afectos desconformes.

LEONOR.

Cerca está el plazo si Alfonso,
Como debe, corresponde
Á la obligacion, Elvira,
Que en querelle hablar, le pones.

ELVIRA.

Escucha, amiga Jimena. [*Hablan bajo.*]

ESCENA XV.

DON SANCHO *y* FORTUN, *retirados.* DICHAS.

DON SANCHO.

Mis celos y mis pasiones
Me traen siguiendo sus pasos
Por la espesura del bosque,
Por ver si alguna ocasion
La soledad me dispone,
En que ver mis desengaños
Ó conquistar sus favores.

ELVIRA.

Con este fin te he traido
Conmigo.

JIMENA.

Alfonso perdone;
Que facer su barragana
Á una infanzona tan nobre,
Non ye facienda de Rey.

ELVIRA.

Si intentare algun desórden,
En tu defensa confío.

JIMENA.

Yo faré lo que me toque,
Mas á la fé, doña Elvira,
Rehurtid vos sus amores;

Que con dueña que reprocha,
Non ha facimiento el home.

DON SANCHO.

Confirmóse mi sospecha;
Que segun estas razones,
Esperan á Alfonso aquí;
Y ¡vive Dios, si nos pone
Solos á los dos la suerte
En el campo deste bosque,
Que ha de ser nuestra estacada!
Parte volando, y al Conde
Llama, Fortun, de mi parte,
Y dile que á Villagómez
Traiga consigo, si acaso
Ha vuelto ya de la corte.

FORTUN.

¿Diréle lo que recelas?

DON SANCHO.

Sí, Fortun: dile que corre
Riesgo su honor.

FORTUN.

Hoy se encuentran
Las barras y los leones. [*Vase.*]

ESCENA XVI.

DON SANCHO. EL REY [de Leon]. RAMIRO *y* CUARESMA, *vestidos de labradores.* Dichos.

REY.

Con ellas está Jimena.

CUARESMA.

Á mí me toca.

REY.

Disponte,
Si pretendiere impedir
De los dos las intenciones,
Ó á detenella con fuerzas,
Ó á engañalla con amores.

CUARESMA.

¡Triste yo! No sé cuál es
Mas fácil de esas facciones.
¿Un monstruo quieres que venza,
Ó que una vieja enamore?

ELVIRA.

Este es el Rey.

REY.

¡Bella Elvira!

ELVIRA.

¡Rey y señor!....
[*Apartase cada uno con la que le toca.*]

REY.

Los temores
De tu ausencia me han traido
Con alas desde la corte.

ELVIRA.

En la tardanza hay peligro.
Escucha las ocasiones
De mi pena.

RAMIRO.

Ya el silencio,
Leonor, los candados rompe.
Óyeme sin enojarte,
Si el poder de amor conoces.

CUARESMA.

Jimena, ¡válgame Dios,
Qué linda estás! ¿Qué te pones,
Que al rubio de Dafne amante
Desafías á esplendores?

JIMENA.

Callad, juglar, en mal hora;
Que si un ramo tiro á un robre,
De vuesas chocarrerías
Faredes que enmienda tome.

CUARESMA.

Sin duda que te ha cansado
Lo culto de mis razones;
Que entendimientos vulgares
Es forzoso que lo ignoren,
E ignorándolo, lo culpen,
Y gerigonza lo nombren;
Mas yo te hablaré en tu lengua.

ELVIRA.

Y pues don Sancho me escoge
Para Reina de Navarra,
Es bien que ó tu mano estorbe
Mi ausencia, ó tu desengaño
Dé fin á mis confusiones.
Aquí te has de resolver
Á que te pierda ó te cobre;
Que este es el último plazo.

REY.

¡Ay de mí!

ELVIRA.

¿Dudas? Responde.

REY.

¿Qué he de responderte, Elvira,
Si las capitulaciones
Hechas con la Castellana
Quiere mi suerte que estorben
Darte la mano, y mi amor

Sentirá ménos el golpe
De mi muerte, que tu ausencia?

ELVIRA.

Pues la Castellana goce
Vuestra alteza muchos años,
Y Navarra me corone. [*Quiere irse.*]

REY.

Eso no; detente.

ELVIRA.

Suelta.

REY.

Perdona; que pues conoces
Que tu amor me tiene ciego,
Y en esta ocasion me pones,
He de llevarte á Leon
Y gozar de tus favores;
Y vengan luego á vengarte
El Rey don Sancho y el Conde.

RAMIRO.

Perdona, Leonor.

CUARESMA.

Jimena,
Perdona.
[*Cada uno se abraza con la suya para llevarla.*]

DON SANCHO.

Alfonso, este bosque,

De tu sangre escrito, al mundo
Publique tus sinrazones.
[*Sacan las espadas y acuchíllanse.*]

REY.

¡Al Rey de Leon te atreves!

DON SANCHO.

Yo soy tu igual: ¿no conoces
Al Rey de Navarra?

ESCENA XVII.

EL CONDE, BERMUDO *y* RODRIGO, *sacando las espadas.* DICHOS.

CONDE.

Alfonso,
Ya no es tu vasallo el Conde.
Pues la palabra real
Tan injustamente rompes,
Con tu mano ó con tu vida
Mi honor es fuerza que cobre.

RODRIGO.

Eso no, miéntras viviere
Rodrigo de Villagómez.
[*Pónese Rodrigo al lado del Rey.*]

CONDE.

¡Ah Rodrigo!

RODRIGO.

No hay ofensas,
No hay amistades, ni amores,
Que en tocando á la lealtad,
No olviden los pechos nobles.

CUARESMA.

Temblando estoy.

JIMENA.

Endonadme;
Dueña, esta espada. Vos, Conde,
[*Quita Jimena la espada á Cuaresma, y pónese delante del Rey, defendiéndole de D. Sancho y el Conde.*]
É vos, don Sancho, arredraos;
Porque Jimena non sofre
Que, en contra de su Rey, cuide
Orgullecer ningun home.
Guardad vuesas nobres vidas,
Rey Alfonso é Villagómez;
Que mi valor sobejano
Fará tremer estos montes. [*Acuchíllanse.*]

CUARESMA.

¡Ah machorra!

ELVIRA.

Ten, Jimena.

JIMENA.

Si son don Sancho é el Conde
Porfiosos, perdonad.

ELVIRA. [*Poniéndose en medio.*]

Tened, por Dios; que en los nobles
No han de tener más imperio
Las armas que las razones.
¿Por qué pretendeis, Alfonso,
Con exceso tan enorme
Perder el nombre de Rey,
Cobrar de bárbaro el nombre?
Si han de coronar la Infanta
De Castilla tus leones,
¿Por qué impides que el Navarro
La de Galicia corone?
Una para esposa eliges,
Y otra para dama escoges.
¿Eres cristiano? ¿eres Rey?
¿Eres noble.... ó eres hombre?
Por un intento que nunca
Has de alcanzar, pues conoces
Que no puede en mí la muerte
Más que mis obligaciones,
¡El suelo y el cielo ofendes!
Vuelve en tí, Rey; corresponde
Á quien eres, y á tí mismo
Te vence, pues eres noble;
Ó mueve el luciente acero
Contra mí, si te dispones
Á impedir que de mi mano

El Rey de Navarra goce;
Que yo se la doy. Yo soy
Quien te ofende; que no el Conde
Mi padre, ni el Rey don Sancho.
—Dadme la mano.....

CUARESMA.

Arrojóse.

REY.

Tente, Elvira; que mis celos,
Aunque perdiese del orbe
La monarquía, no sufren
Que á mis ojos te desposes
Con otro; y porque no pueda
Quejarse tu padre el Conde
De mi palabra rompida,
Dame la mano, y perdone
La Infanta doña Mayor,
Y el Rey de Navarra logre
Con ella sus pensamientos.

DON SANCHO.

Don Sancho, Alfonso, responde
Que es admitirlo forzoso.

CONDE.

Falta que á mí me perdones,

REY.

Llegad, Melendo, á mis brazos;
Que disculpados errores
Son los que causa el honor.

ELVIRA.

Permitid que á Villagómez
Le dé la mano mi hermana.

RAMIRO.

Tu promesa no lo estorbe,
Señor; que no quiero esposa
Que ajenas prendas adore.

REY.

Dalde la mano, Rodrigo;
Y porque del todo os honre,
Y quede memoria y fama
De Jimena, y de que ponen
Á los pechos que los crian
Tal valor los Villagómez,
Ella y cuantas merecieren
Dar á los Infantes nobles
De vuestro linaje el pecho,
De hoy en adelante gocen
Privilegio de nobleza,
Para que el mundo los nombre
Los pechos privilegiados.

JIMENA.

Nunca de vuesos loores
La fama fallecerá.

RODRIGO.

Aun hoy cuenta en sus blasones,
Senado, este privilegio
La casa de Villagómez.
Y esta verdadera historia
Dé fin aquí, y sus errores
Suplica humilde el autor
Que el auditorio perdone.

LOS PECHOS PRIVILEGIADOS.

Difícil sería al que oyese este título y áun al que hubiera leido el drama hasta el desenlace, conocer su verdadera significacion, á no haberse fijado en los últimos versos. Y decimos aunque le hubiera leido, porque sin llegar á su fin, todo él está respondiendo á otra interpretacion que algunos de los personajes nos obligan á darle. Hablándose de pechos privilegiados, cualquiera presumiria fundadamente, que se hablaba de la elevacion y grandeza de Jimena y de Rodrigo de Villagómez. Y sin embargo, á lo que alude el título, no es á los sentimientos, al corazon, sino á los pechos de la mujer, á los pechos que amamantan. Se refiere al privilegio de nobleza, que se supone concedido por el Rey á las amas que criasen á los descendientes de la ilustre familia de Villagómez. La munificencia Real no podia traer, por más desusado camino, ni otorgar por más radical manera, su galardon á la hidalguía de sentimientos.

El título pues, contra lo que comunmente sucede, no resume ni anuncia el pensamiento capital de la obra: se contrae á un cabo de su desenlace. Pero despues de la anterior explicacion, no puede uno ménos de preguntar: ¿qué hombre es ese, ó cómo es el *valor* de ese hombre que tal premio grangea del monarca, á la que en su concepto se lo ha infundido? Y vamos derechos al fondo de la pieza, que anuncia raros y peregrinos merecimientos, virtud esclarecida y levantada.

Y como eso es más meritoria, cuanto es más difícil y cos-

tosa, en ninguna parte lo será tanto, como donde más se ejercite, y más batallas riña, y más victorias alcance. Palenque es pues para ella de aparentes condiciones la Corte, el Palacio de los Reyes, donde hallan, por lo comun, la adulacion su asiento, la hipocresía su máscara, la intriga su telar y la ambicion su escala. Y allí la coloca el autor, cual en sitio preferente, para el lucimiento de su celsitud y excelencia, y le da por aliados, mejor diria por contrincantes, al amor y á la amistad. Para juzgar de sus triunfos sobre pasiones fervorosas y desatentadas, conviene reseñar, siquiera ligerísimamente, la historia que los implica y la ocasion en que se suceden.

Tiene el Conde Melendo dos hijas: Leonor y Elvira. Ama á la primera correspondido de ella y aceptado por el Padre, Rodrigo de Villagómez, favorito del Monarca, que piensa hacerla su esposa. Ama á la segunda el Rey Alonso V de Leon, que piensa hacerla su querida. Acude éste á Villagómez, para que, á título de amigo y cuñado futuro de Elvira, le ayude á lograr sus torcidos propósitos, pero acude en vano: se niega á ello el Privado: pierde por ende su privanza, y como no podia casarse sin licencia Real, ni queria revelar á nadie por qué se la negaban, determina alejarse de la Corte.

Segun acontece en semejantes casos, no falta al Rey otro servidor más flexible y complaciente. pero tercia en las régias aventuras con escasa suerte, pues Elvira, aunque ama á Alonso V, sólo le consiente amores por la via conyugal. Varia fortuna corren entre tanto los de D. Rodrigo, con haberse ausentado, sin dar explicaciones á la familia de su prometida, y siguen las alternativas, hasta que aclarada su conducta y convencidos el Rey y Leonor de su lealtad, le vuelven á su gracia y se dispone la boda. Entónces Alonso V, más que llevado de su afecto, ofendido en su amor propio, y picado y temeroso de perder á Elvira, cuya mano ha pedido Sancho, Rey de Navarra, resuelve darle la suya, y se verifican ambos matrimonios.

Pronta, fácil y hábilmente comienza la accion, pues apenas acaban el Conde y D. Rodrigo de concertar el matrimonio de éste, aparece el Rey con la confianza de su amor, pidiéndole ayuda y mediacion, y tiene que negárselas. Oigámosle:

¿Y en tan poca estimacion
Os tengo yo, que debia
Presumir que en vos cabia
Injusta imaginacion?
¿Y en tan poco me estimais
Ó me estimo yo, que crea
Que para una cosa fea
Valeros de mí querais?
Y al fin ¿tan poco entendeis
Que estimo al Conde, que entienda
Que vuestra aficion le ofenda
Si ser su yerno podeis?

REY.

Esto habeis de hacer por mí,
Si es que mi vida estimais,
Y si el lugar deseais
Pagar, que en el alma os dí.

RODRIGO.

Señor, mirad.....

REY.

Ciego estoy:
No me aconsejeis, Rodrigo.
Esto haced, si sois mi amigo.

RODRIGO.

Alfonso, porque lo soy
Os pongo de la verdad
Á los ojos el espejo,
Que se vé en el buen consejo
La verdadera amistad.....
Pues ni yo fuera Rodrigo
De Villagómez, ni fuera
Digno de que en mí cupiera
El nombre de vuestro amigo,

Si solo por daros gusto,
En un caso tan mal hecho,
Hiciera á un amigo estrecho
Un agravio tan injusto.
....

REY.

Una de dos;
Hacerlo, ó no ser mi amigo.

RODRIGO.

Si yo no lo he merecido
Por mi sangre y mi valor,
Muy caro dais el favor,
Á precio de honor vendido:
Que ese es modo con que suele
Levantarse á la privanza
Del Rey, solo quien no alcanza
Otras alas con que vuele:
Mas no quien pudo llegar
Por sus partes á subir,
Y merece con servir
Y no con lisonjear.....
....
Para hacer yo lo que debo
Solo á lo que debo miro:
Ni á otros efetos aspiro
Ni de otra causa me muevo.

Ofendido el Rey de semejante lenguaje, le prohibe que vuelva á su presencia, y le manda que guarde secreto. Ocioso es ponderar la entereza con que arrostra inflexible las exigencias del Monarca: ¡lástima que no se pague un poco ménos de sí! pero este es achaque comun de todos nuestros antiguos caballeros: no conocian la modestia en materia de alcurnia, ni de valor. Balzac ha dicho que hablar á una mujer de amor, es hacerle el amor, como ahora se dice: pues nuestros galanes sin duda pensaban, que hablar de valor era tener valor: y así no se encuentra en el teatro antiguo un valiente, que no encarezca sus hazañas efectivas y posibles; que no diga baladronadas. Son restos de la Caballería andante, que anunciaba el valor como una profesion social.

Cuando el Conde Melendo sabe la caida de su amigo y presupuesto hijo Villagómez, le ofrece negociar su reconciliacion con el Rey, en la cual fundadamente confla: pero aquel escarmentado, le contesta lleno de respeto y cordura:

La gracia, sí me alcanzad;
(Que esta es forzoso que precie,
Pues no hacerlo fuera especie
De locura ó deslealtad;)
Pero el asistirle, no:
Porque si Faeton viviera
Fuera necio, si volviera
Al carro que le abrasó.

CONDE.

Estais agora enojado.

RODRIGO.

Corriendo el tiempo, no hay duda
Que el enojado se muda:
Pero no el desengañado.

Retraido á sus estados de Valmadrigal, donde Jimena su nodriza le quiere, cuida y agasaja como á hijo, vá á visitarle el Rey Sancho de Navarra, á fin de que influya con el Conde, para que le otorgue la mano de su hija Elvira á quien ama; y noticioso de su injusta desgracia con el Monarca Leonés, le propone se vaya á Navarra, donde le satisfará todas sus ambiciones: á lo cual dice:

RODRIGO.

¡Señor! en cuanto á mí toca
La merced os agradezco:
Pero de Alfonso hasta aquí
Ni me agravio, ni me quejo
Para que me ausente dél:
Que de su privanza es dueño:
Y la agradezco gozada,
Y perdida no me ofendo.

Mas á pesar de no haber querido tornar á ella, como se lo manifestó respetuosamente al Rey en persona, veamos su

conducta con él, cuando por Elvira riñe con el de Navarra, á cuyo lado se pone el mismo Conde, que se habia desnaturalizado: y no olvidemos que el Rey habia intentado matarlo sin razon, y por su propia mano:

CONDE.

Alfonso,
Ya no es tu vasallo el Conde:
Pues la palabra Real
Tan injustamente rompes,
Con tu mano, ó con tu vida
Mi honor es fuerza que cobre.

RODRIGO.

Eso no, miéntras viviera
Rodrigo de Villagómez. (*Pónese al lado del Rey.*)

CONDE.

¡Ah Rodrigo!

RODRIGO.

No hay ofensas,
No hay amistades ni amores,
Que, en tocando á la lealtad,
No olviden los pechos nobles.

Despues de Rodrigo, el personaje que descuella, es su ama Jimena, creacion caprichosa y original, aunque no fuera mas que por el dialecto que habla, tan ajeno de la unidad de lenguaje que naturalmente pide todo drama, como propio del lugar en que se coloca la escena. ¿Pero qué importa (no acertamos á ser severos), si parece que estamos oyendo hablar á Don Alfonso el Sabio y contemplando en aquella humilde mujer la bondad, entereza y bravía virtud de la más rica fembra de Castilla?

Si á los sentimientos pudiera hallárseles la filiacion, y fuese cierto que se nos trasmiten más ó ménos intensamente algunos de las que á sus pechos nos crian, bien pudiéramos encontrar en ella el orígen de los que ostenta luégo Rodrigo en las críticas situaciones. Pero escuchemos las palabras á su ahijado, que parecen inspiradas por el genio de los primitivos romances.

JIMENA.

Mi Rodrigo ¿qué tenedes?
Esfogad conmigo el pecho,
Si vos miembra que del mio
Vos dí el primer alimento.
Ama vuesa só, Rodrigo:
Á nadie el vueso secreto
Podedes mejor fiar:
Que como madre vos quiero.

Asustada con que no se le haya fiado, pretende averiguarlo á toda costa para consolarle, defenderle ó ayudarle, y le consagra solicitud verdaderamente maternal: por do quiera le sigue y áun le acecha. Así al anunciarle el Rey de Navarra que quiere hablarle á solas, segun hemos visto, retírase ella, pero se pone á escuchar tras de la puerta.

Y no es perdida su vigilancia: que llega el Rey á Valmadrigal á probar fortuna nuevamente con Elvira, y por acaso la divisa en un bosque con Rodrigo, de quien está celoso: escóndese á cierta distancia, y entreoyendo parte de su conversacion con ella, é interpretándola torcidamente, acaba de alucinarse y enfurecerse hasta el punto de querer matarle: en cuyo acto sale ella de su emboscada y se lo lleva en brazos miéntras dice:

REY.

Suelta, villana, ¿á tu Rey
Te atreves?

JIMENA.

Rey, el mio fijo
Defiendo, nos vos ofendo.

Cargar con un Rey en brazos, y arrebatarlo así de la escena atropellando, no ya el prestigio de la monarquía, sino la seguridad civil y el respeto público es un paso verdaderamente de sainete: pero que no faltará quien aplauda en una forzuda

montañesa, que vé amenazado de muerte en lucha desigual é inicua al hijo á quien tiene amor tan entrañable y orgulloso.

Contando luégo á Rodrigo lo que le pasó con el Rey cuando quedaron á solas, despues de haberle hecho desaparecer de la escena, por tan grotesca máquina, en medio de que desconoce todo lo interior del negocio, hace traslucir perfectamente el cambio que sus explicaciones produjeron en el ánimo del Monarca. Merece que la oigamos :

...,.......... Alfonso non cuidedes
Que vos largue, hasta en tanto
Que pongades preitesía
De non facer ende daño
Al mi Rodrigo. Á la cima,
Bien de fuerza ó bien de grado
Fizo el pleito; é yo otro sí
Tiréle luego el embargo,
É homildosamente dije
Con los finojos fincados:
Rey: ama só de Rodrigo;
Estos pechos le criaron:
En mi amor semejo madre:
Si atendiendo como sabio
É como nobre, que amor
Torna enfurecido é sandio,
Vos non prace perdonarme,
Vedesme al vuestro mandato.
....

Y concluye diciendo:

Y magüer que la palabra
Obriga á los Reyes tanto,
Como ni venganza cabe,
Nin afrenta en ser tan alto,
Pues non ye cosa que pueda
Obscurar al sol los rayos:
Sandio Rodrigo seredes,
En atender confiado
Nin la fé de un ofendido,
Nin la piedad de un contrario.

Mas á pesar de estos temores y desconfianzas, cuando los Reyes llegaron á las manos, cogió la espada de Cuaresma

y se puso delante de Alfonso á defenderle contra don Sancho y el Conde, satisfaciendo así con creces el agravio que le habia hecho.

Notable es por el respeto, dignidad y pundonor que inspira la escena en que el Conde Melendo y su hijo sorprenden en el cuarto de la victoriosa, aunque atraicionada Elvira, al Rey que les dice, viendo que van á acometerle:

¡Tenéos
Al Rey!

CONDE.

¿Al Rey?

REY.

Sí.

CONDE. (*Deja caer la espada.*)

El Rey sois.....
Aunque no lo pareceis:
Pero conmigo bastó,
Para que suelte el acero,
Solo el oir que sois vos.
....

REY.

Quedáos.

CONDE.

Permitid que al menos
Llegue á la calle con vos:
Porque quien salir os viere
Entienda que mereció
Esta visita Melendo,
Y no su hija.....

Muy en su lugar está la observacion del cortesano, para cubrir las apariencias de su honra. La Majestad Real es la que queda harto mal parada en esa escena de pecador arrepentido, y más si se atiende, á que no sale ganando ni la Moral, pues no sigue luégo la enmienda al arrepentimiento

Es Cuaresma de los más donosos y agudos de su linaje

segun se vé en los razonamientos que hace para defender su cobardía y la necesidad y el deber de comer bien. En fin, son distinguidos todos los personajes de este drama, sembrado cual pocos de bellezas al pormenor: especie de traje de no muy ceñida hechura, pero de riquísima tela cortado y cubierto de preciosa argentería. La experiencia, el ingenio y la discrecion brotan por todas partes.

Dice la corrupcion cortesana:

Sin advertir que las leyes,
En las manos de los Reyes
Que las hacen, son de cera:
Y que puede un Rey, que intenta
Que valga por ley su gusto,
Hacer lícito lo injusto,
Y hacer honrosa la afrenta.
. . . .

Dice la discreta Leonor:

Más me dais á presumir
Que de vos puedo saber:
Que el que un secreto pondera
Y lo calla, hace más daño,
Dando ocasion á un engaño,
Que declarándolo hiciera:
Y así, quien prudencia alcanza,
Ó no ha de dar á entender
Que hay secreto que saber,
Ó ha de hacer dél confianza.
. . . .

Dice la cortesía de Rodrigo:

Harélo,
Porque vos me lo mandais:
Que si el estar descubierto,
Rey don Sancho, es respetaros,
Cubrirme es obedeceros.
. . . .

La virtud de Jimena dice:

Alfonso perdone:
Que facer su barragana
A una infanzona tan nobre
Non ye facienda de Rey.
. . . .

Yo faré lo que me toque:
Mas á la fé doña Elvira:
Rehurtid vos sus amores;
Que con dueña que reprocha
Non há facimiento el home.

....

Dice la experiencia del Conde:

Aquí no hay que esperar:
Que es bien que muera
Quien la amenaza vé y el golpe espera

....

Alfonso es Rey, bien lo veo:
Prometió mas es amante;
No hay propósito constante
Contra un constante deseo.
El remedio está en la ausencia;
Que al furor de un Rey, Bermudo,
La espalda ha de ser escudo,
Y la fuga resistencia.

Así dice Lista: «este es el drama en que Ruiz de Alarcon desplegó más conocimientos morales y políticos: abunda en excelentes principios expresados con toda la dignidad de la tragedia. Por lo que no se recomienda tanto es por el movimiento de su accion que no es todo lo acompasado y gradual que se requiere.» Entretiene mas bien con el interés que inspira cada persona por sí y en sí, que con relacion al interés dramático total. En cambio luce un lenguaje y una versificacion de lo más apurado y escogido, segun podemos juzgar por las muestras acaso excesivas que van presentadas.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA;
DON DOMINGO DE DON BLAS.

PERSONAS.

DON JUAN, *galan*.
DON DOMINGO DE DON BLAS.
EL PRINCIPE DON GARCIA.
DON RAMIRO, *viejo grave*.
EL REY DON ALFONSO III DE LEON, *viejo*.
NUÑO, *criado*.
MAURICIO, *criado*.
LEONOR, *dama*.
CONSTANZA, *dama*.
INES, *criada*.
BELTRAN, *gracioso*.
UN SOMBRERERO.
UN SASTRE.
UN GENTILHOMBRE.
CRIADOS.

La escena es en Zamora.

ACTO PRIMERO.

Calle en que está la casa de D. Ramiro y otra desalquilada.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN *con unas llaves, y* BELTRAN : *ambos á la puerta de la casa inhabitada.*

DON JUAN.

La casa no puede ser
Más alegre y bien trazada.

BELTRAN.

Para tí fuera extremada,
Pues vinieras á tener

Pared en medio á Leonor;
Mas piden adelantados
Por un año cien ducados,
Y estás sin blanca, señor.

DON JUAN.

Yo pierdo mil ocasiones
Por tener tan poca suerte.

BELTRAN.

Pues ya no esperes valerte
De trazas y de invenciones.
No hay embuste, no hay enredo
Que puedas lograr agora,
Porque todos ya en Zamora
Te señalan con el dedo:
De suerte, que me admiró
Que no temiese el empeño
De sus llaves, cuando el dueño
De la casa te las dió.

DON JUAN.

Nada me tiene afligido
Como ver que he de perder
Á Leonor, despues de haber
Sus favores merecido,
Y despues que me ha costado
Tanta hacienda el festejarla,
Servirla y galantearla.

BELTRAN.

Con eso me has acordado
Una bien graciosa historia,
Que has de oir, aunque estés triste.—
Bien pienso que conociste
Á Pedro Nuñez de Soria.

DON JUAN.

En Castilla le traté,
Y era hombre amable y gustoso.

BELTRAN.

Ese pues poco dichoso,
Tan pobre en un tiempo fué,
Que por alcanzar apénas
Para el sustento, jugaba
La mohatra, y se adornaba
Todo de ropas ajenas.
Riñó su dama con él,
Y en un cuello que traia
Ajeno, como solia,
Hizo un destrozo cruel.
El dueño, cuando entendió
La desdicha sucedida,
Á la dama cuellicida
Fué á buscar, y así la habló:
«Una advertencia he de haceros,
Por si acaso os enojais
Otra vez, y es que riñais
Con vuestro galan en cueros;
Que cuando la furia os viene,

Si vestido le embestis,
Haced cuenta que reñis
Con cuantos amigos tiene.»

DON JUAN.

Bueno es el cuento; mas dí,
¿Á qué propósito ha sido?

BELTRAN.

¿Pues aún no lo has entendido?
Estás tú sintiendo aquí
El dinero que has gastado
En celebrar á Leonor,
Y lo pudieran mejor
Sentir los que lo han prestado.

DON JUAN.

¿Era mi hacienda tan poca,
Que no puede entrar en cuenta?

BELTRAN.

No, pero deja que sienta
Cada cual lo que le toca.

DON JUAN.

¡Qué bien sabes discurrir
Contra mí!

BELTRAN.

¿Puedes culpar,
Pues que te ayudo á pecar,
Que te ayude á arrepentir?

DON JUAN.

Entra, y mira si á Leonor
Puedo hablar, y aquí te espero. [*Vase Beltran*]

ESCENA II.

NUÑO. DON JUAN.

NUÑO [*Mirando la casa desalquilada.*]

Esta se alquila, y parece
Á medida del intento,
Si es tan buena de aposento
Como la fachada ofrece.
El dueño debe de ser
Este, que á la puerta está
Con las llaves : bien será,
Si agora la puedo ver,
Llevar della relacion.
Quiero hablalle. — Caballero,
Para cierto forastero
Quisiera, si es ocasion,
Ver esta casa.

DON JUAN.

Es muy cara;
Que han de darse adelantados
Por un año cien ducados.

NUÑO.

No importa; que no repara
Mi dueño, que mucho más

Puede dar en interés,
Si es á su gusto.

DON JUAN.

¿Y quién es?

NUÑO.

Don Domingo de Don Blas.

DON JUAN.

¿De Don Blas?

NUÑO.

Sí.

DON JUAN.

¡Qué apellido
Tan extraño!

NUÑO.

Extraño y nuevo
Es sin duda; mas me atrevo
Á apostar, que el más lucido
Linajudo caballero
Deste reino le tomára,
Como el nombre le importára
Lo que importa al forastero.

DON JUAN.

Si no os llama algun cuidado
Que requiera brevedad,

Lo que apuntais me contad,
Y dejaréisme obligado.

NUÑO.

Es dar gusto granjería.
Tan hidalga, que supuesto
Qe tanto mostrais en esto,
Á mayor costa lo haria.
Cuando en las ardientes fuerzas
Y en los invencibles brios
Del ya anciano rey Alfonso
(Que guarde Dios largos siglos)
Hallaba España triunfos,
Y el moro hallaba castigos,
Siendo su cuchilla asombro
De pendones berberiscos,
Don Blas, hidalgo tan noble
Cuanto el que más presumido,
En Leon de ilustre sangre
Cuenta blasones antiguos,
Le fué á servir en las talas
Que al moro extremeño hizo,
Llevando en su compañía
Por soldado á don Domingo,
Que era su sobrino, y era,
Aunque fué don Blas, su tio,
Valiente cuanto ninguno,
Su emulacion su sobrino.
Llegaron á saquear
Á Mérida, donde quiso
La suerte que le tocase
De un moro alfaquí tan rico

La casa á don Blas, que el oro
Que halló en ella, satisfizo
La sed con que despreciaba
De la guerra los peligros.
Á su vida y su ventura
Llegó el plazo estatuido,
Quedando por heredero
De sus bienes don Domingo,
Mi señor, á quien tenia
Obligacion por sobrino,
Y amor por su educacion,
Que le crió desde niño.
Cuatro mil ducados fueron
De renta, de los que hizo
Un vínculo en su cabeza
(Hacienda que en este siglo
Ilustrára algun señor),
Con estatuto preciso
De que, el nombre de *Don Blas*
Tomase por apellido
Cualquiera que el mayorazgo
Por derecho sucesivo
Herede, por evitar
Las injurias del olvido
En orígen de su nombre.
Ya de su estado os he dicho:
Agora os he de contar
Su condicion, por serviros.
En la guerra, cuando pobre,
Nadie mejor satisfizo
La obligacion de su sangre;
Nadie fué con los moriscos

Más audaz, ninguno fué
Al trabajo más sufrido,
Ó al peligro más valiente;
Mas despues que se vió rico,
Solo á la comodidad,
Al gusto del apetito,
Al descanso y al regalo
Se encaminan sus designios;
Tanto, que el acomodado
Se suele llamar él mismo;
Y en órden á ejecutar
Este asunto, es tan prolijo
El discurso de las cosas
Que, por no cansar, no os digo
Que ni basta á referirlas
El más elegante estilo,
Ni el ingenio á imaginarlas,
Ni á sumarlas el guarismo.

DON JUAN.

Ni es el asunto muy necio,
Ni es muy bobo don Domingo;
Que pienso, que si pudieran
Hicieran todos lo mismo.—
Pero las llaves tomad:
Ved la casa; que imagino
Que le ha de agradar, si acaso
No le descontenta el sitio.

NUÑO.

Antes por ser retirado
Es conforme á sus designios. [*Vase.*]

ESCENA III.

DON JUAN, *y luego* BELTRAN.

DON JUAN.

¡Ah vil fortuna! ¡Con otros
Tan liberal, y conmigo
Tan avara! Pues ¡por Dios!
Que he de ver, si mi artificio
Puede vencer tus rigores;
Pues estoy ya tan perdido,
Que ni me espantan los años
Ni me enfrenan los peligros.
¿Qué tenemos? [*Sale Beltran.*]

BELTRAN.

Nada.

DON JUAN.

¿Cómo?

BELTRAN.

Ni Leonor ha parecido,
Ni Inés, ni doña Constanza.

DON JUAN.

No importa; que agora aspiro
Á otro intento, á que pudiera
Ser estorbo habernos visto.

Tú retírate, Beltran;
Que conviene que conmigo
No te vean.

BELTRAN.

¿Hay tramoya?

DON JUAN.

Y tan buena, que imagino
Que estas fiestas me ha de ver
En la plaza tan lucido
Leonor, que como hoy favores,
La merezca desatinos.

BELTRAN.

Si no ruedas.

DON JUAN.

No por eso
El mérito habré perdido;
Antes importarme puede;
Porque si solo el peligro
Es medio para obligar,
Más obliga el daño mismo.
Pero vete ya, que importa.

BELTRAN.

Á este zaguan me retiro. [*Vase.*]

ESCENA IV.

LEONOR *é* INES *á la celosía.* DON JUAN.

LEONOR.

¿Que está don Juan en la calle?

INES.

Tus ojos te lo dirán.

LEONOR.

¡Qué cuidadoso galan!
Ines, ¡quién pudiera hablalle!

INES.

De esta espesa celosía
Puede, con verle, tu amor
Descansar; que mi señor
Está en casa, y no sería
Delito que perdonára
(Pues su condicion cruel
Conoces ya) si con él
Hablando acaso te hallára.

LEONOR.

De sujecion tan penosa
¿Cuándo libre me veré?

INES.

Cuando la mano te dé.

LEONOR.

Nunca seré tan dichosa.

ESCENA V.

NUÑO, *que sale con las llaves y se las dá á* D. JUAN.
LEONOR *é* INES, *á la celosía.*

NUÑO.

La casa he visto, y no creo
Que pueda hallarla mejor
Don Domingo mi señor.

DON JUAN.

Pues si iguala su deseo,
El efecto importaria
Abreviar, porque á Zamora
Llegó con su gente agora
El príncipe don García,
Y perderá la ocasion
Si desta gozar desea.

NUÑO.

Hasta que con él me vea
Y le haga relacion
De la casa, solamente
La dilacion puede ser,
Y de la que he de hacer
No dudo que le contente.

DON JUAN.

¿Dónde vive? *[Hablan los dos bajo.]*

LEONOR.

¿Si ha comprado
Don Juan esta casa, Ines?

DON JUAN.

La posada sé, y despues
Que la noche haya ocultado
Al sol, porque las regiones
Gozen su luz del ocaso,
Le buscaré; y por si acaso
No dan mis ocupaciones
Lugar, irá un escribano
De quien mis negocios fío
Y que tiene poder mio,
Y correrá por su mano
El concierto y la escritura,
Y se le podrá entregar
El dinero.

NUÑO.

¿Ha de llevar
Señas?

DON JUAN.

Persona es segura;
Pero lo que entre los dos
Hemos tratado será
Lo que por señas dará.

NUÑO.

Así queda.

DON JUAN.

Adios.

NUÑO.

Adios.

ESCENA VI.

LEONOR. INES.

INES.

Bien se ha visto en el concierto
Que es suya:

LEONOR.

Sin duda es
Más rico don Juan, Ines,
Que cuenta la fama.

INES.

Es cierto,
Pues despues que al viento ha dado
Tantas libreas y galas,
Dorando al amor las alas
Con que vuela á tu cuidado,
Posesion de tal valor
Ha comprado, que pudiera,

Para que á gusto viviera,
Estimarla un gran señor.

LEONOR.

Yo en efeto, si á don Juan
Doy la mano, soy dichosa.

INES.

Claro está; que siendo esposa
De hombre tan rico y galan,
Noble y que te quiere bien,
La ventura de tu empleo
Excederá á tu deseo,
Y más gozando de quien
Tan enamorada estás.

LEONOR.

Ese es el punto mejor;
Porque si falta el amor,
Sobra todo lo demas. [*Quítanse de la ventana.*]

—

Habitacion del príncipe D. García en Zamora.

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE. DON RAMIRO.

PRÍNCIPE.

La reina mi madre ha sido
Quien me ha puesto esta intencion,
Y para la ejecucion

Su favor me ha prometido:
Que mi padre la ha obligado,
Con su condicion esquiva,
Á fabricar vengativa
Esta mudanza de estado.
Demas de que, en mis intentos
Tendré el favor popular
De mi parte, por estar
De mi padre descontentos
Por tantas imposiciones
Como á pagar les obliga;
Y para la oculta liga
Previene sus escuadrones
Nuño Fernandez, el conde
De Castilla, suegro mio;
Y así, pues de vos me fío,
Si vuestra fé corresponde,
Como suele, á la ocasion
Y amistad que me debeis,
Presto en mis sienes vereis
La corona de Leon.
[*Apártase de Ramiro, dejándole que reflexione.*]

DON RAMIRO.

(*Ap.* ¡Cielos! ¡Esta tempestad
De inquietudes y cuidados
Á los términos cansados
Les faltaba de mi edad!
Mas ¿qué he de hacer, si García
Es sol que empieza á nacer,
Y el Rey se ve ya esconder
En el sepulcro del dia?

Poder y resolucion
Tiene el Príncipe, y si quiero
Resistirle, considero
Mi muerte en su indignacion.
Del Rey don Alonso estoy
Mal satisfecho; y García,
Pues que de mí tanto fía
Y tan su privado soy,
Pondrá en mi mano el gobierno
Del reino, y con su poder
Y mi industria, podré hacer
Mi casa y mi nombre eterno.
Pues ¿qué tiene que dudar
Quien aspira á tanto bien?
Aventure mucho quien
Mucho pretende ganar.)
Quien reconoce deberos
Lo que yo, siendo obediente
Y callado solamente,
Señor, ha de responderos.
Solo os advierto fiël
Que tengo de plata y oro
Acumulado un tesoro,
Si importa serviros dél.

PRÍNCIPE.

No es el saberme obligar
En vuestra fineza nuevo.

DON RAMIRO.

Ofreceros lo que os debo
No es obligar, es pagar.

PRÍNCIPE.

Pues, Ramiro, una memoria
Con cuidado habeis de hacer,
De cuantos me puedan ser
Para alcanzar la vitoria
Importantes : no olvideis
Hombre, que por principal,
Ó por su mucho caudal
Poderoso imagineis.
Y á estos tales (porque quiero
Para poder confiarles
Mis pensamientos, ganarles
Las voluntades primero)
Los convidad de mi parte
Para las fiestas que agora
Tengo de hacer en Zamora ;
Que la estimacion es arte
De obligar, y deste modo,
Pues yo entro en ellas, obligo,
Igualándolos conmigo,
Los nobles y al pueblo todo.
Las inclinaciones gano,
Honrando las fiestas yo,
Porque siempre deseó
Príncipe alegre y humano;
Y despues iré, Ramiro,
Declarando á cada cual
Hombre rico y principal
La novedad á que aspiro.
Mas advertid, que de suerte
Ha de ser, que me asegure

Del que resistir procure,
Ó su prision ó su muerte,
Antes que pueda el secreto
Publicar; y así, escuchad
Cómo la seguridad
Encamino deste efeto.
Á cada cual mandaré
Que en un puesto de Zamora
Vaya á esperarme á deshora;
Y de allí le llevaré
Á vuestra posada, donde
Prevendreis para este intento
Un retirado aposento;
Porque si no corresponde
Á mi gusto, ha de quedar
Preso en él, y vos seréis
Su alcaide, porque estorbeis
Que nadie le pueda hablar,
Hasta conseguir mi intento.

DON RAMIRO.

Así se asegura todo;
Porque mi casa de modo
Es copiosa de aposento,
Que cuantos en la ciudad
Nobles son guardar pudiera,
Sin que jamás lo entendiera
La mayor curiosidad.

PRÍNCIPE.

Esto quede así, y agora
Sabed, que porque no obligo

Á nadie más por amigo
Que á vos, Ramiro, en Zamora,
Me ha hecho su intercesor
Don Juan Bermudez, que esposo
Quiere ser, por ser dichoso,
De vuestra hija Leonor.
Ya sabeis que es tan valiente,
Tan noble y emparentado,
Que nadie, para el cuidado
De la novedad presente,
Puede importar á los dos
Más que don Juan.

DON RAMIRO.

Es verdad,
Pero.....

PRÍNCIPE.

Don Ramiro, hablad.
Que ninguno más que vos
Es mi amigo, ni hay á quien
No deba yo preferiros.

DON RAMIRO.

¿Bastará, señor, deciros
Que á Leonor no la está bien?

PRÍNCIPE.

Bastará; mas quedaré
Querelloso, con razon,
De entender que en la ocasion
No os confiais de mi fé.

DON RAMIRO.

Pues ya con apremio tal
Á decirlo me condeno;
Que aunque es de mí tan ajeno
Hablar de ninguno mal,
Cesa aquí la obligacion
De reparar en su ofensa,
Pues va en ello mi defensa
Y vuestra satisfaccion.
Sepa, señor, vuestra alteza
Que, de quién es olvidado
Don Juan, ha degenerado
De suerte de su nobleza,
Que por su engañoso trato
Y costumbres, es agora
La fábula de Zamora;
Y atiende tan sin recato
Solo á hacer trampas y enredos,
Que ya faltan en sus menguas
Para murmuralle lenguas,
Y para apuntalle dedos.
Pródigamente gastó
Innumerable interés
Suyo en fiestas, y despues
Que su hacienda consumió,
Fué en la ajena ejecutando
Lances de poca importancia;
Pero como la ganancia
Ó el gusto le fué cebando,
El error que perdonó
Más afrentoso y horrible,

Por no poder encubrirle
Fué, por vergonzoso no.
Y como le da osadía
La experiencia, que ha mostrado
Que por ser tan respetado
Por su sangre y valentía,
Ninguno, de sus agravios
Justicia pide ni espera,
Antes la queja siquiera
Aún no se atreve á los lábios;
Tanto la rienda permite
Á su malicia, que dél
Solo está seguro aquel
Que no tiene qué le quite.
Este es, señor, el esposo
Que dar quereis á Leonor.

PRÍNCIPE.

Él probára mi rigor
Si no fuera tan dichoso,
Que conviniese á mi intento
Agora no disgustallo;
Pero si llego á lograllo,
Dará público escarmiento.

DON RAMIRO.

Eso está bien advertido,
Como tambien lo será
Que supuesto que nos da
Con proceder tan perdido
Avisos tan declarados
De lo poco que podeis

Fiaros dél, no le deis
Parte de vuestros cuidados.
Demas que, á la majestad
Del Rey vuesto padre ha sido
Tan afecto, y le ha servido
Siempre con tanta lealtad,
Que es muy cierto, si se fia
Dél vuestra alteza, que es dar
Contra sí mismo lugar
Dentro del pecho á una espía.

PRÍNCIPE.

Mi norte habeis de ser vos;
Seguiré vuestro consejo.

DON RAMIRO.

Como leal, como viejo
Y amigo os le doy.

PRÍNCIPE.

Adios,
Y empezad luego, Ramiro;
Que importa lograr los dias.

DON RAMIRO.

Confiad que como mias,
Señor, vuestras cosas miro.

PRÍNCIPE.

Yo he perdido un gran soldado
En don Juan. ¿Quién entendiera
Que tan ciegamente hubiera

Su noble sangre infamado
Un hombre de tal valor?
En abriendo el pecho al vicio,
El más pequeño resquicio
Da puerta franca al error.

ESCENA VIII.

DON JUAN. EL PRÍNCIPE.

DON JUAN.

(*Ap. al salir.* Ya don Ramiro, salió,
Y ya la ventura mia
Es cierta pues don García
Por su cuenta la tomó.)
De mi ventura, señor,
Las gracias os vengo á dar,
Pues no la puedo dudar,
Siendo vos mi intercesor.

PRÍNCIPE.

Asegurarlo podria
Mi amor y vuestra lealtad;
Mas la ajena voluntad
No está, don Juan, en la mia.
De cuanto he podido hacer
Vuestra amistad me es deudora;
Mas Ramiro por agora
No está dese parecer;
Pero perder no es razon

La confianza por esto;
Que en cosas tales, no presto
Se toma resolucion.
Mucho alcanza la porfía:
De vuestra parte obligad
Vos, don Juan, su voluntad;
Que yo lo haré de la mia. [*Vase.*]

ESCENA IX.

DON JUAN.

Ya me falta la paciencia
¡Que ni mi sangre y valor,
Ni del Príncipe el favor
Conquisten su resistencia!
Veme pobre, y es avaro.
¡Ah cielos! ¡Que el interés
Oscurezca así á quien es
Por su linaje tan claro!
Pues Leonor ha de ser mia,
¡Vive Dios! á su pesar;
Medio no me ha de quedar
Que no intente mi porfía.
Ciego estoy, y estoy perdido,
Y ya la resolucion
Llegó á la imaginacion
Que mil veces he tenido.

ESCENA X.

BELTRAN. DON JUAN.

BELTRAN.

¿Á solas estás hablando,
Señor?

DON JUAN.

Sí, Beltran; que el fuego
De la rabia en que me anego,
Del pecho estoy exhalando.
Don Ramiro ha resistido
Á la intercesion que ha hecho
Por mí el Príncipe.

BELTRAN.

Sospecho
Que tuya la culpa ha sido;
Que si luégo que llegaste
Á Zamora la pidieras,
Cuando de tantas banderas
Victorioso en ella entraste,
Y cuando á su calidad
Igualaba tu riqueza,
Sin que hubiese á tu nobleza
Hecho la necesidad
Olvidar su obligacion,
Y dar en tales abismos
Á tus enemigos mismos

Lástima y á tu opinion,
No te negára á Leonor
Don Ramiro.

DON JUAN.

¿Agora das
En predicarme?

BELTRAN.

¿No estás
Engañando? Esto es, señor,
Discurrir; que yo no soy
Tan necio, que predicando
Culpára tus vicios, cuando
De la misma tinta estoy.

DON JUAN.

Que lo erré Beltran, es cierto;
Mas, por fineza mayor,
Quise alcanzar por amor
Lo que pude por concierto.
Mostróse al principio dura
Leonor, y quedar corrido
Temí si no era admitido;
Y así quise mi ventura
Asegurar, y en su pecho
Vencer la dificultad
Antes que la voluntad
De su padre: ya está hecho;
Ya no hay remedio; ya estoy
En tan miserable estado,
Que del empeño obligado,

De un abismo en otro doy.
Ya ni la opinion me enfrena,
Pues la tengo tan perdida,
Ni puede ofender mi vida
Más mi muerte que mi pena;
Y así no me ha de quedar,
Pues no queda que temer,
Piedra alguna que mover;
Y resuelvo ejecutar
Un desatinado intento
Que hasta agora he reprimido,
Puesto que me lo ha ofrecido
Mil veces el pensamiento.

BELTRAN.

Dílo si te he de ayudar,
Como en lo demas, en él.

DON JUAN.

Si Ramiro tan cruel
Me desprecia, es por estar
Él tan rico y verme á mí
Tan pobre; porque su avara
Condicion solo repara
En el interés; y así,
Desto es solo empobrecerle
El remedio. ¡Vive Dios,
Que hemos de trocar los dos
Fortuna, y que he de ponerle
Y ponerme en tal estado,
Que me ruegue con Leonor!

BELTRAN.

¿Cómo? Que el medio, señor,
Si es posible, es extremado.

DON JUAN.

Nada el rigor dificulta;
Que en la opinion no reparo.
Cuanto tesoro el avaro
En cofres de hierro oculta
Robarle una noche quiero.

BELTRAN.

Tal modo de remediar
Llaman en Castilla echar
La soga tras el caldero.

DON JUAN.

Yo, Beltran, he resistido
Cuanto pude este deseo;
Mas agora que me veo
Ya tan del todo perdido,
He de aliviar mis cuidados,
Á costa de más excesos.

BELTRAN.

Mas ¿qué será vernos presos
Por ladrones declarados?

DON JUAN.

Calla. ¿Quién se ha de atrever
Á mi sangre y mi valor?

BELTRAN.

Claro está. Yo soy, señor,
Solo quien ha de correr
Ciento de rifa, que soy
Lo más delgado.

DON JUAN.

Eso fuera,
Si seguro no te diera
El amparo que te doy.

BELTRAN.

Y si las desdichas mias
Lo ordenasen de tal suerte
(Porque hay en efeto muerte)
Que te alcance yo de dias,
Dime ¿que será de mí?

DON JUAN.

Tan funesta prevencion
No es digna de la aficion,
Ni de tu pecho creí,
Pues en mi mal se declara.

BELTRAN.

¿Mis burlas tomas de veras,
Sabiendo que si murieras,

Por seguirte me matára?
Ordena cómo ha de ser,
Y en las obras daré muestras
De mi fe.

DON JUAN.

Llaves maestras
Para el efeto he de hacer.

BELTRAN.

Eso es fácil.

DON JUAN.

Ya el lucero
De la noche empieza á dar
Luz por el sol: vé á cobrar
De don Domingo el dinero.

BELTRAN.

¡Pagarálo de contado,
Que poca maña sería
Que él esté en Zamora un dia
Sin habérsela pegado! [*Vanse.*]

—

Sala en casa de D. Domingo.

ESCENA XI.

MAURICIO Y UN SOMBRERERO, *con un sombrero largo para noche en la mano*; *despues* DON DOMINGO.

MAURICIO.

Don Domingo mi señor,
Saldrá ahora.

SOMBRERERO.

Saber quiero
Si le agrada este sombrero;
Que ni de hechura mejor,
Ni lana más bien obrada
En Zamora le hallará,
Segun pienso.

MAURICIO.

Él sale ya.

[*Sale D. Domingo en cuerpo, sin sombrero y sin golilla.*]

SOMBRERERO.

Ved si la forma os agrada
Deste sombrero.

DON DOMINGO.

Primero
Se ponga el suyo.

SOMBRERERO.

Si haré,
Pues lo mandais.

DON DOMINGO.

¿Yo mandé
Hacer coroza ó sombrero?

SOMBRERERO.

No hubiera desagradado
Á ninguno sino á vos;
Que es pintado, ¡vive Dios!

DON DOMINGO.

Pues no le quiero pintado,
Sino á mi gusto, y de lana.

SOMBRERERO.

Este es el uso que agora
Está válido en Zamora.

DON DOMINGO.

Esa es razon muy liviana.

Cualquier uso ¿no empezó
Por uno?

SOMBRERERO.

Sí.

DON DOMINGO.

Pues ¿por qué
Si uno basta, no podré
Comenzarle tambien yo?
¿Que me ponga quereis vos,
Debiendo ser el sombrero,
Para no cansar, ligero,
Uno que pese por dos?
El vestido ha de servir
De ornato y comodidad:
Pues si basta la mitad
Deste sombrero á cumplir
Con el uno y otro intento,
¿Para qué es bueno que ande,
Si me lo pongo tan grande,
Forcejeando con el viento;
Y si en una parte quiero
Entrar que es baja, obligarme
Á descubrirme, ó doblarme,
Ó topar con el sombrero?
El vestido pienso yo
Que ha de imitar nuestra hechura;
Porque si nos desfigura,
Es disfraz, que ornato no.
Muy bajo y nada pesado
Labrad otro; que no quiero

Comprar yo por mi dinero
Cosa que me cause enfado.

SOMBRERERO.

Creed que acertar querria
Á daros gusto. [*Vase.*]

DON DOMINGO. [*Á los criados que están dentro.*]

Alumbrad.
¡Hola! ¿Qué haceis? Acabad.

ESCENA XII.

DON DOMINGO. MAURICIO.

MAURICIO.

Mira que esa cortesía
Del límite justo pasa.

DON DOMINGO.

¿Qué me debe á mí, Mauricio,
El que vive de su oficio
Y va á comer á su casa?

MAURICIO.

Solo en la comodidad
Te juzgaba diferente
De los demas.

DON DOMINGO.

Solamente
Lo soy en eso, es verdad;
Mas por ella soy cortés.

MAURICIO.

¿En qué lo fundas?

DON DOMINGO.

Advierte.
Honrando yo desta suerte
Con lo que tan fácil es,
Las voluntades conquisto,
Y mil veces asegura
De una grave desventura
Á un hombre el estar bienquisto.
Dime tú, ¿pudiera ser
Que viniendo yo á deshora
Por las calles de Zamora,
Me quiera alguno ofender
Con ventaja, y al rüido
Acaso llegára quien,
Por cortés, me quiera bien,
Y con su espada, atrevido,
De tan fiera tempestad
Me librára?

MAURICIO.

Ser podria.

DON DOMINGO.

Mira si la cortesía
Viene á ser comodidad.
Mauricio, el más necio engaño
Es, pudiendo, no ganar
Corazones con gastar

Un sombrero cada año;
Que si obligar voluntades
La mayor riqueza es,
Riesgos busca el descortés,
Y el cortés seguridades.

MAURICIO.

Sentencias son.

DON DOMINGO.

Así muestro
Que no es tema todo en mí.
¿Quién es?

ESCENA XIII.

UN SASTRE. Dichos.

MAURICIO.

El sastre está aquí.

DON DOMINGO.

Cúbrase el señor maestro.

SASTRE.

Así estoy bien.

DON DOMINGO.

Nunca fué
El replicar cortesía.
Cúbrase, por vida mia.

SASTRE.

Porque lo mandais lo haré.

DON DOMINGO.

¿Qué es menester?

SASTRE.

La medida
De la capa.

DON DOMINGO.

Llegad pues.

SASTRE.

¿Queréisla así?
[*Tómale la medida hasta el tobillo.*]

DON DOMINGO.

¿Hasta los piés?
¿En qué tengo yo ofendida
El arte que ejercitais,
Que con medida tan larga,
Á que sustente una carga
De paño, me condenais?
La capa que el más curioso
Y el más grave ha de traer,

Modesto adorno ha de ser,
Y no embarazo penoso.
Puesto á caballo, la silla
Apenas ha de besar;
Al suelo no ha de tocar
Si pongo en él la rodilla;
Si la tercio, cuando me es
Forzoso sacar la espada,
Deste lado derribada,
No ha de embarazar los piés;
Y si la quiero tomar
Por escudo, de una vuelta
Que se dé sola, revuelta
En el brazo ha de quedar;
Que si es larga, sobre el daño
Que en la dilacion ofrece,
Miéntras la cojo, parece
Que estoy devanando paño.

SASTRE.

Siendo así, no ha de pasar
De la espada.

DON DOMINGO.

Así ha de ser:
Vos tendréis ménos que hacer,
Y yo ménos que pagar.
Alumbrad, ¡hola!

SASTRE.

Allá fuera
Hay luz, y excedeis en esto.

DON DOMINGO.

No me vestiréis tan presto
Si rodais por la escalera,
Y así mi negocio hago. [*Vase el sastre.*]

ESCENA XIV.

DON DOMINGO. MAURICIO.

DON DOMINGO.

Dime las partes, Mauricio,
Desa casa.

MAURICIO.

El edificio
Es nuevo.

DON DOMINGO.

Me satisfago,
Si el riesgo pasó primero
De sus humedades otro,
Porque ni domar el potro,
Ni estrenar la casa quiero.

MAURICIO.

Habitada ha sido.

DON DOMINGO.

Pasa
Adelante.

MAURICIO.

Cuartos tiene
Bajo y alto.

DON DOMINGO.

No conviene
Para mi gusto esa casa;
Que en bajo quiero vivir,
Porque en habiendo escalera,
No me atrevo á salir fuera,
Por no volverla á subir.

MAURICIO.

El remedio es fácil: vive
En el bajo tú; y tu gente
En el alto se aposente.

DON DOMINGO.

¿Y qué gusto me apercibe
Un almirez al moler,
Y un lacayo al patear?

MAURICIO.

¿Pues hay mas que condenar
Lo que viniere á caer
Sobre tu vivienda?

DON DOMINGO.

Di,
¿Qué es condenarlo?

MAURICIO.

Tenello,
Para no servirse dello,
Cerrado, se llama así.

DON DOMINGO.

Condenado ¿he de pagarlo?

MAURICIO.

Claro está.

DON DOMINGO.

Pues saber quiero
En qué pecó mi dinero,
Que tengo de condenarlo.

ESCENA XV.

BELTRAN, *con barba negra crecida, anteojos y escribanía.* NUÑO. DICHOS.

NUÑO.

El escribano está aquí,
Que viene á hacer la escritura,
Si te agrada por ventura
Aquella casa que vi.

DON DOMINGO.

Señor secretario, venga
En buen hora.

BELTRAN.

Apénas soy
Escribano.

DON DOMINGO.

Yo le doy
Lo que es muy justo que tenga.
Portugués debe de ser.

BELTRAN.

Pues ¿por qué?

DON DOMINGO.

De lo prolijo
De la barba, lo colijo.

BELTRAN.

Es luto por mi mujer.

DON DOMINGO.

¿Viudo está?

BELTRAN.

Desdichas mias
Me dieron tan triste estado;
Que nunca el bien ha durado.

DON DOMINGO.

Quien gozó tales dos dias,
Que envidia pueden causar,
Hace mal en enlutarse.

BELTRAN.

¿Cuáles son?

DON DOMINGO.

El de casarse
Uno, y otro el de enviudar.

BELTRAN.

Por eso lo siento así.

DON DOMINGO.

¿Por qué?

BELTRAN.

Porque se han pasado.

DON DOMINGO.

No es del todo desdichado:
El del casamiento si
Pasó; que el de la viudez
No verá la noche oscura
Miéntras no quiera, pues dura
Hasta casarse otra vez.

BELTRAN.

Vamos al negocio ya;
Que el tiempo en vano se pasa.

DON DOMINGO.

Haced, Nuño, de la casa
Relacion.

NUÑO.

En sitio está
De la ciudad retirado.

DON DOMINGO.

Está bien; que es fastidioso
El rüido, y no forzoso
Ha de ser, sino buscado;
Y el que variar desea,
Lo alcanza con eso todo,
Pues que vive dese modo
En la ciudad y en la aldea.

NUÑO.

Hasta ahora no hay labrado
Mas de lo bajo.

DON DOMINGO.

Eso es bueno.

NUÑO.

Tiene un jardin.

DON DOMINGO.

Lo condeno
Si no está muy retirado;
Que si está cerca, es forzosa
La guerra de los mosquitos;
Y los pájaros con gritos,
Cuando sale el alba hermosa,
Me atormentan los oidos.
Otros oyen su armonía;
Mas yo, por desdicha mia,
Solo escucho los chillidos.

NUÑO.

Pues, señor, bastantemente
Está del cuarto distante
El jardin.

DON DOMINGO.

Pasa adelante.

NUÑO.

Hay una famosa fuente.

DON DOMINGO.

Enfados no habrá mayores
Si está en el patio primero;
Que es eterno batidero
De muchachos y aguadores.

NUÑO.

Libre está de esos enfados;
Y conforme á tus intentos,
Muy léjos los aposentos
Que han de habitar los criados.

DON DOMINGO.

Ese es un gentil aliño
De una casa; que aunque fuera
Hijo mio, no sufriera
Llorando á la oreja un niño,
Cuanto mas el de un criado.
Nuño, tal gusto me ofrece
Esa casa, que parece
Que yo mismo la he labrado;
Pero dime, ¿hay herrador
Cerca de ella? ¿Hay carpintero?
¿Hay campanario? ¿Hay herrero?
¿Hay cochera?

NUÑO.

No señor.

DON DOMINGO.

Haced la escritura, entrad,
Y el dinero os contaré.

BELTRAN. [*Ap.*]

Sin contar lo tomaré,
Aunque falte la mitad;
Que temo que ha de entender,
Si me detengo, la flor. [*Vase.*]

NUÑO.

Una advertencia, señor,
De aquel barrio te he de hacer,
Que te puede ser molesta,
En que ahora he reparado:
Que hay muchos perros.

DON DOMINGO.

¡Qué enfado!
Mas compradme una ballesta;
Que el fastidio que escucharlos
Me pudiera á mí causar,
Les pienso yo, Nuño, dar
Á sus dueños con matarlos;
Porque, segun imagino,
La comodidad ordena
Que no sufra yo la pena
Que puedo echar al vecino.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Ramiro,

ESCENA PRIMERA.

LEONOR. CONSTANZA.

LEONOR.

De suerte, Constanza, estoy,
Que me falta el sufrimiento.

CONSTANZA.

En tan justo sentimiento
Ningun consuelo te doy.

LEONOR.

Pensar que podrá el temor
Hacerme sufrir su ausencia,
Ni que tendrá mi obediencia
Jurisdiccion en mi amor,
Es engaño conocido.
Prima, don Juan me verá,
Ó moriré; que no está
En nuestra mano el olvido.

CONSTANZA.

No hay consejo que le cuadre
Á quien se abrasa de amor;
Pero si es cierto, Leonor,

Lo que te ha dicho tu padre
De don Juan, ¿será razon
Que el furor te desenfrene,
Y te pierdas por quien tiene
Tan perdida la opinion?

LEONOR.

¡Ay prima! no has penetrado
De mi padre los intentos:
Trazas son y fingimientos,
Que fabrica su cuidado,
Los delitos con que afrenta
Á don Juan por no casarme;
Que tanto llega á dañarme
Su condicion avarienta,
Que por no apartar de sí
El dote que dél espero,
Le resiste; que al dinero
Tiene más amor que á mí.
Esta, prima, es la ocasion;
Que don Juan no puede ser
Que deje de proceder
Conforme á su obligacion.

CONSTANZA.

¿Qué delito no se espera
De la vil necesidad?
Si he de decirte verdad,
No es esta la vez primera
Que á don Juan le han imputado

En mi presencia, en Zamora,
Más excesos que tú ahora
Á tu padre has escuchado.

LEONOR.

No puede ser, no, Constanza;
Hablada vienes sin duda
De mi padre, y en su ayuda
Solicitas mi mudanza;
Que está don Juan tan sobrado,
Aunque por servirme ha sido
Pródigamente perdido,
Que estas casas ha comprado,
Que pared en medio están,
En que don Domingo habita.
¡Mira tú si necesita
De hacienda ajena don Juan!

CONSTANZA.

Puede ser; mas yo te digo
Lo que de la fama oí,
Y de que lo cuenta así,
Al tiempo doy por testigo.

LEONOR.

Mi suerte le habrá imputado
Falsas culpas; que bastó,
Constanza, quererle yo,
Para ser tan desdichado.

ESCENA II.

INES. DICHAS.

INES.

Don Domingo de Don Blas
Licencia aguarda, señora.

LEONOR.

Eso me faltaba ahora.

CONSTANZA.

Antes, prima, porque estás
Disgustada, será bien
Divertirte; que mil cosas
Dél me han contado gustosas.

LEONOR.

Ha dado en quererme bien,
Y aunque tiene calidad
Y es muy rico y nada necio,
Por figura le desprecio;
Porque la comodidad
Con tal cuidado procura,
Que en esta vida no tiene
Otra atencion, y así viene
El extremo á ser locura.

CONSTANZA.

Por eso mismo, Leonor,
Pues, como dices, te adora,

Le hemos de probar ahora,
Y ver si en él, al amor
La comodidad prefiere.
¿Qué arriesgas en ello, puesto
Que no volverá tan presto
Tu padre?

INES.

Y yo, si viniere,
Te daré aviso.

LEONOR.

Entre pues;
Que no reparo en si es justo,
Siendo, Constanza, tu gusto.
Ponte á esa ventana, Ines.

ESCENA III.

DON DOMINGO, *con capa hasta la espada, sombrero muy bajo y de muy poca ala, y valona sin golilla.* NUÑO. DICHAS.

DON DOMINGO.

Ya con razon colegia,
De tardarse la licencia,
Que entrar á vuestra presencia,
Señora, no merecia.

LEONOR.

Fué forzoso: si ha tardado
La licencia, perdonad.

DON DOMINGO.

No ha sido incomodidad;
Que la aguardaba sentado.

LEONOR. [*Ap. á Constanza.*]

Mira si de sus extremos
Se olvida, prima.

DON DOMINGO.

Y agora,
Si dais licencia, señora,
Será bien que nos sentemos;
Que yo no apruebo el decir
Que debemos enseñarnos
Á estar en pié, y á cansarnos,
Para podello sufrir
Cuando es fuerza; porque ¿á qué
Pueden á mí condenarme,
Si es fuerza, mas que á cansarme
Entónces y estarme en pié?
Y pudiendo no llegar
Jamás la fuerza, el enfado
Habré sin fruto pasado
Que me pudiera excusar.

CONSTANZA.

No lo funda mal.

DON DOMINGO. [*Ap. á Nuño.*]

Leonor,
Nuño, es bizarra y es bella;

Pero la que está con ella
No me parece peor.

NUÑO.

¿Si mudaste pensamiento?
[*Siéntanse, quedando Leonor en medio.*]

DON DOMINGO.

Por si habeis imaginado,
De haberos yo visitado,
Que fué todo atrevimiento
Del amor por quien suspiro,
Sabed, que viniendo agora
De fuera, supe, señora,
Que fué el señor don Ramiro,
Vuestro padre noble, á verme;
Y yo con esta ocasion,
Pagando mi obligacion,
Della he querido valerme
Para entrar donde os ofrezca
Sacrificios mi cuidado;
Porque ya que no pagado,
Contento al ménos padezca.

CONSTANZA. [*Ap. á ella.*]

Prima, en la comodidad
Le prueba.

LEONOR.

Nunca entendiera
Que tan atrevido fuera,
Ni con tanta libertad,

Siendo la primera vez
Que me veis, se declaráRa
Vuestro amor, que cara á cara
Y con tanta desnudez,
Quien dice su voluntad,
Más que enamora, desprecia.

DON DOMINGO.

No os espanteis; que se precia
De desnuda la verdad;
Y como ya mis enojos,
Mirándoos, dije algun dia,
Me pareció que no habia
Siempre de hablar con los ojos.
Y al fin deciros mi amor,
Puesto que abrasarme veo,
Era mi mayor deseo;
Y así tuve por mejor
Que atrevido á declarallo,
Sufrais vos mi atrevimiento,
Que padecer yo el tormento
Que me daba el deseallo.

LEONOR.

Segun eso, ¿vuestro antojo
Preferis á mi respeto,
Y hace en vos mayor efeto
Vuestro gusto que mi enojo?
Basta: por hoy pasará
El haberos yo escuchado,
Y haberme vos visitado
Con esta ocasion, que os da

La obligacion que decis
Que á mi padre le pagais;
Pero quiero que advirtais,
Si en mi aficion proseguis,
Que tan difícil conquista
En mi esquiveza emprendeis,
Que apénas alcanzaréis
Una palabra, una vista,
Sin que, para merecellas,
Más veces el alba os halle
Dando quejas en mi calle,
Que conteis al cielo estrellas.

CONSTANZA. [*Ap.*]

Aquí es ello.

DON DOMINGO.

No entendeis,
Segun colijo, Leonor,
El fin á que aspira amor,
Pues tal condicion poneis.
Cuando pagueis mi cuidado
Tras de tanto trasnochar,
¿Qué fruto podeis sacar
De amante tan serenado?
Si os han de tocar mis daños,
¿No es mejor quererme ahora,
Cuando tengo yo, señora,
Más salud y ménos años?

LEONOR.

No os juzgué tan material.

DON DOMINGO.

Por dicha ¿será cordura
Que en material hermosura
Busque yo gusto mental?
Pienso que yerra el camino
Quien trueca un órden tan llano:
Lo humano quiero á lo humano,
Lo divino á lo divino.
Y al fin, porque mis intentos
Entendais, en vuestro amor
Gustos pretendo, Leonor,
Que no pretendo tormentos.
Mirad, pues, si es acertado
Que negocie mi esperanza
Placeres en confianza
Con pesares de contado.
Cuando miro un pretendiente
Que con mucho afan procura
La comodidad futura,
Despreciando la presente,
Le digo: «Necio ambicioso,
Contra tus intentos pecas,
Pues buscas el bien, y truecas
Lo cierto por lo dudoso.
¿Sabes tú que gozarás
Lo porvenir que apercibes?
Acomoda lo que vives,
Y no lo que vivirás.»
Y así, Leonor bella, advierto,
Aunque aspiro á tal favor,
Que el bien presente menor

Prefiero al mayor incierto.
Hoy vivo: esperanza es vana
La de mañana, y no doy
Las certidumbres de hoy
Por las dudas de mañana.

LEONOR.

Quien no quiere padecer
No merecerá jamás.

DON DOMINGO.

Atormentarse no mas
¿Es medio de merecer?
¿No hay regalos? ¿No hay servicios?
¿No hay fiestas? ¿No hay galanteos?
¿No merecen los deseos?
¿No obligan los beneficios?
¿Por fuerza he de trasnochar?
¿Qué me hubiera á mí importado
Haber dos veces pagado
Esa casa, si el estar
Á la vuestra tan cercana
No ha de excusar que me halle,
Como decis, en la calle
Tantas veces la mañana?

LEONOR.

¿Dos veces la habeis pagado?

DON DOMINGO.

Un ladron, un embustero,
Un sutil Caco, el dinero

Cobró de mí adelantado,
No siendo suya, de un año;
Y otra vez se la pagué,
Porque della me agradé,
Al dueño. [*Levántase Leonor con furia.*]

LEONOR.

(*Ap.* Cierto es mi daño,
Cierta es de don Juan la afrenta;
Testigo soy della yo,
Y con esto confirmó
Cuanto dél la fama cuenta.)
Idos con Dios, idos presto,
Don Domingo de Don Blas:
No quiero escucharos más;
Que me habeis muerto. [*Vase.*]

DON DOMINGO.

¿Qué es esto?
Que me juzga considero
Ya su esposo: bien lo arguyo,
Pues que siente como suyo
El gasto de mi dinero.
Decidla que tal cuidado [*Á Constanza.*]
No la dé mi desperdicio,
Porque en siendo en su servicio,
Daré por muy bien empleado
Mucho más. Entrad, entrad.

CONSTANZA.

Si diré, mas sin creer

Que lo haréis; que os puede ser
De alguna incomodidad.

DON DOMINGO.

Engañada estáis, por Dios,
Que el gasto más opulento
Hiciera yo muy contento
Por cualquiera de las dos.

CONSTANZA.

¿Por mí tambien?

DON DOMINGO.

La beldad
Que en vos miro lo merece.

CONSTANZA.

Querer á dos os parece
Sin duda comodidad. [*Vase.*]

DON DOMINGO.

Sábeme, Nuño, quién es
Esta dama.

NUÑO.

Tu intencion
Conozco en tu condicion:
Saberlo es fácil de Ines. [*Vase.*]

INES.

Mi señor viene. [*Vase.*]

DON DOMINGO.

Saldré
Á recibille. Favor
Fué sin duda que Leonor
Lo sintiese, si no fué
De condicion recatada
El disgusto que mostró,
Sintiendo que gaste yo
Por no quedar obligada.

ESCENA IV.

DON RAMIRO. DON DOMINGO.

DON RAMIRO.

¿Vos en mi casa, señor
Don Domingo?

DON DOMINGO.

Haber sabido
Que primero he merecido
De vos el mismo favor
Fué causa de anticiparme
Á pagar mi obligacion,
Por saber si es la ocasion
Tener algo que mandarme.

DON RAMIRO.

El príncipe don García
Para las fiestas que agora
Trata de hacer en Zamora
Á convidaros me envía:
Esta la ocasion ha sido
De buscaros.

DON DOMINGO.

Tal favor
Del príncipe mi señor
¿Cuándo yo lo he merecido?
Yo aceto de buena gana
Lo que á mí me está tan bien;
Mas vos haced que me dén
Á la sombra la ventana.

DON RAMIRO.

¿Qué ventana? Estáis errado:
Cañas habeis de jugar.

DON DOMINGO.

¿Eso llamais convidar?
Errado habeis el recado.
Convidar dice, Ramiro,
Fiesta en que tengo de holgarme;
Que habiendo yo de cansarme,
No es convite, sino tiro.

DON RAMIRO.

Pues tambien á torear
De parte suya, os convido.

DON DOMINGO.

¿En qué le tengo ofendido,
Que quiere verme rodar?
Apénas capaz me hallo
De gobernar solo á mí,
¡Y iré á gobernar allí
Al toro, á mí y al caballo!
No hay cosa de que me asombre
Con más razon, que del uso
Que la ley del duelo puso
Entre una fiera y un hombre.
Si á mi posada viniera,
Ramiro, el toro á buscarme,
Aun entónces el vengarme
Puesto en razon pareciera;
Mas si yendo yo á buscallo,
No estando dél ofendido,
El toro es tan comedido,
Que hiere solo al caballo,
Y no á mí, ¿por qué el cruel
Fuero del duelo me obliga
Á que arriesgado le siga,
Y me acuchille con él?
Si á un hombre que tanto valc
Como valgo, determino
Desafiar, un padrino
Que las armas nos iguale

Al campo llevo conmigo,
¿Y he de reñir con la espada
Contra fuerza aventajada,
Siendo un bruto mi enemigo?
Doy que yo llegue á matallo:
¿Es bien que arriesgue la vida
Uno por vengar la herida
Que un toro le dió á un caballo?
Entre dos hombres jamás
Pongo paz, por no arriesgarme;
¿Y un caballo ha de obligarme?
¿Vale por ventura más?
El peligro de la vida
Quiero dejar, y dejar
La desdicha de rodar
La pena de la caida.
¿Hay cosa más desdichada
Que un hombre medio aturdido, confounded
Bañado en polvo el vestido,
Y con la gorra abollada,
Esforzarse y no acertar
Con la guarnicion, turbado
El color, y rodeado
De mil pícaros, buscar
El toro, los acicates
Arando el suelo, y formando
Rayas, quizá procurando
Escribir sus disparates?
Si á estos gustos me convida,
El príncipe me perdone:
Quien la vida á riesgo pone
Donde no le va la vida,

Hace muy gran necedad.
Siempre que á nadar entré,
Ramiro, fuí haciendo pié
Hácia la profundidad,
Con gran tiento caminando;
Y cuando el agua sentí
Al pecho, luego volví
Hácia la orilla nadando.
No he de arriesgar con los toros
La vida; que no arriesgára
Más, si vencer me importára
Un ejército de moros.

DON RAMIRO.

Al príncipe lo diré
Desa suerte.

DON DOMINGO.

Más compuesta
Le podeis dar la respuesta.
Decidme, ¿cuánto podré
Gastar yo para lucir
Estas fiestas?

DON RAMIRO.

Mil ducados.

DON DOMINGO.

Luego os los traerán contados;
Con ellos quiero servir
Á su alteza, que sospecho
Que está con necesidad,

Y así mi comodidad
Resultará en su provecho,
Y en mi disculpa: que entiendo
Que más gusto le he de hacer
En dárselos sin caer,
Que con gastarlos cayendo.

DON RAMIRO.

Injusto nombre os ha dado
La fama, que loco os llama;
Que mejor puede la fama
Llamaros desengañado. [*Vanse.*]

—

Calle.

ESCENA V.

DON JUAN. BELTRAN.

BELTRAN.

De allí salió, yo le ví.

DON JUAN.

¿Ramiro le admite ya,
Y la licencia le dá
Que jamás yo merecí?
Él lo codicia, Beltran,
Para esposo de Leonor.
¡Ah don Ramiro! ¿Es mejor
Don Domingo que don Juan?

BELTRAN.

Para serlo basta ser
El más rico: bien lo fundo,
Puesto que no tiene el mundo
Más linaje que *tener*.

DON JUAN.

La riqueza importa poco,
Si de loco la opinion
La deslustra.

BELTRAN.

Socarron
Le llamo yo, que no loco.

DON JUAN.

Beltran, yo resuelvo entrar
Á hablar á doña Leonor:
Si es el que dice su amor,
Las obras lo han de mostrar.
Si es firme su pensamiento,
Si por esposo me quiere,
Déme la mano, y no espere
Que de su padre avariento
La insaciable condicion
Á don Domingo la entregue,
Y á mi amor con esto niegue
El cabello la ocasion.

BELTRAN.

¿Pues mudas ya parecer,
Señor?

DON JUAN.

¿Cómo?

BELTRAN.

¿No decias
Que á don Ramiro querias,
Robándole, empobrecer,
Para que él mismo te ofrezca
Á doña Leonor así,
Haciéndote rico á tí
Lo mismo que le empobrezca?

DON JUAN.

Sí, Beltran; mas el postrero
Ese remedio ha de ser,
Si de otra suerte vencer
La dificultad no espero.
Y por lo ménos, agora
Me conviene averiguar,
Para poderlo estorbar, obstruct
Si don Domingo la adora,
Y gozar su mano espera;
Porque si una vez la alcanza,
Tarde el remedio viniera.

BELTRAN.

Él viene allí.

DON JUAN.

Pues yo quiero
Agora notificarle
Mi amor, Beltran, por quitarle
Estorbos al bien que espero.

ESCENA VI.

DON DOMINGO. NUÑO. Dichos.

DON DOMINGO.

¿En fin, se llama Constanza
La que estaba con Leonor,
Y es su prima?

NUÑO.

Sí, señor.

DON DOMINGO.

Es hermosa.

NUÑO.

La mudanza
Colegí de tu cuidado
En mandándome informar.

DON DOMINGO.

Mudanza no has de llamar
Á la que es razon de estado.
Nuño, quien solo un caballo
Tuviere y solo un amor,
Será esclavo del temor
De perdello ó de cansallo.
Querer sin apelacion
Es forzosa tiranía,
Y el amor que desconfía
Crece con la emulacion.
Tenga Leonor á sus ojos
Quien castigue su rigor,
Y yo al lado de Leonor
Quien mitigue sus enojos.
No me pareció Constanza
Ménos que su prima, bella:
En Leonor pondré y en ella
Igualmente mi esperanza.
La que me quiera he de amar,
La que no, no he de querer;
Que en esto, corresponder
Quiero más que conquistar.

NUÑO.

Bien harás si te permite
El amor esa eleccion.

DON DOMINGO.

No permito á la pasion
Yo jamás que me la quite.

Un papel has de llevar
Luego á Constanza.

NUÑO.

Si amor
Tienes á entrambas, señor,
Entrambas las perderás.

DON JUAN.

Si muy de prisa no vais,
Señor don Domingo, oid
Una palabra.

DON DOMINGO.

Decid;
Que lo que vos importais,
Señor don Juan, lo primero
Ha de ser.

DON JUAN.

Nadie en Zamora,
Segun es público, ignora
Que por la belleza muero
De doña Leonor, la hermosa
Hija de Ramiro; y siendo
Yo quien soy, con causa entiendo
Que es obligacion forzosa
De cualquiera caballero
No oponerse á mi aficion.

DON DOMINGO.

Digo que es obligacion,
Y que de mi parte quiero

Cumplirla; que aunque es verdad
Que yo su amor pretendia
Porque el vuestro no sabía,
Preferir la antigüedad
Es cortesano respeto.
(*Ap.* Nada pierdo, pues Constanza
Me obligaba á esta mudanza.)
Y así, olvidarla prometo.
¿Quereis más?

DON JUAN.

Fío de vos
Que lo haréis.

DON DOMINGO.

Como quien soy;
Dello la palabra os doy.

DON JUAN.

Dios os guarde. [*Vanse D. Juan y Beltran.*]

DON DOMINGO.

Guárdeos Dios.

NUÑO.

¡Qué fácil y qué sin pena
La dejas!

DON DOMINGO.

No era razon,
Sino especie de locura,
Reñir por una hermosura

Que tiene achaque de ajena.
Si en esto culparme quieres,
Es necedad conocida;
Porque no hay más de una vida,
Nuño, y hay muchas mujeres. [*Vanse.*]

—

Sala en casa de D. Ramiro.

ESCENA VII.

DON JUAN. BELTRAN, *y luego* LEONOR.

BELTRAN.

Este estorbo ya ha cesado.
Mas ¿cómo te entraste así?
¿Quieres que te encuentre aquí
Ramiro?

DON JUAN.

Desesperado,
Y sin paciencia me veo:
Ó á Leonor he de perder,
Ú obligarla á resolver
Á dar fin á mi deseo.

BELTRAN.

Esto es hecho: ya Leonor
Está aquí. [*Sale Leonor.*]

LEONOR.

Don Juan, ¿qué intento

Os ha dado atrevimiento
De entrar en mi casa?

DON JUAN.

Amor,
Tormento, rabia, despecho,
Furia, desesperacion;
Que no sufre la pasion
Ya las prisiones del pecho.
En los peligros son años
Los puntos sin dilaciones,
Breves determinaciones
Remedian eternos daños.
Resuelto vengo, Leonor.
Ramiro á mi voluntad
Se opone; mas si es verdad
Que me quereis, y el amor
Ha conformado á los dos,
Mostradlo aquí; que os prometo
Que ó sin vos volveré muerto,
Ó vivo, Leonor, con vos.

LEONOR.

Miéntras batallan, don Juan,
Dos contrarias calidades,
Las mismas contrariedades
Materia á sus fuerzas dan;
Mas en llegando á vencer
Una dellas, la vencida,
Cuanto más pierde la vida,
Más fuerza aumenta al poder,
Incentivo á la venganza,

Materia á la actividad
De la opuesta calidad
Que della victoria alcanza.
Así el amor que os tenia,
Miéntras á las persuasiones
De tantas murmuraciones
Que os infaman resistia,
En ellas mismas hallaba
Ocasion de estar más ciego,
Y la resistencia el fuego
De mi pecho acrecentaba.
Mas al fin, con tal violencia
Verdades claras, que son
Noche de vuestra opinion,
Vencieron mi resistencia,
Que cuanto fué de quereros
Más incentivo el amor,
Tanto es materia mayor
Agora de aborreceros.
¿Mi pecho ha de preferir,
Mi aficion ha de estimar,
Mis ojos han de mirar,
Mis oidos han de oir
Á quien deslustra su fama
Con una y otra bajeza,
Y su natural nobleza
Con sus costumbres infama?
¿Y á quien ya causarme enojos
Tampoco llega á temer,
Que no recela poner
Sus afrentas á mis ojos?
Pues la más vecina casa

(Porque ni él pueda negar
Sus infamias, ni ignorar
Pudiese yo lo que pasa,)
No siendo suya, ha arrendado,
Para que en su afrenta vil,
Caco embustero y sutil,
Atrevido el engañado
Le llamase en mi presencia,
Sin saber que me ofendia.
¿La mano pretende mia
Quien da tan franca licencia
De murmurar su opinion?
Teniendo yo por marido
Á quien tanto la ha perdido,
¿Mereciera estimacion
Ni áun de vos? No soy tan necia,
Que quiera darme á entender
Que estimará á su mujer
Quien su mismo honor desprecia.
Idos de aquí, persuadido
Á que ya de vuestro amor
Solo me queda el dolor
De haberos favorecido. [*Vase.*]

ESCENA VIII.

DON JUAN. BELTRAN.

DON JUAN.

Espera, escucha, señora.

BELTRAN.

Es por demas.

DON JUAN.

¡Ay de mi!
¿Posible es que tal oí?

BELTRAN.

Estamos buenos ahora.

DON JUAN.

Esto, rigorosos cielos,
En mis desdichas faltaba.
¿Mi pena no me bastaba?
¿No me sobraban mis celos?
De los mismos desvaríos
Que en lisonja de tu amor
Cometí, ingrata Leonor,
¿Haces deméritos mios?

BELTRAN.

Siempre, ¡vive Dios! temí
Este fin.

DON JUAN.

Pues ¿quién pensára
Que, ya que Leonor culpára
Los yerros que cometí,
No hubiera al ménos en cuenta
Del descargo recibido
Ver que yo no haya temido,
Por servirla más, mi afrenta?

BELTRAN.

Bien lo pudiera entender
Quien la fabulilla vieja
Supiera de la corneja,
Que há mucho ya, que por ser
Tan comun nadie contó,
Y de puro no contada,
Es de muchos ignorada,
Y así he de contarla yo,
Porque al caso se acomoda;
Y tú, para disculpar
Á Leonor, la has de escuchar.
Asistir quiso á la boda
Del águila, mas se halló
La corneja tan sin galas,
Que adornó el cuerpo y las alas
De varias plumas que hurtó
Á otras aves: de manera
Que apenas llegó á las bodas,
Cuando conocieron todas
Sus plumas, y la primera
El águila la embistió
Á cobrarlas con tal furia,
Que para la misma injuria
Ejemplo á las otras dió.
« Detente: ¿qué rabia es esta?
(Dijo la corneja) Advierte
Que solo por complacerte,
Y por venir á tu fiesta
Más brillante, las hurté. »
Y el águila respondió:

«Necia, ¿por ventura yo
Pudiera culpar tu fé,
Siendo tu fortuna escasa?
Cuando galas no trujeras,
Ó con las tuyas vinieras,
Ó estuviéraste en tu casa.»
Y al fin, como tú saliste
Castigado del desden
De Leonor, salió tambien
Corrida, desnuda y triste.
Y ¡pluguiera á Dios que dieran
Siempre con igual rigor
Esta pena al mismo error!
Que yo sé bien, que advirtieran
Ménos falsos más de cuatro,
Que con ajeno vestido
El aplauso han merecido
Del púlpito y del teatro.

DON JUAN.

Lo hecho, Beltran, ya es hecho:
Lo que resta es remediar
Lo porvenir, y dejar
Este agravio satisfecho
De don Domingo, que habló
Tan libremente de mí
Á doña Leonor.

BELTRAN.

Si á tí
Caco sutil te llamó,

¿Qué nombre dará á Beltran,
Que echó la llave al enredo?

DON JUAN.

Muy presto sabrá, si puedo,
Cómo ha de hablar de don Juan. [*Vanse.*]

Sala en casa de D. Domingo.

ESCENA IX.

DON DOMINGO, *quitándose capa y espada*; NUÑO Y MAURICIO, *en traje de noche.*

MAURICIO.

Señor, si quieres cenar,
Es hora ya.

DON DOMINGO.

Majadero,
Hora es cuando yo quiero:
El tiempo ha de señalar
El reloj, que no dar leyes;
Que en esta puntualidad
Contra la comodidad

Tengo lástima á los reyes.
El manjar me sabe más
Cuando yo lo he menester,
Y no tengo de comer,
Porque comen los demas.
El uso comun dispuso
Hora en esto señalada,
Voluntaria, no forzada;
No ha de obligarnos el uso;
Bastará que nos lo acuerde;
Que quien antes de tener
Hambre, se pone á comer,
No sabe lo que se pierde.
Dime, dime, ¿recibió
El billete?

MAURICIO.

Recibióle,
Y no sin gusto.

DON DOMINGO.

¿Y leyóle,
Nuño amigo?

NUÑO.

Y le leyó.

DON DOMINGO.

Y ¿qué respondió Constanza?

NUÑO.

La respuesta fué muy corta.

DON DOMINGO.

¿Y qué fué?

NUÑO.

Callar.

DON DOMINGO.

No importa:
Vida tiene mi esperanza.
Nuño, no camina mal
Á su puerto mi deseo,
Si aquel epígrama creo
Que hizo de Nevia Marcial.
«Escribí, no respondió
Nevia; luego dura está;
Mas pienso que me querrá,
Pues lo que escribí leyó.»
Haz que me den de cenar,
Mauricio, agora; que agora,
Que tengo yo gana, es hora.

NUÑO.

¡Qué poco tardó en llegar!

DON DOMINGO.

Lo que faltaba tardó,
Que es gana, y su nombre infiere
Que viene cuando ella quiere,
Y no cuando quiero yo.

MAURÍCIO.

Un mancebo, al parecer
Ilustre, que te ha buscado
Esta tarde con cuidado,
Dice que te quiere ver.

DON DOMINGO.

¿Qué me querrá?

MAURICIO.

Yo sospecho
Que un papel te viene á dar.

DON DOMINGO.

¿Papel ántes de cenar?
¡Oh qué disgusto me has hecho!
Carta ó billete jamás
Me dés en tal ocasion,
Que me quita la sazon
El cuidado que me das.
Entre; que ya lo has errado
Con darme las nuevas dél,
Y no me dará el papel
Más disgusto que el cuidado.

ESCENA X.

UN GENTILHOMBRE. DICHOS.

GENTILHOMBRE.

Este en secreto mirad;
Que á su dueño he de llevalle
La respuesta.

(Da un papel á D. Domingo; él toma una luz, y lee aparte.)

DON DOMINGO.

[*Lee.*] «En vuestra calle
»Esta noche me aguardad,
»Luego que su sombra fria
»Ocupe de nuestro polo
»La mitad, secreto y solo.—
»El príncipe don García.»
¡El príncipe! Letra es esta
De su mano. Que aguardar
No teneis, donde es callar
Y obedecer la respuesta.
¡Hachas, hola!

GENTILHOMBRE.

¿Adónde vais?

DON DOMINGO.

Á acompañaros iré
Como debo.

GENTILHOMBRE.

No saldré
Yo de aquí, si no os quedais.

DON DOMINGO.

Servir es obedecer,
Y no obliga quien porfía.
El príncipe don García
Mi persona ha menester.
Sacadme presto una espada,
Una cota y un broquel.
(*Ap.* Si he de ir acaso con él
Á alguna ocasion pesada,
Es cordura ir prevenido.)

NUÑO.

¿No quieres cenar, señor?

DON DOMINGO.

En tocando el pundonor,
Nuño, de todo me olvido.
Siempre vivo á lo que estoy,
Segun mi sangre, obligado;
Que por ser acomodado,
No dejo de ser quien soy.

NUÑO.

Es la cota muy pesada;
No la sufrirás, señor.

DON DOMINGO.

En tocando al pundonor,
Nuño, no me pesa nada.
[*Saca Mauricio las armas.*]

armour

NUÑO.

¿Es acaso desafío?

DON DOMINGO.

Nada me has de preguntar.

MAURICIO.

¿Hémoste de acompañar?

DON DOMINGO.

Solo he de ir.

NUÑO.

De tí confio
Que de todo bien saldrás.

DON DOMINGO.

En tocando al pundonor,
Nuño, revive el valor,
Y muere en mí lo demas. [*Vanse.*]

—

Calle.

ESCENA XI.

BELTRAN, *con un billete*, Y D. JUAN, *de noche*.

DON JUAN.

Entra, Beltran, y el billete
Le entrega en su propia mano.

BELTRAN.

Pienso que es intento vano,
Porque su opinion promete
Que á estas horas acostado
Estará ya; que la fama,
Como sabes, no le llama
Sin causa, el acomodado.
Y si esta misma razon
Considero, desconfio
De que acete el desafio;
Porque de su condicion,
Señor, presumir es justo
Que por respuesta ha de dar,
Que no suele trasnochar
Para cosas de más gusto.
Y si acaso es tan cobarde
Como lo colijo dél,
Solo servirá el papel
De avisarle que se guarde.

DON JUAN.

Dices bien.

BELTRAN.

Señor, espera,
Que una luz llega al zaguan.

DON JUAN.

Él sale fuera, Beltran.

BELTRAN.

¡Y solo! ¿Quién tal creyera?
La llave á la puerta ha echado
Por defuera.

DON JUAN.

Quiero hablalle.

BELTRAN.

Su cuidado está en su calle,
Pues en ella se ha parado.

ESCENA XII.

DON DOMINGO, *de noche.* DICHOS.

DON JUAN.

Ya tengo más ocasion
Que á la venganza me obligue;
Que esto muestra que prosigue

La comenzada aficion
De Leonor.

BELTRAN.

Infieres bien.

DON DOMINGO.

Gente viene: ¿si será
El príncipe este? ¿Quién vá?

DON JUAN.

Señor don Domingo, quien
Os buscaba con cuidado.

DON DOMINGO.

¿Es don Juan?

DON JUAN.

Sí.

DON DOMINGO.

Ya me habeis
Hallado: ¿qué me quereis?

DON JUAN.

No es lugar acomodado
Este para lo que os quiero;
Solos al campo los dos
Salgamos; que allí con vos
Tengo un negocio.

DON DOMINGO.

Yo espero
Una precisa ocasion

En este mismo lugar,
Á que no puedo faltar;
Decidme aquí la razon
Que teneis de sentimiento,
Que os obligue á desafio;
Que si, como yo confio,
Es injusto el fundamento,
Con desengañaros, quiero
No faltar yo á la ocasion
Que espero, y la obligacion
Que de sacar el acero
Nos pondrá el haber salido
Al campo, excusar, supuesto
Que si os engañais en esto,
No me doy por ofendido.

DON JUAN.

Porque sé que la ocasion
De mi agravio es verdadera,
La diré; que si pudiera
Esperar satisfaccion,
La callára hasta salir
Al campo; que el aguardar
Satisfaccion es mostrar
Poca gana de reñir.
Vos, cuando á Leonor hablásteis,
Porque arrendado os habia
Esta casa sin ser mia,
Caco sutil me llamásteis.

DON DOMINGO.

Nunca la verdad negué.

DON JUAN.

Esta es la ofensa que quiero
Que sustente vuestro acero.

DON DOMINGO.

¿Luego porque os igualé
Al sutil Caco, ofendido,
Don Juan, me desafiais?

DON JUAN.

Siendo quien sois, ¿no juzgais
Cuán grande ese agravio ha sido?

DON DOMINGO.

Pues el pensamiento mio,
Segun eso, me engañaba.

DON JUAN.

Cómo?

DON DOMINGO.

Porque no esperaba
De Caco este desafio.

DON JUAN.

¡Que os atrevais dese modo
Á agraviarme!

DON DOMINGO.

Si á reñir
Al campo hemos de salir,
Reñiremos sobre todo.

DON JUAN.

Vamos pues; que no permite
Mi enojo más dilacion.

DON DOMINGO.

Ni á mí cierta obligacion
Que deste puesto me quite,
Como he dicho, por ahora;
Y así, porque yo no sé
Cuánto en él me detendré,
Señalad el puesto y hora
Para mañana, y vereis
Que salgo, como quien soy,
Á buscaros: dello os doy
La palabra.

DON JUAN.

No saldreis;
Que el ser muy acomodado
Arguye poco valor.

DON DOMINGO.

En tocando al pundonor,
Estais, don Juan, engañado.
Conmigo el valor nació,
Las fuerzas he de adquirir;
Que ellas han de conseguir
Lo que el valor emprendió.
Y cuanto más me acomodo
Cuando inquietudes no tengo,
Tantas más fuerzas prevengo

Á mi valor para todo.
Y solo advertiros quiero,
Que podeis echar de ver
Cuánto me va en no perder
Lo que en esta calle espero,
Pues dilato la venganza
Del agravio que me haceis
En mostrar que no teneis
De mi valor confianza.

DON JUAN.

Ya, segun exagerais
Que os importa no salir
Desta calle, á colegir
Llego que me quebrantais
La palabra; porque aquí
¿Qué puede sino el amor,
Deteneros, de Leonor?

DON DOMINGO.

Nunca á lo que prometí
Falté, y reservo tambien
Ese agravio al desafio.

DON JUAN.

No tiene paciencia el mio:
Aguardar no me está bien
Ocasiones dilatadas,
Cuando me importa vengarme.

DON DOMINGO.

Pues si no podeis sacarme

De la calle á cuchilladas,
Es vana vuestra porfía.

BELTRAN.

¿Qué esperamos?

DON JUAN.

El acero
No saques tú; que no quiero
Reñir con supercheria.
[*Acuchíllanse D. Domingo y D. Juan.*]

DON DOMINGO.

No importa: á mil como á dos,
Basto solo cuando llego
Á sacar la espada.

BELTRAN. [*Ap.*]

¡Fuego!
Un rayo es, vive Dios:
En Cantalapiedra ha dado
Don Juan. Pero ¿Quién pensára
Que á todo se acomodára
Tan bien el acomodado?

DON JUAN.

¡No ví tan valiente acero
Jamás!

DON DOMINGO.

Don Juan, gente viene,
Y advertid que no os conviene,
Si es acaso quien espero,

Que os halle en esta ocasion
Que ya lograr no podeis,
Y no es bien que me estorbeis
Que cumpla mi obligacion,
Sin fruto; y pues os mostré
Con tanto valor agora
Que mañana al puesto y hora
Que me señaleis iré,
Señaladle, y cese aquí
La cuestion; que me daréis
Á entender si no lo haceis,
Que medroso ya de mí,
Quereis que esta gente sea
Medianera entre los dos.

DON JUAN.

Bien decís; y así con vos
Se verá, como desea
Mi pecho á esta misma hora
Mañana: esperadme aquí,
Porque quitemos así
Sospechas, y de Zamora
Solos y juntos los dos,
Á la estacada saldremos
Que entónces señalaremos.

DON DOMINGO.

Yo os aguardo.

DON JUAN.

Adios.

DON DOMINGO.

Adios.

BELTRAN.

Valor tiene.

DON JUAN.

Vivo ó muerto
He de salir de cuidado.

BELTRAN.

Huélgome que hayas sacado
Mi blanca deste concierto.

ACTO TERCERO.

Corredor en casa de D. Ramiro.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN y BELTRAN, *de noche, con linterna.*

BELTRAN.

Si así te vas quitando inconvenientes
Por hambre vencerás á don Ramiro.

DON JUAN.

Á ejecutar la inclinacion aspiro
De que he tenido impulsos tan valientes,
Que cuando otros motivos no tuviera,
Es cierto que lo hiciera,
Solo por ver cumplido este deseo,
De que sin rienda fatigarme veo.

BELTRAN.

En errar ó acertar esta jornada
Te va ser César esta noche, ó nada.

DON JUAN.

Siempre ayuda al osado la fortuna.

BELTRAN.

Y en esto pienso yo, sin duda alguna,
Que los mismos doblones
Que entramos á robar, con avisarnos
Á voces donde están, han de ayudarnos,
Por salir de tan lóbregas prisiones;
Pues segun don Ramiro los encierra,
No sirve de moneda agora el oro
Más que cuando ocupó, inútil tesoro,
El centro oscuro en su nativa tierra..

DON JUAN.

Comencemos la empresa; que Morfeo
Sepulta en las corrientes del Leteo
Los humanos sentidos.

BELTRAN.

Envidia tengo á los que están dormidos;
Que de sueño me tienen alcanzado
Las noches que nos hemos desvelado,
Buscando á don Domingo inútilmente.

DON JUAN.

El cobarde temió.

BELTRAN.

¡Que tan valiente
Riñendo aquella noche se mostrase,
Y que despues trocase
Tanto en temor el brio,
Que no solo faltase al desafío,

Pero se haya ocultado
De suerte, que la industria y el cuidado
Y el desvelo haya sido
En buscalle perdido!

DON JUAN.

¿Qué más venganza quiero? ¿Puedo dalle,
Beltran, mayor castigo que obligalle
Á vivir escondido y temeroso?

BELTRAN.

Él pienso yo que ha sido el victorioso,
Pues estará, conforme á su costumbre,
Donde quiera que esté, sin pesadumbre,
Puesto en acomodarse su cuidado,
Miéntras los dos nos hemos desvelado.
[*Don Juan alumbra, y Beltran va sacando llaves y abriendo.*]

DON JUAN.

Vengan las llaves.

BELTRAN.

Pruebo la primera
En el postigo: si estampada en cera
La original se hubiera fabricado
Nos sacára más presto de cuidado.

DON JUAN.

Lo mismo es ser maestra.

BELTRAN.

El efeto lo muestra,
Pues no le han resistido
Las guardas, y la puerta se ha rendido.

DON JUAN.

Entremos pues pisando lentamente,
Porque somos perdidos, si la gente
De Ramiro despierta.

BELTRAN.

Paso para su cuarto es esta puerta.

DON JUAN.

Ábrela pues, Beltran; que es avariento,
Y en los que están detrás de su aposento,
Por guardarlo mejor, tendrá el tesoro.
[*Abre Beltran.*]

BELTRAN.

Las llaves pienso que habilita el oro.

DON JUAN.

Pasemos adelante,
Porque en el aposento más distante
Del de Ramiro hemos de entrar primero;
Que hay ménos riesgo, y tiene por ventura
La distancia mayor por más segura.

BELTRAN.

Este en el corredor es el postrero.
Alumbra. Esta no cabe, [*Probando llaves.*]
La cerraja es pequeña; menor llave
Es menester: entró como en su casa.

DON JUAN.

Entra muy quedo.

BELTRAN.

Aquí no hay nada.

DON JUAN.

Pasa
Al otro más adentro.

BELTRAN.

Mas ¿qué fuera
Que Ramiro tuviera
Debajo de su cama su dinero?

DON JUAN.

No está seguro allí; roballo espero.

BELTRAN.

¿Y si despierta, y defendello intenta?

DON JUAN.

Será su vida precio de mi afrenta.

[*Abren una puerta, y sale D. Domingo en jubon sin espada; al verle sacan las espadas D. Juan y Beltran*]

ESCENA II.

DON DOMINGO. DICHOS.

DON DOMINGO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Sentidos somos.

DON DOMINGO.

Don Ramiro,
¿Á matarme venis?

DON JUAN.

¡Qué es lo que miro!
¿No es don Domingo?

BELTRAN.

Él es, ¡por Dios!

DON JUAN.

Cobarde
¿Así á Leonor pusisteis en olvido?
¿Así vuestra palabra habeis cumplido,
Que porque nada pueda disculparos,
En el mismo delito vengo á hallaros?

DON DOMINGO.

Escuchadme, don Juan.

DON JUAN.

Desafiado,

No salisteis al campo, y por sagrado
¡La misma casa donde
Aumentais mis ofensas, os esconde!
¿Es esta la ocasion que os impedia
Salir al campo á fenecer la mia?
Para romper la fe que prometistes,
¡Treguas y dilaciones!
Juzgad vos vuestra culpa, y las razones
Que tengo de mataros y vengarme.

DON DOMINGO.

Tened, nada arriesgais en escucharme,
Pues sin armas me veis con que os lo impida.
No es, don Juan, en defensa de mi vida
Lo que deciros quiero:
Mas importa que yo; pues caballero
Sois, no os importa ménos; esto os pido,
Y tened el acero prevenido
Porque interrumpa con rigor violento
Su primer movimiento,
Para vengar, don Juan, vuestros agravios,
Los últimos acentos de mis labios.

DON JUAN.

Tan encendida furia
Me provoca á vengar de vuestra injuria,
Que tengo de escucharos,
Solo por dilataros
La pena desta suerte;
Que del castigo es término la muerte,
Y la venganza, es cierto
Que la siente el morir, no el haber muerto.

DON DOMINGO.

Ved pues, don Juan, primero
Este papel, que quiero
[*Dale un papel, y D. Juan lee.*]
Que me sirva de carta de creencia,
Porque no pongais duda en la evidencia
De lo que he de contar.

DON JUAN.

Ya lo he leido,
Y la firma conozco de su alteza.

DON DOMINGO.

La noche pues, que vos, de mí ofendido,
Para satisfacer la injuria vuestra
Del campo libre á la marcial palestra
Provocasteis mi acero, en cumplimiento
Deste que veis preciso mandamiento,
Al príncipe aguardaba
En aquel puesto y hora:
Mirad, don Juan, agora
Si con razon juzgaba,
Siendo la suya ley tan poderosa,
Más que las vuestras ocasion forzosa.
Llegó su alteza pues, de cuyo intento
No solo no tenia
El indicio menor, mas no podia,
Aunque muchos tuviera,
Pensar jamás que tan extraño fuera.
«Venid (me dijo el príncipe) conmigo.»

Yo obedezco, y le sigo,
Y en llegando á la puerta
De Ramiro, paró, y en un momento
La vi, don Juan, abierta.
Entramos, y Ramiro su privado,
Con paso recatado
Y silencio confuso,
En este sitio en que me hallais, nos puso.
Solos aquí los tres, rompió su alteza
Á los labios el sello,
Y dijo..... No podréis, don Juan, creello,
Pues yo, aunque reconozco su grandeza,
Cuando intentos oí tan atrevidos
Pensé que se engañaban mis oidos,
Y agora al referiros esta historia
Crédito apénas doy á la memoria.—
«Ya sabeis, dijo, que mi padre Alfonso,
Deste nombre el tercero,
Rey de Leon, el ya cansado acero
Al ocio rinde y en la vaina olvida,
Como quien ve el ocaso de su vida,
Cuando contra las huestes sarracenas
El juvenil orgullo basta apénas.
Tambien sabeis, que su caduca mano
Del reino intenta gobernar en vano
El timon, que de fuerza necesita
Que con Neptuno y Aquilon compita;
Y así yo, porque espero
Sucederle en el reino, y considero
Que es mejor prevenir inconvenientes
Que daños remediar ya sucedidos,
Resuelvo trasladar de la persona

De mi padre á mi frente la corona,
Sin aguardar su muerte. Prevenidos
Tiene ya en mi favor sus escuadrones
Castilla; facilitan prevenciones
De la reina mi madre mis intentos;
Y mis vasallos todos, mal contentos
De Alfonso, me aseguran;
Y cuantos ricos, nobles, poderosos
Esta ciudad conoce, deseosos
Del bien comun, conmigo se conjuran;
Y este fué de llamaros el intento,
Para que, haciendo el mismo juramento
Que los demas, conmigo
Quedeis por aliado y por amigo.»
Nunca, don Juan, pensára
Que la lealtad dormida
En ocios de la vida,
Con tan ardiente furia despertára
Á una voz halagüeña,
Que el daño esconde cuando el premio enseña.
¿Veis cómo en sus entrañas
El alquitran oculto disimulan
Cuando en las cumbres, que al Olimpo emulan
Ostentan blanca nieve las montañas
Que dan tumba á la vida y al deseo
Del soberbio sacrílego Tifeo;
Y si es entónces de centella breve
Concitado el azufre, espesa nube
Y ceniza es despues cuanto fué nieve,
Dando el asombro tantos escarmientos,
Cuanto el estruendo espantos á los vientos?
Pues el incendio veis, y veis la furia

Con que mi pecho reventó, á la injuria
De la lealtad que guarda mi nobleza
Á mi rey natural; que aunque es su alteza
Primogénito suyo, y la corona
Espera de Leon, miéntras no herede
Con legítimo título, no puede
Presumir que no toca á su persona
Tan bien como á la mia
La obligacion de súbdito y vasallo;
Antes, si la piedad ha de juzgallo,
Es más culpable en él la alevosía;
Que conspirando otro vasallo, sola
La fe quebranta que á su rey le debe,
Y él á su padre, y á su rey se atreve.
Y si en la edad anciana
De Alfonso funda la razon tirana
De anticipar la sucesion, en eso
Fundo yo más la culpa de su exceso;
Porque si tan vecina
La muerte de su padre considera,
¿Por qué no espera lo que presto espera?
¿Por qué la ley humana y la divina
Quiere violar, anticipando el plazo
Que ya limita de la parca el brazo?
Al fin, don Juan, yo respondí, yo hice
Lo que podeis pensar del que esto os dice,
En que ni la amenaza de la muerte
Me halló ménos leal ó ménos fuerte.
Y ora fuese piedad, ora cautela
Permitirme la vida,
Su alteza, que recela
Que mi lealtad le impida,

Con publicarlo, su atrevido intento,
Me entregó á la prision deste aposento,
Que Ramiro visita
Solo, y el alimento cotidiano
Él me ministra con su propia mano.
Estos mis casos son, esta mi historia;
Y pues el cielo permitió que os vea
(El medio y la ocasion cual fuere sea),
Volved, don Juan, volved á la memoria
Los timbres heredados
De vuestros altos, ínclitos pasados.
Despierte en el leal heróico pecho
El valor, á despecho
De los divertimientos que dormido
Con engañoso halago le han tenido.
Proponga ejemplo, emulacion proponga
Al valor vuestro el mio,
Pues en regalos sepultado y frio,
No hay riesgo, no hay trabajo que no emprenda,
No hay muerte que me espante,
Cuando fuí cera, ya siendo diamante.
En advirtiendo que manchar intenta
El cristal puro de mi honor la afrenta,
De la sangre leal el fuego ardiente
Que al nacer informó, don Juan valiente,
No se apaga jamás; solo se oculta
Cuando el vicio en cenizas se sepulta;
Y en vos, si oculto yace, yace vivo
Entre los yerros el valor nativo.
Produzca pues incendios cuando el viento
De la traicion, con animoso aliento,
De vuestra sangre incita la centella,

Pensando hallar en ella
Del fuego que vivió, muerta ceniza.
No la naturaleza,
En quien principio halló vuestra nobleza,
Se rinda á la costumbre advenediza;
Mostrad, librando al rey, que los errores
Que han desmentido en vos vuestros mayores,
No de la inclinacion fueron defetos,
Sino del ocio vil propios efetos;
Y que de la ocasion solicitado,
Sois el mismo que fuisteis.
Gozad esta ocasion, pues os la ha dado
Tan oportuna el cielo,
De cobrar la opinion, pues la perdisteis;
Ponga un lustroso velo,
Don Juan, á los borrones que os afean
Esta hazaña leal, para que vean
Los émulos en ella restauradas
Las glorias adquiridas y heredadas.

DON JUAN.

Basta: callad, si no quereis que el pecho,
Que ya á tantos fervores viene estrecho,
Reviente en vivas voces,
Cuando requieren casos tan atroces
Antes, para el castigo que yo ordeno,
Del rayo el golpe que la voz del trueno.
Dadme esos brazos; pero no los brazos;
Que no merezco tan heróicos lazos:
Esas plantas me dad, porque mi boca
Imprima en ellas agradecimientos
De los nobles y altivos pensamientos

Á que vuestra elocuencia me provoca.
¡Ah ilustre caballero,
En el valor y la lealtad primero!
¿Qué espíritu divino,
Qué aliento celestial, á vuestros labios
Consejos dicta en mi favor tan sabios,
Que no solo á mi ciego desatino
Dan arrepentimiento,
Pero sin el castigo el escarmiento?
Por vos gané lo que por mí he perdido:
Seré muriendo, el que naciendo he sido.
En la misma nobleza que he heredado,
Otra vez vuestra lengua me ha engendrado;
Y pues con eso, no igualarse pruebo
Lo que de vos me quejo á lo que os debo,
Yo olvido los agravios
Que con razon me hicieron vuestros labios;
Que si yo fabriqué mi propia mengua,
Yo, que la causa os dí, os moví la lengua.
Amigo os llamo ya; que fuera necio
Si en tal ganancia recatára el precio;
Y juro, por lograr vuestra fineza,
Que he de trazar al punto prevenciones
Que impidan los intentos de su alteza;
De que me da evidentes presunciones,
Fuera del justo débito que os debo,
Gran copia de soldados castellanos
Que ocupan ya los muros zamoranos.

DON DOMINGO.

Partid, don Juan; que yo, porque á su alteza
No demos ocasiones,

Faltando yo de aquí, de recelarse,
Prevenirse y guardarse,
Preso me he de quedar; que esfuerzo tengo
Con que á mayores males me prevengo,
Por salir con la empresa. Mas decidme,
¿Cómo entrásteis aquí?

DON JUAN.

Pasos errados
Á fines me trujeron acertados.
No os puedo decir más, y adios, amigo;
Que yo á libraros, ó morir me obligo.

DON DOMINGO.

Librad al rey, como de vos se espera,
Don Juan; que poco importa que yo muera.
[*Vuélvese al cuarto de que salió.*]

ESCENA III.

DON JUAN. BELTRAN.

DON JUAN.

Ve cerrando las puertas,
Porque hallarlas abiertas
Á don Ramiro no le dé recelos.

BELTRAN.

¿Y el hurto queda en cierne?

DON JUAN.

Ya los cielos

Mi inclinacion mudaron,
Que al fuego de lealtad me acrisolaron;
De que vengo á entender, que porque hubiese
Quien de Alfonso los daños impidiese,
Permitieron mi error, porque se vea
Que mal no sufren, que por bien no sea.

BELTRAN.

Si tú vas convertido, yo admirado
De ver tan valeroso acomodado. [*Vanse.*]

—

Sala en la habitacion del Príncipe.

ESCENA IV.

EL PRINCIPE. DON RAMIRO. NUÑO y MAURICIO.

PRÍNCIPE.

¿Fueron Ramiro, á llamarle?

DON RAMIRO.

No puede tardar, señor.

PRÍNCIPE.

Quiero con este color
Prenderle sin enojarle;
Que habiendo tanta razon,

Pues con uno y otro indicio
Se comprueba el maleficio,
Para ponerlo en prision,
No podrá don Juan culparme;
Y con esto de su acero,
Por ser tan valiente, quiero
En mi intento asegurarme;
Porque llegado al efeto,
Tanto por no haberle dado
Noticia de mi cuidado,
Como por ser tan afeto
Á mi padre, él solamente
Á estorbarlo bastará.

DON RAMIRO.

Es verdad, y así será,
Señor, prevencion prudente
Que al resolver su prision,
De sentimiento le deis
Indicios, y le mostreis
Piedad en la ejecucion.

PRÍNCIPE.

Él viene ya.

ESCENA V.

DON JUAN. DICHOS.

DON JUAN.

Gran señor,
¿Qué me manda vuestra alteza?

PRÍNCIPE.

Lo que por vuestra nobleza
Está sintiendo mi amor.
Mas es fuerza que limite
La justicia á la piedad:
Don Juan, á Nuño escuchad;
Tú lo que has dicho repite.

NUÑO.

Una tarde, habrá seis dias,
Don Domingo, mi señor,
De visitar en su casa
Á don Ramiro salió;
Y aquella misma don Juan
(Que celoso por Leonor,
Segun lo mostró el efecto
Desta visita, quedó)
Despues de haber declarado
Á don Domingo su amor,
Le pidió de no estorbarle
La palabra, y él la dió.
Despidiéronse; y la noche
Siguiente, cuando el reloj
Una ménos de las horas
Que la dividen, contó,
Un gentilhombre, la vez
Tercera (porque otras dos
De aquella tarde le habia
Buscado ya) le llevó
Un papel de desafío
Sin duda, de que el color

Todo mudado, y las armas
Que para salir pidió,
El recato y el secreto,
Y decirme que al honor
Le importaba salir solo,
Dieron clara informacion.
Partióse al fin; y el cuidado
Que nos causaba el amor
Que á nuestro dueño, leales,
Tenemos Mauricio y yo,
Nos tuvo en una ventana
Hechos Argos á los dos,
Por seguirle con los ojos,
Ya que con las plantas no
Vimos, que habiendo salido,
Y debajo de un balcon
De don Ramiro, parado
Don Domingo, se llegó.
Uno de dos que en la calle
Le aguardaban, que en la voz
Y en las razones que oir
El silencio permitió
De la noche, era don Juan;
Y habiendo hablado los dos
Un rato, el desnudo acero
Fin á la plática dió;
Y acuchillándose entrambos
Con destreza y con valor,
Dieron á la calle vuelta;
Y con esto los perdió
De vista nuestro cuidado,
Sin que desta confusion

Nos pudiésemos librar
Con salir en su favor;
Porque él, al salir de casa,
Por defuera la cerró,
Recelando que á seguirle
Nos obligára su amor.
Nunca despues deste caso
Le vimos, ni del halló,
Vivo ó muerto, un breve indicio
La diligencia mayor.
Y así, pues tantos convencen
Á don Juan de que él le dió
La muerte, y de que el cadáver
Oculta con intencion
De ocultar el homicidio,
Os suplicamos, señor,
Que le obligueis á sacarnos
De tan triste confusion.

PRÍNCIPE.

Con lo que habeis escuchado
Solo os puedo decir yo,
Que os pongais en mi lugar,
Y os juzgueis vos mismo á vos.
Con indicios tan vehementes,
Que casi evidentes son,
Mal guardará la justicia
Privilegios al amor;
Y así, miéntras la verdad
No se averigüe, en prision
Es fuerza, don Juan, estéis.

DON JUAN.

(*Ap.* ¿Qué he de hacer? ¡Válgame Dios!
Si callo y dejo prenderme,
Pongo á riesgo la ocasion
De librar al rey Alfonso;
Si declaro que los dos
Tienen preso á don Domingo,
Por entendido me doy
De sus aleves intentos,
Y es el peligro mayor;
Mas de la misma verdad
He de vestir la ficcion.)
Como disteis un oido
Á la culpa, dad, señor,
Otro al descargo.

PRÍNCIPE.

Decid;
Que nada en esta ocasion,
Segun os estimo, puede
Hacerme gusto mayor
Que tenerla, de mostraros
En mi piedad mi aficion.

DON JUAN.

Pues preguntadle á Ramiro
Por don Domingo, señor;
Que él en su casa le oculta.

DON RAMIRO.

¡Qué decis!

PRÍNCIPE. [*Ap.*]

¡Válgame Dios!

[*Hablan á excusas de los criados el Príncipe y don Ramiro.*]

DON RAMIRO.

¿Quién de caso tan secreto
Noticia á don Juan le dió?

PRÍNCIPE.

¿Si sabe ya mis intentos?

DON JUAN. [*Ap.*]

Turbados están los dos.

PRÍNCIPE.

Don Juan, ¿cómo lo sabeis?

DON JUAN.

Lo que el criado contó
Es verdad; mas remitimos
Del caso la conclusion
Para la noche siguiente,
Porque aquella lo estorbó
Gente, que á la calle vino.
Demas, que cierta ocasion
Que le importaba, me dijo
Que aguardaba, y me pidió

Don Domingo que cesase
Por entónces la cuestion;
Y más por averiguar
La sospecha que me dió
De que la ocasion sería
Verse con doña Leonor,
Que por hacerle ese gusto,
Consentí la dilacion.
Y así, apartándome dél,
Tuvo (aunque es ciego el amor)
Tantos ojos como celos,
Y en la oscura confusion
De la noche, oculto vi
Que don Domingo llegó,
Y otro con él, á la puerta
De don Ramiro; y los dos,
Despues de hacer una seña
Que la puerta les abrió,
Entraron dentro; y con esto
Acrecentando el furor
De mis celos, como quien
El agravio averiguó,
Á la venganza resuelto
Le aguardaba; y de los dos
Salió el que le acompañaba,
Pero don Domingo no.
Aunque allí me halló esperando
Del aurora el resplandor,
Ni en cuantas vueltas al cielo
Ha dado despues el sol,
Ha vuelto á pisar la calle;
Que nunca della faltó

Una centinela mia;
Y así, es llana presuncion,
(Supuesto que tal exceso
No es creible de Leonor),
Que don Ramiro le oculta,
Temiendo la ejecucion
De mi brazo vengativo ;
Que le toca este temor,
Como interesado en ello
Porque es más rico que yo
Don Domingo, y le querrá
Para esposo de Leonor.

PRÍNCIPE.

(*Ap.* Por su engaño y mi ventura
Gracias á los cielos doy.)
Escuchad, Ramiro.

DON JUAN. [*Ap.*]

Bien
Disfrazé con la invencion
La verdad; y el rostro feo
Les hice ver del temor.

PRÍNCIPE. [*Ap. á D. Ramiro.*]

En albricias de que ignora
La causa de la prision
De don Domingo don Juan,
Quiero, Ramiro, que vos
Con su engaño os conformeis,
Para evitar la ocasion
De apuntar esta materia.

DON RAMIRO.

Mucho más caro, señor,
Hubiera comprado el veros
Libres de esta confusion. [*En voz alta.*]
Don Juan ha dicho verdad.

PRÍNCIPE.

Pues sabiendo lo que yo
Estimo á don Juan, Ramiro,
No habeis tenido razon
En no excusarme el disgusto
Que el que yo le dí, me dió.
De veros libre de culpa,
Don Juan, tan alegre estoy,
Que el pesar que recibí
Agradezco: idos con Dios,
Y advertid que son mañana
Las fiestas.

DON JUAN.

Pienso, señor,
Que no podré entrar en ellas.

PRÍNCIPE.

No han de hacerse sin vos:
No lo dejeis por dinero,
Don Juan, pues lo tengo yo.

DON JUAN.

(*Ap.* En vano obligarme intentas.)
Mil años os guarde Dios:
No es ese el impedimento.

PRÍNCIPE.

¿Pues cuál?

DON JUAN.

Pensar con razon
Que me culparéis vos mismo
Si tan poco siento yo,
Valiendo Ramiro tanto,
Haber perdido á Leonor. [*Vase.*]

ESCENA VI.

EL PRÍNCIPE. DON RAMIRO. NUÑO y MAURICIO.

PRÍNCIPE.

Sentido está de perder
Vuestra hija.

DON RAMIRO.

Culpas son
De sus costumbres.

NUÑO.

¿Qué es esto?
¿Cómo su alteza dejó
Ir libre á don Juan?

PRÍNCIPE.

Los pechos
Podeis sosegar los dos;
Que vuestro dueño está vivo

Y seguro; y tomo yo
Su vida y seguridad
Por mi cuenta.

NUÑO.

¿Qué temor
Podrá oponer sus tinieblas
Á la luz que nos dais vos? [*Vanse.*]

—

Sala en casa de D. Juan.

ESCENA VII.

BELTRAN, *con botas y espuelas.* DON JUAN.

DON JUAN.

Vengas, amigo Beltran,
Mil veces en hora buena.

BELTRAN.

Hora, que es fin de la pena
Que dá el ansioso batan
De una posta endemoniada,
Buena se puede llamar.

DON JUAN.

¿Qué hay del rey?

BELTRAN.

Ya en el lugar
Estuviera, si la entrada

No le impidiera el ruïdo
Y el alboroto que oyó,
Que efecto lo receló
Del rebelion prevenido;
Y así viene por espía
Perdida con un criado
Suyo, que volvió, informado
De que el estruendo nacia
De los toros, á avisarle,
Y yo á tí, porque ya el sol
Se esconde al suelo español,
Y podemos ya esperarle.

DON JUAN.

Loco me tiene el contento.

BELTRAN.

¡Oh cómo tu carta obró!
Apenas la recibió,
Cuando en juvenil aliento
Sus años vi renovarse:
Postas mandó prevenir,
Y solo tardó en partir
Lo que ellas en ensillarse.
Todo el caso le conté,
Y le dije, que el quedarte
Á prevenir por tu parte
Las cosas, la causa fué
De que tú mismo en persona
La nueva no hayas llevado;
Y viene tan obligado,
Que te dará su corona.

DON JUAN.

¡Oh qué gran gusto me has hecho,
Y á qué buen tiempo has venido!
Pero ya siento ruïdo
En el zaguan.

BELTRAN.

Ya sospecho
Que llegó su majestad.

ESCENA VIII.

EL REY ALFONSO III DE LEON, *con botas y espuelas, y dos* CRIADOS. DICHOS.

REY.

¡Don Juan, amigo!

DON JUAN.

¡Señor!
Dadme esos piés.

REY.

Al amor
Que debo á vuestra lealtad
Los brazos, don Juan, prevengo.

DON JUAN.

Como rey, señor, me honrais.

REY.

Las órdenes que me dais
He guardado; y así vengo
Á apearme con secreto
En vuestra casa.

DON JUAN.

Ha importado
No despertar el cuidado,
Para impedir el efeto,
Al príncipe don García;
Y del remedio dudára,
Si solamente tardára
Vuestra majestad un dia.

REY.

¿Cómo?

DON JUAN.

Sin número son
Los castellanos que esconde
Zamora; que ayuda el conde
En esta conspiracion
Á su alteza, que hoy ha hecho
Estas fiestas por ganar
El aplauso popular;
Y así, con razon sospecho
Que, porque la dilacion

No mitigue esta alegría,
Ha de querer don García
Abreviar la ejecucion.

REY.

¡El mismo que yo engendré
Es mi mayor enemigo!
Matarlo será el castigo,
Si culpa engendrarlo fué.

DON JUAN.

Vamos; que ya de la obscura
Noche el silencio, señor,
Nos llama.

REY.

Vuestro valor
El remedio me asegura.

DON JUAN.

En casa de su privado
Ramiro le prenderéis
Sin riesgo; que le hallaréis
Sin defensa y descuidado;
Que nunca el alba repite
Lisonjas de su belleza
Al mundo, sin que su alteza
En su casa le visite;
Y yo sin dificultad

Os la haré franca, señor;
Que los medios de mi amor
Sirven hoy á mi lealtad.

REY.

Tanto, don Juan, me obligais,
Que está mi poder cobarde
Al premiaros.

DON JUAN.

Dios os guarde.
Solo os pido, que advirtais
Que, adorando yo á Leonor,
Pudo vuestra majestad
Hacer que por mi lealtad
Haga esta ofensa á su amor,
Pues que de la alevosía
Que á su padre ha infamar
La mancha le ha de alcanzar.

REY.

Eso está por cuenta mia,
Como lo demas, don Juan,
Que os tocare.

BELTRAN.

Yo entro ahí.

REY.

No me olvidaré de tí.

BELTRAN.

¡Mil siglos vivas!

DON JUAN.

Beltran,
Advierte que has de llevar
Una espada que le dés
Á don Domingo.

BELTRAN.

No es
Su valor para olvidar.

DON JUAN.

No temo, juntos los dos,
Todo el resto de Zamora.

BELTRAN. [*Hablando aparte con su amo.*]

Contempla, señor, agora
La providencia de Dios.
¡Quién pensára que las llaves
Que hicimos para robar,
Nos vinieran á importar
Para negocios tan graves!
¡Y que hubieran remediado
Peligros de tanto peso
Un hombre, que es tan travieso,
Y otro, tan acomodado!

DON JUAN.

No hay suceso que no tenga
Prevencion en Dios, Beltran.

BELTRAN.

Por eso dijo el refran:
« No hay mal, que por bien no venga.» [*Vanse.*

—

Sala en casa de D. Ramiro.

ESCENA IX.

EL PRÍNCIPE. DON RAMIRO. LEONOR
Y CONSTANZA, *con luces.*

PRÍNCIPE. [*A Leonor.*]

Esto habeis de hacer por mí.
Ya sabeis que la persona
De don Domingo merece,
Por su sangre generosa,
Por su valor y sus partes,
Pues como veis, las abona
Vuestro padre, que le déis,
Leonor, la mano de esposa,
Puesto que no conocemos
Otro más rico en Zamora
En quien poder emplearos;
Y porque á los dos nos consta

Que os tiene amor, pretendemos
Que tal prenda le disponga
Á conformarse conmigo
En cierto intento que agora
Sabréis, pues de publicarse
Ya el peligro no lo estorba,
Pues la ejecucion aguarda
Solo la primer aurora.

LEONOR.

Yo lo hiciera; mas Constanza
Es con él más poderosa.

PRÍNCIPE.

¿Cómo?

LEONOR.

Despues que la vido,
Á mí me olvida, y la adora.
Dilo, prima.

CONSTANZA.

Si un papel
Suyo verdades informa,
Yo soy dueño de su amor.

PRÍNCIPE.

Si es así, Constanza, goza
La ocasion, y nuestro intento
Tu blanca mano disponga.

CONSTANZA.

Si ha de obedecer el pecho,
No ha de responder la boca.

PRÍNCIPE.

Llamadle pues, don Ramiro. [*Vase D. Ramiro.*]

LEONOR.

No pienso que es fácil cosa
Hallarle; que há algunos dias
Que su familia le llora
Ausente ó muerto.

PRÍNCIPE.

Mi imperio
Es, Leonor, quien le aprisiona
En tu casa.

ESCENA X.

DON RAMIRO. DON DOMINGO. DICHOS.

DON DOMINGO.

¿Qué me manda
Vuestra alteza?

PRÍNCIPE.

El alba hermosa
En mis sienes ha de hallar
Deste reino la corona.
Para nada os puede ser

La obstinacion provechosa:
En una balanza os pongo
La mano de la que adora
[*Señalando á Constanza.*]
Vuestro pecho, y mi amistad,
Y os pongo la muerte en otra:
Escoged y resolvéos.

DON DOMINGO.

No es la vez primera ahora,
Que mi lealtad amenazas
Despreciadas acrisolan.
Constanza es premio que estimo,
Y por la propuesta sola,
Obligado cuanto puedo,
Pongo en vuestros piés la boca;
Pero con tal condicion,
Ni le importó ni le importa
Que no viva con mi gusto
Quien ha de vivir sin honra.
Esta es mi resolucion.

PRÍNCIPE.

Y la mia que proponga
Vuestra cabeza mañana
Escarmientos á Zamora.

DON DOMINGO.

Muriendo ha de sustentar
La voz de Alfonso mi boca.

ESCENA XI.

El REY. Criados; *despues* DON JUAN y BELTRAN. Dichos.

REY.

Y yo la vida de quien
Con lealtad tan generosa
Defiende á su rey.

DON RAMIRO.

¡Qué es esto!

PRÍNCIPE.

Perdido soy. [*Salen D. Juan y Beltran.*]

BELTRAN.

Aquí es Troya.

REY.

Dadme esa espada, García.

PRÍNCIPE.

Señor, yo.....

REY.

Si me provoca
Vuestra obstinacion, seré,
Aunque sois mi sangre propia,
Enemigo que se venga,
Y no padre que perdona.

DON JUAN.

Don Domingo.....

DON DOMINGO.

Caro amigo.....

DON JUAN.

Tomad esa espada.

DON DOMINGO.

Agora
Llueva el cielo conjurados.

DON RAMIRO. [*Ap*].

De una vez la vida y honra
He perdido.

PRÍNCIPE.

¿Qué he de hacer
Sin defensa? [*Da la espada el príncipe.*]

REY.

No se logran,
Príncipe, intentos impíos,
Que al cielo y la tierra enojan.—
Al castillo de Gauzon [*Á los criados.*]
Llevad presa la persona
Del príncipe.

PRÍNCIPE.

Si á morir
Me llevais, vuelen las horas;

*

Que á quien desdichado vive
Da vida la muerte sola. [*Llévanle.*]

CONSTANZA.

Temblando estoy.

LEONOR.

Yo estoy muerta.

DON RAMIRO.

Si á la mano poderosa
De un príncipe.....

REY.

Don Ramiro,
Callad; no dañe la boca
Con disculpas á quien sé
Que no han culpado las obras;
Que don Juan de la lealtad
De vuestro pecho me informa,
Y que vos le descubristeis
Del príncipe la alevosa
Intencion, porque él á mí
Me avisára; y así agora,
Pues que dar premio á los dos
Deste servicio me toca,
El de don Juan ha de ser
Darle á Leonor por esposa,

Y dos villas que él mismo
En todo mi reino escoja;
Y el vuestro, daros por hijo
Á quien mi privanza goza,
Y á quien debeis mi amistad,
Y á quien como veis, os honra.

DON JUAN. [*Ap.*]

¡Qué prudencia!

BELTRAN. [*Ap.*]

¡Qué cordura!

DON JUAN. [*Ap.*]

¡Con qué buen medio la nota
De la infamia le ha excusado,
Porque no toque á la esposa
De don Juan la mancha misma!

DON RAMIRO.

Con ganancia tan notoria,
En vuestras plantas señor,
Humilde pongo la boca,
Y á don Juan los brazos doy.

DON JUAN.

¿Habeis conocido agora
Si soy bueno para amigo?

DON RAMIRO.

Fuerza es ya que me conozca
Obligado, y á Leonor

En ser vuestra, venturosa.
Dadle la mano.

LEONOR.

Segura
Os la doy pues os mejora
Su majestad la fortuna,
Que mejorareis las obras.

DON JUAN.

Por ganarte me perdí;
Ya te he ganado, señora:
Con que es fuerza que á quien soy
Y á quien eres corresponda.

REY.

Don Domingo, ¿qué aguardais,
Cuando hazaña tan heróica
Tan obligado me tiene?

DON DOMINGO.

Señor, vuestras plantas solas
Piden por merced mis labios,
Y á Constanza por esposa.

REY.

Si basto, Constanza, yo

Á alcanzarlo, de ambas bodas
Seré padrino.

CONSTANZA.

Señor,
Yo me confieso dichosa:
Esta es mi mano.

BELTRAN.

¿Qué haceis?
Mirad que no se acomoda,
Don Domingo, quien se casa.

DON DOMINGO.

Quien alcanza el bien que adora,
Pues cumple ardientes deseos,
Comodidades negocia.

BELTRAN.

Ahora faltan las mias,
Si teneis en la memoria,
Gran señor, vuestra promesa.

REY.

Piensa tú lo que te importa
Segun tu estado; que á mí
Me importa pedir ahora
Perdon, porque tenga fin
Esta verdadera historia.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

BELTRAN.

¡Contempla, señor, agora
La Providencia de Dios!
¡Quién pensára que las llaves
Que hicimos para robar,
Nos vinieran á importar
Para negocios tan graves!
¡Y que hubieran remediado
Peligros de tanto peso
Un hombre, que es tan travieso,
Y otro tan acomodado!

Estos versos esclarecen y compendian el verdadero y total pensamiento de la Comedia, á saber: que el arrepentimiento sincero de las culpas puede ser tan eficaz y fecundo, que los mismos medios, destinados para la consumacion de un delito, se conviertan en manantiales de provechosísimos bienes; y los mismos criminales, en instrumentos, empleados por la mano de Dios, para la salvacion de grandes intereses.

Sinteticemos la fórmula drámatica empleada al efecto por el autor.

D. Juan Bermudez, arruinado y lleno de trampas por festejar lucidamente á Doña Leonor, pretende casarse con ella: casamiento á que se opone su padre D. Ramiro, por la pobreza del galan. Convencido é indignado éste de que las riquezas sean el único obstáculo al logro de su amor, decide removerlo, quitándoselas, á fin de que el mismo padre vaya á rogarle con la hija. Mas al registrar su casa, donde se ha introducido con llaves falsas buscando el dinero, encuentra encerrado en un aposento á D. Domingo de Don Blas,

con quien traia pendientes cuentas de rivalidad amorosa, en órden á la misma Leonor. Confirmado con esto en sus sospechas le insulta: pero D. Domingo (de quien hablaremos despues) le satisface refiriéndole, como le ha preso allí D. Ramiro, cabeza de la conspiracion del príncipe D. García, para destronar á su padre D. Alfonso III de Leon, por no haber querido asociarse á ella. Recuérdale, con este motivo, los deberes de lealtad de todo buen vasallo, para con su rey; y le exhorta á que ayude, con su valor, á la causa de la legitimidad, lavando así las manchas que oscurecen su nobleza, y rehabilitando su mal parada fama. Convertido D. Juan á tan levantadas ideas é ilustres sentimientos, introduce al rey á la presencia de su hijo, en casa de D. Ramiro, á favor de las llaves falsas que le proporcionaron el hallazgo de D. Domingo y desbarata la conspiracion, asegurándose antes de que no quedará infamado el nombre de su futuro suegro. Hasta aquí los pasos precisa y directamente enlazados con el pensamiento fundamental.

Examinemos la índole y carácter de este personaje:

D. Juan, noble, pundonoroso y valiente, dá en su moralidad, por culpa del amor, dos traspiés que merecen examinarse. El uno es alquilar una casa, sin ser suya, á D. Domingo, aprovechando el error del mayordomo de éste, Nuño, que le cree dueño, por verle á la puerta, con las llaves en la mano: el otro allanar la morada de D. Ramiro, para apoderarse de sus riquezas, sirviéndose de llaves falsas.

¿Son actos que le infaman definitivamente? ¿Que no consienten habilitacion? ¿Que no pueden atribuirse al héroe de un poema, sin violar las leyes de la moralidad artística?

Véamoslo:

El alquilar la casa fué una casualidad que se le vino á la mano, y aprovechó sin escrúpulo, como una chanza que le hacia la suerte; no un proyecto de estafa, que él hubiera concebido y premeditado. La mitad del camino se lo dió andado Nuño: el resto, se lo hizo andar la angustia de su situacion. Cierto es que no hay moral que le disculpe, y que fué alta-

mente vituperable su conducta; pero no es un hecho de los que imprimen carácter en la juventud: miéntras no se consigna en papel sellado, eso se llama en el mundo una calaverada, no un crímen.

El apoderarse de las riquezas de D. Ramiro no pasó de tentativa; y fué con ánimo de *empobrecerle*, circunstancia que altera esencialmente la naturaleza del delito, quitándole el carácter de robo; porque el *empobrecer* al robado nunca ha sido el propósito del ladron, el cual toma lo ajeno para apropiárselo, no para que le falte á otro. Demas, que robar dinero al padre de una hija única el que aspira á casarse con ella ¿no es robar á su esposa? ¿no viene á ser robarse á sí mismo? Y sobre todo ¿no se vé que aquello es un recurso insensato, un medio desesperado de enlazarse con la mujer que ha llegado á ser la necesidad de su existencia? Por último ¿necesitaremos recordar, que estamos en el terreno de la poesía y no en el de la historia? ¿aplicando la crítica y no el Código penal?

No aparece de consiguiente acto vil y deshonroso el discutido, sino de irreflexion y atolondramiento como él otro, concurriendo en ambos la circunstancia atenuante del amor, que tanto ciega y precipita.

Agrégase á esto y es el primer título de legitimidad de esos dos actos, porque es el primer criterio, segun el cual han de juzgarse, que son medios subalternos, impuestos y regidos por un fin principal; que no tienen existencia por sí ni para sí, sino para el drama en cuyo cuadro entran, á fuer de sombra indispensable, como quiera que un *mal* es lo que se proponia convertir en *bien*: y un pecador, no un inocente habia de ser quien se arrepintiera.

Á D. Domingo de Don Blas, el *acomodado*, segun le llama la Comedia, porque gustaba mucho de su comodidad, no puede juzgársele bien, más que leyendo los pormenores á que alcanza, y en que se muestra su vida dramática. detalles

Original, independiente, despreocupado, cauteloso, franco, valiente, hidalgo, es como decimos hoy, un hombre excéntrico

que nos recuerda más de una vez nuestros refranes *donde no piensa el galgo, salta la liebre, y debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor*. Pero la sorpresa que arguye este mismo recuerdo ¿significa falta de unidad, ó rasgos de inconsecuencia en su carácter? ¿Significa que lo que con el tiempo, y segun las circunstancias, vá dando de sí aquel hombre singular, no lo importa desde luégo, ó que lo repugnan sus antecedentes?

Ninguna de las genialidades que le granjean el título de acomodado, ninguna de las suspicacias y prevenciones de su egoismo en lo pequeño, ahoga, coarta, ni se opone á su abnegacion en lo grande; á las proporciones que despliega, cuando se trata del valor, de la honra y de la lealtad á su rey. Además de que él explica bien, que se rodeaba de tantas precauciones y se prevenia de tantos cuidados, para que las ocasiones le encontráran apercibido y entero, cuando le necesitasen. Y por cierto, no le engañó su prevision, ni se perdieron sus cuidados; que las ocasiones llegaron y en ellas se elevó él, no á la virtud, al heroismo. Su unidad moral y dramática habia asentado ya la afabilidad, cortesía y miramiento con el pechero, para que dedujéramos luégo su independencia, austeridad y altivez con el rey.

Dos lunares quitariamos de buen grado á D. Domingo. Cuando al explicar á D. Juan el motivo de su escondite ó encierro en casa de D. Ramiro, le cuenta la conspiracion de que es víctima, por no haber querido asociarse á ella, la tal explicacion está llena de un lirismo estrambótico, sentimental y falso, ajeno de su carácter positivo, é impropio de la situacion. Así aplaza el fin á que se dirige; se extravía de la accion, y se aleja del magnífico terreno á donde se encamina luégo, de convertir á su rival, en favor de la causa legítima. Tampoco nos agrada que califique seriamente de afortunados, el dia de casarse y el de enviudar: á hombre tan bueno y tan grave no cuadra esa calificacion humorística: estuviérale bien al gracioso.

Nada decimos de los alardes que hace de valor y de lo

preciado que del suyo se muestra, porque sabido es, y repetido está por nosotros, que los valientes de nuestra antigua escena pecaban de presumidos y fanfarrones.

Si el rivalizar en interés dos personajes de un drama pudiera afectar á la unidad de su accion, motivos habria de escrúpulos acerca de la presente, porque son D. Juan y don Domingo, á cual más principal y á cual más interesante. Pero si bien durante la marcha de la accion, sobresale D. Domingo, por su carácter original, altas prendas y conducta toda, D. Juan á quien persuade al cabo, se eleva á toda la altura de una perfecta conversion y es el verdadero instrumento de la salvacion del trono. Así vence el autor la grave dificultad que se habia suscitado á sí mismo, y devuelve á D. Juan toda la importancia, que le mermára D. Domingo.

Para haberse propuesto el autor un fin providencial, que pudiera muy bien lograrse, fuera de todas las vias de los acontecimientos ordinarios; para hacer únicamente *que los Cielos mudasen la inclinacion* de D. Juan, segun él dice, fuerza es conocer, que están muy bien concertados los medios humanos que se utilizan. La trama dramática vá diestramente urdida: en particular el acto tercero, que presenta tres ó cuatro conflictos naturales y de gran interés, se resuelven y atraen el desenlace, por la más oportuna y concordada manera. La salida que dá D. Juan al apuro de la Escena V en que llega á estribar todo, no puede mejorarse.

De particular belleza son todos los diálogos en que interviene D. Domingo. Beltran, totalmente adherido á su señor, es uno de los más serviciales y discretos criados, y á la vez uno de los más agudos y modestos graciosos. No recordamos epígrama, que aventaje al que en sus lábios puso el autor, al principio de la Comedia. Lamentábase D. Juan de que iba á perder á Leonor, despues de haber perdido la hacienda en festejarla, y le dice Beltran:

Con eso me has acordado
Una bien graciosa historia

Que has de oir, aunque estés triste:
Bien pienso que conociste
Á Pedro Nuñez de Soria.

DON JUAN.

En Castilla le traté
Y era hombre afable y gustoso.

BELTRAN.

Ese pues, poco dichoso,
Tan pobre en un tiempo fué,
Que para alcanzar apenas
Para el sustento, jugaba
La mohatra, y se adornaba
Todo de ropas ajenas.
Riñó su dama con él,
Y en un cuello que traia
Ajeno, como solia,
Hizo un destrozo cruel.
El dueño, cuando entendió
La desdicha sucedida,
A la dama cuellicida
Fué á buscar, y así la habló:
Una advertencia he de haceros,
Por si acaso os enojais
Otra vez, y es que riñais
Con vuestro galan en cueros:
Que cuando la furia os viene,
Si vestido le embestis
Haced cuenta, que reñis
Con cuantos amigos tiene.

GANAR AMIGOS.

GANAR AMIGOS.

PERSONAS.

EL MARQUÉS DON FADRIQUE, *galan.*
DON FERNANDO DE GODOY, *galan.*
DON PEDRO DE LUNA, *galan.*
EL REY DON PEDRO EL JUSTICIERO.
DON DIEGO, *galan.*
DOÑA FLOR, *dama.*
DOÑA ANA, *dama.*
INES, *criada.*
ENCINAS, *gracioso.*
RICARDO, *criado.*
UN SECRETARIO.
UN JUEZ.
UN CORCHETE.
UN ESCUDERO, *viejo.*
UN PREGONERO.
GUARDIAS.
SOLDADOS.
CORCHETES.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA FLOR É INES, *con mantos.*

DOÑA FLOR.

¿Qué dices?

INES.

Digo, señora,
Que es él.

DOÑA FLOR.

¡Desdichada soy!

¡Don Fernando de Godoy,
Cielos, en Sevilla agora!
La fortuna me persigue.
Cúbrete.

INES.

Ya es excusado;
Porque muestra su cuidado
Que conoce lo que sigue.

DOÑA FLOR.

Cuando el Marqués prometia,
Abrasado de amoroso,
Pasar mi estado dichoso
De merced á señoría,
¡Viene á ser impedimento
De tanto bien don Fernando!

INES.

Pues ¿por qué lo ha de ser?

DOÑA FLOR.

Dando,
Pues ha de seguir su intento,
Ocasiones de celar
Al Marqués; y es cierta cosa
Que á su pasion cuidadosa
Nada al fin se ha de ocultar;
Que aunque don Fernando, es llano
Que amante secreto ha sido,
El disgusto sucedido
En Córdoba con mi hermano
Fué público en el lugar;

Y lo que entónces pasó,
Para sospechar bastó,
Si no para condenar:
Y esto será impedimento
Á la mano que procuro;
Que es el honor cristal puro,
Que se enturbia del aliento.

INES.

Pues desengáñalo luego,
Y pide que no te quiera
Á don Fernando.

DOÑA FLOR.

Eso fuera
Poner á la mina fuego,
Y hacerle esparcir al viento
Secretos de amor desnudos;
Que ni son los celos mudos,
Ni es sufrido el sentimiento.

INES.

Él llega.

DOÑA FLOR.

¡Suerte inhumana!
¿Cómo me podré librar?

INES.

En esta tienda ha de estar
Aguardándote doña Ana.

ESCENA II.

DOÑA ANA, *con manto.* DICHAS.

DOÑA ANA.

¡Gracias á Dios que te veo!
Ya tu tardanza acusaba.

DOÑA FLOR.

No imagines que me daba
Ménos priesa mi deseo;
Pues que mi hermano, sabiendo
Que á verte, amiga, venía.....

DOÑA ANA.

¡Oh qué cansada porfía!

ESCENA III.

DON FERNANDO. ENCINAS. DICHAS.

DON FERNANDO.

Hablarla agora pretendo.

ENCINAS.

Llega pues.

DOÑA FLOR. [*Ap. á Ines.*]

Ines, procura,
Miéntras hablo, entretener
Á doña Ana.

DON FERNANDO.

Si el poder

Igualase á la hermosura,
Yo fuera, damas hermosas,
Esta ocasion, por igual
Venturoso y liberal.

ENCINAS.

Ellas fueran las dichosas.

DON FERNANDO.

Mas puesto que no hay hacienda
Que iguale á tanta beldad,
Si lo merezco, tomad
Lo que os sirvais de la tienda.

ENCINAS.

¿Qué es esto? Nunca te ví
Ser galan tan de provecho.
Señoras, milagro han hecho
Vuestras deidades aquí;
Pero segun tus estrellas
Que nunca dés han dispuesto,
Hoy, que tú quieres, apuesto
Que no lo reciben ellas.

INES.

Doña Ana hermosa, ¿no tiene
Gracia el bufon?

ENCINAS.

No me llamo
Sino Encinas.

DOÑA ANA.

(*Ap.* La del amo

Con más razon me entretiene:
Sabré al descuido quién es.)
Agradado me has de suerte,
Que estimára conocerte,
Porque algunos ratos dés
Alivio á tristezas mias.

ENCINAS.

Harélo yo, si te doy
Gusto en eso.

DOÑA ANA.

Sí; que soy
Sujeta á melancolías.

ENCINAS.

Oye pues. (*Ap.* Buena ocasion
Doy á mi señor con esto.)
[*Hablan aparte doña Ana y Encinas.*]

INES. [*Ap.*]

Lindamente se ha dispuesto.

DON FERNANDO. [*Ap. á doña Flor.*]

Dueño de mi corazon.....

DOÑA FLOR.

Tu aficion, Fernando mio,
Proceda más recatada;
Porque ni desa criada,
Ni de esa amiga me fío.

DON FERNANDO.

Ya con esa prevencion
Á hablarte llegué, mostrando
No conocerte.

DOÑA FLOR.

Fernando,
Los nobles amantes son
Centinelas del honor
De sus damas.

DON FERNANDO.

Pues ¿por qué,
Si has conocido mi fé,
Me previenes eso, Flor?

DOÑA FLOR.

Tú, Fernando, eres testigo
De lo que nos sucedió,
Cuando en Córdoba te halló
Mi hermano, hablando conmigo.
Entónces, para aplacar
Los bandos y desafíos
Entre tus deudos y mios,
Prometiste no llegar
Á esta ciudad en dos años,
Donde, en aquella ocasion,
Á empezar su pretension
Y acabar aquellos daños
Mi hermano partió conmigo,
Por estar su majestad
Despacio en esta ciudad.

DON FERNANDO.

Y tú, Flor, eres testigo
Que mi palabra, á despecho
De mi paciencia, he cumplido.

DOÑA FLOR.

Pues ya que tan noble has sido,
No deshagas lo que has hecho.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

DOÑA FLOR.

Ocasionando agora
Nuevos disgustos; y así,
Solo una cosa por mí
Has de hacer, mi bien.

DON FERNANDO.

Señora,
Nó mandes que del amor
Que idolatra tu hermosura
Desista, y pide segura
El imposible mayor.

DOÑA FLOR.

Tú verás en lo que pido,
Que encamino tu esperanza.

DON FERNANDO.

Siendo así, de tu tardanza
Está mi amor ofendido.

DOÑA FLOR.

Ya con el rey sus intentos
Tiene en buen punto mi hermano,
Y de los suyos es llano
Que han de pender mis aumentos.
Dá fuerza á su pretension
Y á su razon calidad,
De mi honor y honestidad
La divulgada opinion;
Y porque temo, y no en vano,
Que han de causar tus pasiones
Al lugar murmuraciones,
É inquietudes á mi hermano,
Quiero que, como quien eres,
Me prometas que jamás,
Fernando, á nadie dirás
Que te quiero, ni me quieres;
Que vivirán en tu pecho
Secretas nuestras historias,
Solicitando tus glorias,
Ó celoso ó satisfecho,
Tan cauto y tan recatado,
Que, en el mayor sentimiento,
Solo con tu pensamiento
Comuniques tu cuidado.
Esto le importa á mi honor
Y á tu amor.

DON FERNANDO.

Yo te prometo,
Como quien soy, el secreto,

Mi gloria, de nuestro amor.
¿Estás contenta?

DOÑA FLOR.

Sí estoy.

DON FERNANDO.

¿Confías que cumpliré
Mi palabra?

DOÑA FLOR.

Sí; que sé
Que eres sangre de Godoy.

DON FERNANDO.

Di pues agora qué estado
Tiene contigo mi amor.

DOÑA FLOR.

Déjalo á tiempo mejor;
Que estoy aquí con cuidado.

DON FERNANDO.

Di, ¿cómo el vernos dispones
Entre esas dificultades?

DOÑA FLOR.

Á conformes voluntades
Nunca faltan ocasiones:
Búscalas; que yo prometo
Hacerlo tambien.

DON FERNANDO.

Á tí

Toca el trazarlas, y á mí
El gozarlas con secreto.

DOÑA FLOR.

Fernando, adios.

DON FERNANDO.

Flor, advierte
En la firme fé que tengo
Tras tanta ausencia, y que vengo
Á Sevilla solo á verte.

DOÑA FLOR.

Yo soy la misma que fuí.
(*Ap.* ¡Nunca pluguiera á los cielos
Vinieras á darle celos
Al Marqués, y pena á mí!)

DON FERNANDO [*Ap.*]

¿Quién dice que las mujeres
No son firmes? Peñas son.

DOÑA ANA. [*Á Encinas.*]

Doña Ana soy de Leon:
Si por ventura tuvieres,
Que eres forastero al fin,
Alguna necesidad,
Conocerás mi verdad.

ENCINAS.

Pon en mi boca el chapin.

INES.

¿Cómo habeis quedado?

DOÑA FLOR.

Ines,
El medio que pude dar
He dado, para evitar
Sentimientos al Marqués. [*Vanse las tres.*]

ESCENA IV.

DON FERNANDO. ENCINAS.

ENCINAS.

¿Qué tenemos?

DON FERNANDO.

Nada.

ENCINAS.

¿Nada?

DON FERNANDO.

Ya no me trates jamás
De doña Flor.

ENCINAS.

¡Bueno estás!
¡Bien logramos la jornada!

DON FERNANDO.

Al punto que entienda yo

Que nadie de tí ha sabido
Que algun tiempo la he servido,
Ni la historia que pasó
En Córdoba, pagarás
Con la vida. (*Ap.* Así el preceto
Ejecuto del secreto.)

ENCINAS.

Que lo diga Barrabás,
Supuesto que soy testigo
De la furia de tu acero,
Y que sabes dar, primero
Que la amenaza, el castigo. [*Vanse.*]

ESCENA V.

EL MARQUÉS y RICARDO, *de noche.*

RICARDO.

Sin seso estás.

MARQUÉS.

¿No es razon
Estar de contento loco,
Cuando con mis manos toco
Tan dichosa posesion?
Esta noche ¡oh santo cielo!
Permitid que llegue á vella!
Gozo de la flor más bella,
Que dió primavera al suelo.
Esta noche, mis empleos
Logran su larga esperanza,
Y mi firme amor alcanza

El fin de tantos deseos.
En esta vida, ¿qué bien
Puede igualar á la gloria
De conseguir la vitoria
De un dilatado desden?

RICARDO.

¡Oh quién te viera, señor,
Libre destas mocedades!

MARQUÉS.

¿Agora me persüades?

RICARDO.

Juzgo que fuera mejor,
Cuando te ves tan privado
Del rey don Pedro, gozar
De su favor, y asentar
El paso, tomando estado.

MARQUÉS.

No: miéntras viva mi hermano,
Ricardo, á quien justamente,
Por honrado, por valiente,
Por discreto y cortesano,
Como tierno padre quiero,
¡No quiera Dios que, casado,
Á mi casa, ni á mi estado
Solicite otro heredero!
Yo tengo por Flor la vida,
Por Flor desprecio la muerte;
Mas si el amor de otra suerte

Con sus glorias me convida
Sin que me case, no es justo
Quitar la herencia á mi hermano;
Que no siempre con la mano
Se debe comprar el gusto.

ESCENA VI.

DON FERNANDO, *alborotado, con la espada desnuda.*
DICHOS.

DON FERNANDO.

Si sois nobles por ventura,
Mostrad los pechos hidalgos
En dar favor á quien tiene
Todo el mundo por contrario.
Dadme esa capa por esta,
Cuyo color es el blanco
Que siguen mis enemigos:
Daréis vida á un desdichado.

MARQUÉS.

No es menester donde estoy.
Caballero, sosegáos.

DON FERNANDO.

¿Es el marqués don Fadrique?

MARQUÉS.

El mismo soy.

DON FERNANDO.

Vuestro amparo
Es puerto de mi esperanza.

MARQUÉS.

Contadme el caso: fiaros
Podeis de mí.

DON FERNANDO.

Un hombre he muerto,
Y el lugar alborotado
Cierra las puertas furioso,
Y airado sigue mis pasos.

MARQUÉS.

¿Fué bueno á bueno la muerte?

DON FERNANDO.

Los dos solos desnudamos
Cuerpo á cuerpo las espadas,
Y el otro fué el desdichado.

MARQUÉS.

Siendo así, yo os libraré.

DON FERNANDO.

Prospere Dios vuestros años.

ESCENA VII.

UN JUEZ, *con linterna.* CORCHETES. DICHOS.

UN CORCHETE.

Allí hay gente.

DON FERNANDO.

La justicia
Es aquella.

MARQUÉS.

Reportaos;
Seguro estais.

EL JUEZ.

Esos hombres
Conoced.

CORCHETE.

Ténganse, hidalgos,
Á la justicia. ¿Quién es?

RICARDO.

Excusad el linternazo;
Que es el marqués don Fadrique.

JUEZ.

¿Vais, señor, tambien buscando
Acaso al fiero homicida
De vuestro infeliz hermano?

MARQUÉS.

¡Qué decis! ¿Mi hermano es muerto?

JUEZ.

Perdonadme, si os he dado
Con tal nueva, tal pesar.

DON FERNANDO. [*Ap.*]

¡Qué es esto cielos! ¡Hermano
Era del Marqués el muerto!
¡Favor pedí al agraviado!

MARQUÉS.

¿Cómo sucedió?

JUEZ.

Señor,
Dos testigos, que se hallaron
Presentes, dicen que un hombre
De color, estaba hablando
Á la ventana de Flor.

MARQUÉS. [*Ap.*]

¡Esto más, crueles hados!

JUEZ.

Pasó en aquella ocasion
El sin ventura don Sancho;
Y sobre quitarle el puesto
Y defenderlo el contrario,
Desnudaron las espadas,

Y cuerpo á cuerpo, gran rato
Riñeron, hasta que el cielo
Dió permiso al triste caso.
Huyó luego el homicida;
Mas fiad de mi cuidado
Que le tengo de prender,
Si no se escapa volando.

DON FERNANDO. [*Ap.*]

Aquí es mi muerte.

MARQUÉS.

Seguidle,
Y no dejeis, hasta hallarlo,
Piedra alguna por mover.

CORCHETE. [*Ap. al Juez.*]

Señor, si yo no me engaño,
Las señas del delincuente
Tiene aquel, que recatado
Detrás del Marqués se esconde.

JUEZ.

Calla, necio. ¿Del hermano
Del muerto habia de ampararse?

CORCHETE.

Indicios dan su recato
Y el color de su vestido.
¿Qué se pierde en preguntallo?

JUEZ.

Bien mereceré perdon,
Si por vengar vuestro agravio
Ofendo vuestro decoro.
Señor Marqués, ese hidalgo
Que el cuerpo y el rostro esconde
Con sospechoso cuidado,
¿Puede saberse quién es?

DON FERNANDO. [*Ap.*]

¡Perdido soy!

MARQUÉS.

¿No está claro
Que no será quien me ofende,
Pues que conmigo le traigo?

DON FERNANDO. [*Ap*]

¡Qué nunca visto valor!

JUEZ.

Las señales me engañaron:
Disculpad mi inadvertencia;
Y porque pide este caso
Diligencia, perdonad,
Si no os quedo acompañando.
[*Vase y con él los corchetes.*]

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. DON FERNANDO. RICARDO.

DON FERNANDO. [*Ap.*]

¡Cielo santo! ¿Si querrá
Vengar él mismo á su hermano,
Y por eso me libró
De la justicia?

RICARDO. [*Ap.*]

¡Qué extraño
Suceso! ¿Que hará el Marqués
En lance tan apretado?

MARQUÉS.

(*Ap.* ¡Que mi hermano es muerto, y Flor
Fué la ocasion de mi agravio,
Y que éste fué el homicida!)
Déjanos solos, Ricardo.

RICARDO. [*Ap.*]

Habérselas quiere á solas:
Temiendo voy un gran daño. [*Vase.*].

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. DON FERNANDO.

MARQUÉS. [*Ap.*]

¡Oh adversa fortuna mia,
Ved los tormentos que paso!

¡Noche en que esperé alcanzar
De amor los bienes más altos,
De sentimiento me ahogo,
Cuando de celos me abraso!
Disimulando tenerlos,
Me conviene averiguarlos.

DON FERNANDO. [*Ap.*]

La espada y el corazon
Apercibo á todo.

MARQUÉS.

Hidalgo.....

DON FERNANDO.

¡Señor Marqués!....

MARQUÉS.

Ap. Pierdo el seso.)
¿Estamos solos?

DON FERNANDO.

Sí estamos.

MARQUÉS.

Un hermano me habeis muerto.

DON FERNANDO.

Un hombre he muerto, ignorando
Quién era; y agora supe
Que era, Marqués, vuestro hermano.

MARQUÉS.

No os disculpeis.

DON FERNANDO.

No penseis
Que el temor busca reparos;
Que inventa el respeto excusas,
Ó la obligacion descargos:
Porque es verdad os la he dicho,
De que á vos testigo os hago,
Pues despues de conoceros,
Á vos mismo os pedí amparo,
Para que sepais así
Á lo que estais obligado.

MARQUÉS.

Si imaginais que os he dicho
No os disculpeis, de indignado
Y resuelto á la venganza,
No doy lugar al descargo;
Engañaisos: advertid
Que en eso me haceis agravio,
Pues mostrais que habeis creido
Que, por el dolor me aparto
De cumpliros la palabra
Que os he dado de libraros;
Yo os la dí, y he de cumplilla.

DON FERNANDO.

La tierra que estais pisando
Será el altar de mi boca.

MARQUÉS.

Caballero, levantáos:
No me deis gracias por esto,
Supuesto que no lo hago
Yo por vos, sino por mí,
Que la palabra os he dado.
Cuando os la dí, os obligué:
Cumplirla no es obligaros;
Que es pagar mi obligacion,
Y nadie obliga pagando.
De esto procedió el deciros
No os disculpeis, por mostraros
Que, sin que excuseis la ofensa
Ni disculpeis el agravio,
Basta para que yo cumpla
Mi palabra, haberla dado.

DON FERNANDO.

Ejemplo sois de valor
Y de prudencia; y no en vano
Ocupais en la privanza
Del rey el lugar más alto.

MARQUÉS.

Dejad lisonjas; y agora,
Supuesto que he de libraros,
Me decid quién sois y cuál
Fué la ocasion de este caso.
¿Qué empeño teneis con Flor,

Para haberos obligado
Á defender el lugar
De su ventana á mi hermano?

DON FERNANDO.

No, señor: no me está bien,
Cuando así os tengo indignado,
Decir quién soy. La ocasion
Ya la oisteis; declararos
De ella más, es imposible.....
(*Ap.* Que á Flor la palabra guardo
Que del secreto la dí;
Y aunque de celos me abraso,
No á romper obligaciones
Dan licencia los agravios.)

MARQUÉS.

Pues ¿no es justo?

DON FERNANDO.

Yo os suplico
Pues sois noble, que evitando
Más dilaciones, cumplais
La palabra que habeis dado.
Prometido habeis librarme,
Y á vos mismo os he escuchado,
Que el haberlo prometido
Basta para ejecutarlo.
Advertid, que no lo haceis

En pidiendo nada en cambio;
Que ponerme condiciones
Es modo de quebrantarlo.

MARQUÉS.

Es verdad; mas no os las pongo;
Que pidiendo, no obligando,
Pregunté, porque me importa
Saberlo, si á vos callarlo.
Y en prueba desto, seguidme;
Que aunque, en mi valor fiado
Me lo querais decir, ántes
Que lo escuche he de libraros.

DON FERNANDO.

Ya os sigo.

MARQUÉS. [*Ap.*]

¡Ah Dios! ¡Que en un noble,
Cuando de celoso rabio,
Y de lastimado muero,
La palabra pueda tanto! [*Vanse.*]

Sala en casa de D. Diego.

ESCENA X.

DON DIEGO. DOÑA FLOR. INES, *con luz.*

DON DIEGO.

Flor......

DOÑA FLOR.

¿Hermano?....

DON DIEGO.

Ines......

INES.

¿Señor?.....

DON DIEGO. [*Ap.*]

¡El cielo me dé prudencia!
Cuando anegan la paciencia
Tempestades del honor,
Ni discurre el pensamiento;
No sé por dónde comience
La averiguacion; que vence
Al discurso el sentimiento.

DOÑA FLOR. [*Ap.*]

Confusa estoy.

DON DIEGO.

Entra, Ines,
En esa cuadra.

INES.

¿Señor?....

DON DIEGO.

Entra y calla.

INES. [*Ap.*]

De temor
Muevo sin alma los piés. [*Vase.*]

ESCENA XI.

DON DIEGO. DOÑA FLOR.

DON DIEGO.

Yo pensé, Flor, que los daños
Que otra vez tu liviandad
Ocasionó en la ciudad
De Córdoba, habrá dos años,
De freno hubieran servido
Para no causar aquí
La desdicha que por ti,
Enemiga, ha sucedido.
Esta noche al más experto
De Europa, al mejor soldado,
Caro hermano del privado
Del rey, por tu causa han muerto:
Mira tú ¡qué fin espero
Del daño que ha sucedido,
Si es tan fuerte el ofendido,
Y es el rey tan justiciero! —
No llores, Flor; que no es eso
Lo que agora ha de aplacarme;
Lo que importa es declararme

La verdad deste suceso,
Porque sepa yo qué medio
Tendré para dar seguro
Prevencion á lo futuro,
Y á lo pasado remedio.
Solos estamos: advierte,
Si á tan justa confesion
No te mueve la razon,
Que te ha de obligar la muerte.
No te refrene el temor,
Y piensa que, en caso igual,
Oye el médico tu mal,
Y tu culpa el confesor.
Mira..... si negar intentas,
Á informarme obligarás
De los criados, y harás
Públicas nuestras afrentas:
Y así es mejor informarme
Secretamente de tí,
Y que se resuelva aquí
Lo que importe, que obligarme
Á una gran demostracion,
Si me doy por entendido
De que tu locura ha sido
Deste daño la ocasion.

DOÑA FLOR.

Hermano, á quien justamente
Pueden dar nombre de padre
Los honrosos sentimientos
Que acompañan tus piedades,
Sabe (que aunque la vergüenza

Me enfrene, es preciso lance,
Cuando amenazan los daños,
Manifestar las verdades),
Sabe que desde aquel dia,
Dos años há, que llegaste
Á esta excepcion de los tiempos,
Envidia de las ciudades.....
¡Pluguiera á Dios que primero
Que mirase y admirase
De sus altos edificios
Los soberbios homenajes;
¡Pluguiera á Dios que primero
Que, en la region de las aves,
Contemplase de fortuna
En la Giralda una imágen,
Pues cual Diosa habita el cielo,
Y solo el viento mudable
Es la razon imperiosa
De su movimiento fácil;
¡Pluguiera á Dios que primero
Que patentes sus umbrales
Diesen permiso á mis pasos,
Y á su rüina hospedaje
Sus altos muros, sirviendo
Á su paraiso de ángel,
Túmulo funesto diesen
Á mis obsequias fatales!
Pues, desde aquel mismo dia,
Empezaron á engendrarse
Deste incendio las centellas,
Deste daño las señales;
Que apénas la vez primera

Vieron mis ojos sus calles,
Cuando el marqués don Fadrique,
Ese castigo de alarbes,
Ese honor de castellanos,
Rayo de turcos alfanges;
Ese espejo de las damas
Y envidia de los galanes,
Á combatirme empezó
Con medios tan eficaces,
Que ha usurpado la opinion
Mi corazon al diamante.
Si al fin sus continuas quejas,
Si al fin sus bizarras partes
Correspondencia engendraron
En mi pecho, no te espante;
Que por doña Ana te he visto
De tu valor olvidarte,
Regar la tierra con llanto,
Romper con quejas los aires.
Pues si eres hombre, don Diego,
Y la fuerza de amor sabes,
De sus vitorias despojo,
Víctima de sus altares,
¿Qué mucho que una mujer
Contra su poder no baste,
Y más si obligan temores,
Y esperanzas persüaden?
Que el Marqués, si amante humilde,
Conquistador arrogante,
Mezclaba (*Ap.* Esta falsa culpa
Le imputo por disculparme.)
Las amenazas crueles

Á las promesas süaves,
Y el poder y la ambicion
Igualmente me combaten.
Temo venganzas injustas
En mi opinion y en tu sangre,
Espero que á ser mi esposo
Le obliguen mis calidades;
Y al fin, estas fuerzas todas,
Á empresa mayor bastantes,
Á darle esta noche entrada
Pudieron determinarme.
No te alteres: oye, hermano;
Que en caso tan importante,
No en ligeras confianzas
Fundaba mis liviandades.
Prevenida me arrojaba,
Ordenando, que ocupasen
Tres testigos, de mi cuarto
Ciertos ocultos lugares,
Con intencion de pedirle
Palabra de esposo, ántes
Que en la fuerza de mi honor
Le hiciese el amor alcaide;
Y si la diese, ó movido
De su aficion y mis partes,
Ó pretendiendo, fiado
En el secreto, engañarme,
Tener testigos con quien
Convencerle, y obligarle
Al cumplimiento, que puesto
Que su poder me acobarde,
El rey don Pedro es el rey,

Y justicia á todos hace
Tan igual, que ha merecido
Que el Justiciero le llamen;
Y si á su intento quisiese,
Sin obligarse, obligarme,
Tener quien diese socorro
Á mi resistencia frágil.
Este fué mi pensamiento;
Y envuelta en cuidados tales,
Esta noche, autora triste
De lamentoso desastre,
Tuve abierta esa ventana,
Sin que un punto de ella aparte
La vista, esperando señas
Y temiendo novedades;
Cuando hácia la reja un hombre
Vi cuidadoso llegarse,
Cuyo recato atrevido
Me daba de amor señales.
Pensé (¡desdichado engaño!)
Que era el Marqués, y al instante
Á hablarle llego; y apénas
El engaño se deshace,
Cuando su infeliz hermano,
Que por el Marqués amante,
Más que hermano, fiel amigo,
Ronda celoso la calle,
Le llegó á reconocer;
Y sobre querer quitarle
De la reja, sus aceros
Dieron rayos á los aires.
El oculto pretendiente

Fué más dichoso; que á nadie
Más valiente que al difunto
Celebraron las edades.
Esta es mi culpa: mi pena
Ó tu castigo me mate,
Pues que venturoso muere
El que desdichado nace.

DON DIEGO.

¡Hay más dura confusion!
¿Que aún son mayores mis males
Qué pensé? ¿Que es el Marqués,
Y no don Sancho, tu amante?
De modo que tengo agora
Que librarte y que librarme
(Demas de lo que amenaza
Una desdicha tan grande)
De la venganza furiosa
De los celos que causaste
Al Marqués, y de la ofensa
Que en pretenderte me hace.
¡Ah Dios! ¿Qué fuerzas habrá
Que con vida y honra saquen
Mi opinion, de entre los brazos
De tantas adversidades?
No puede ser. Pues, valor
Heredado de mis padres,
Para tales ocasiones
Vive en el pecho la sangre.
Mas dí, ¿quién fué el homicida?

DOÑA FLOR.

Ni rostro, ni voz, ni talle
Conocí.

DON DIEGO.

¿Cómo es posible?

DOÑA FLOR.

Fueron breves los instantes
Del caso; lo más te he dicho,
Y no hay para qué callarte
Lo demas, si lo supiera.
(*Ap.* La verdad quiero negalle;
Que me adora don Fernando,
Y me obliga, aunque me agravie.)

DON DIEGO.

¿Cómo sabré que tu lengua
Me ha referido verdades,
Flor?

DOÑA FLOR.

Si el crédito me niegas,
Ines y Alberto lo saben;
Mas si probanza procuras
Más secreta, por no darte
Por entendido, papeles
Del Marqués guarda esta llave,
Que de la verdad que digo
Podrán mejor informarte. [*Dale una llave.*]

DON DIEGO.

Muestra, y piensa que no rompe
Mi espada tu pecho infame,
Porque no digan que empiezo
Por la mujer á vengarme.

DOÑA FLOR.

Si mi triste fin deseas,
No importa que no me mate
Tu espada; que espada son
De la muerte mis pesares. [*Vanse.*]

—

Campo.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS. DON FERNANDO.

MARQUÉS.

Ya os saqué de la ciudad;
Ya en este campo desierto
Alcanza seguro puerto
Por mí vuestra libertad;
Y para poder seguir
La derrota que os agrada,
Teneis postas en Tablada,
Barcos en Guadalquivir.
Y porque tengo advertido,

Que no pudo á intento igual
Lo súbito deste mal
Hallaros apercebido;
Porque no os impida acaso
Algo la necesidad,
Estas cadenas tomad, [*Dale dos.*]
Que os faciliten el paso.

DON FERNANDO.

Cuando la ocasion que veis
No me obligára á aceptar,
Lo hiciera, por no agraviar
La largueza que ejerceis.
Por mil modos dejais presa
Mi voluntad.

MARQUÉS.

Ya he cumplido
Mi palabra.

DON FERNANDO.

Y excedido
El efeto á la promesa.

MARQUÉS.

Ya, pues que no me podeis
Oponer esa excepcion,
Pedir puedo con razon
Que quién sois me declareis;
Que digais qué os ha pasado
Con mi hermano y doña Flor,
Porque sepa mi valor

Á lo que estoy obligado;
Que será bien, pues por ella
Ha sucedido este mal,
Y soy la parte formal
En seguilla ó defendella,
Que entre los dos brevemente
La causa aquí sustanciada,
Ó la perdone culpada,
Ó la disculpe inocente.
(*Ap.* Así averiguo mis celos,
Sin dar á entender mi amor.)

DON FERNANDO.

El nunca visto valor
De que os dotaron los cielos,
Por igual engendra en mí
El recelo y confianza;
Que amenaza la venganza,
Supuesto que os ofendí,
Cuando mi pecho confia
De que le tendréis tambien
Para perdonar á quien
No supo que os ofendia.
Y así, ó perdonad mi ofensa,
Marqués, ó el no declararme;
Que ha de ser el ocultarme
De vos, mi mayor defensa.

MARQUÉS.

Ved que me habeis agraviado,
Pues dais en eso á entender

Que os engendra mi poder,
Y no mi valor, cuidado.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

MARQUÉS.

Clara es la razon
En que este argumento fundo;
Que si las leyes del mundo
Piden la satisfacion
Como fué la ofensa, es llano
Que cuerpo á cuerpo los dos
Debo vengarme, pues vos
Matásteis así á mi hermano.

DON FERNANDO.

Es así.

MARQUÉS.

Pues si es así,
Y que estamos hombre á hombre,
Querer ocultarme el nombre
Cuando os tengo á vos aquí,
Y decir que de esa suerte,
Si no os quiero perdonar
Mi ofensa, pensais librar
Vuestra vida de la muerte,
¿No es evidente probanza
De que pensais que pretendo
Saber quién sois, remitiendo
Á otra ocasion mi venganza?

Pues si teniéndoos presente,
Pensais que no quiero aquí
Vengarme de vos por mí,
Dais á entender claramente,
Que os pretendo conocer,
Porque pueda en mi ofensor,
Lo que agora no el valor,
Hacer despues el poder.

DON FERNANDO.

Vuestro valor solo ha sido
El que me obliga á ocultarme;
Que supuesto que librarme
Prometistes, he creido
Que está seguro mi pecho
Esta vez de vos aquí;
Pues se ha de entender así
La promesa que habeis hecho.

MARQUÉS.

No: de mi palabra es esa
Muy larga interpretacion;
Conforme á la relacion
Se ha de entender la promesa.
Vos dijistes, que alterado
Os perseguia el lugar;
Dél os prometí librar,
Y dél os he ya librado;
Y vos mismo agora aquí
Confesastes que he cumplido
Mi palabra, y excedido
Aún de lo que os prometí.

Segun esto, no hay razon
Que declararos impida,
Si ha de quedar fenecida
La causa en esta ocasion.

DON FERNANDO.

En albricias de eso, os quiero
Besar los heróicos piés,
Porque si acaso, Marqués,
Aquí á vuestras manos muero,
Me será más conveniente
Que vivir sobresaltado
Siempre del duro cuidado
De un contrario tan valiente.
Y si os mato, á mi valor
Doy cuanto en la fama cupo,
Venciendo á quien nunca supo
Sino salir vencedor.
Y pues ya no me está mal
Decir mi nombre, yo soy
Don Fernando de Godoy,
De Córdoba natural.

MARQUÉS.

En vuestro valor advierto
La sangre que os ha animado.

DON FERNANDO.

Bien pienso que lo ha probado
Quien á vuestro hermano ha muerto,
Pues si con igual hazaña
Os mato, decir podré

Que en una noche quebré
Entrambos ojos á España.
Con esto os he declarado
Lo que mandais.

MARQUÉS.

Resta agora
Que digais lo que con Flora
Y don Sancho os ha pasado.

DON FERNANDO.

De vuestro hermano ya oistes
Que por quererme quitar
De una ventana el lugar
Que ocupaba, le perdistes.
En cuanto á Flor, lo primero
Pensad, que jamás su honor
Sufrió la duda menor;
Luego, como caballero
Y galan, me decid vos
Si, dado caso que fuera
Yo tan dichoso, que hubiera
Secretos entre los dos,
¿Diera el descubrillos fama
Á mi honor, si es, segun siento,
Inviolable sacramento
El secreto de la dama?

MARQUÉS.

Pues si callar os prometo,
El ser quien soy ¿no me abona?

DON FERNANDO.

No hay excepcion de persona
En descubrir un secreto:
En vano estáis porfiando.

MARQUÉS.

Advertid, que con callar,
Me dais más que sospechar
Que podeis dañar hablando,
Si al constante desvario
En que dais, de doña Flor
Os ha obligado el honor.

DON FERNANDO.

No me obliga sino el mio;
Ni temo que sospecheis
De su honor, por eso mal;
Que sois noble, y como tal
La sospecha engendraréis;
Y cuando no, de no hablar
Nace sospecha dudosa,
Siendo tan cierta y forzosa
La afrenta de no callar.
Y porque más adelante
No paseis, mi pecho es
En este caso, Marqués,
Un sepulcro de diamante.

MARQUÉS.

Ya no basta el sufrimiento;
(*Ap.* Que añade la resistencia

Á los celos impaciencia
Y furias al sentimiento.)
Mas con esta espada yo
El diamante romperé,
Y en vuestro pecho veré
Lo que en vuestra boca no. [*Acuchíllanse.*]

DON FERNANDO.

¡Ah Marqués! mucho valor
Pusieron en vos los cielos.

MARQUÉS. [*Ap.*]

La espada animan los celos,
Y el corazon el dolor. [*Abrázanse y luchan.*]

DON FERNANDO.

Si os igualo en valentía,
Vos en fuerza me excedeis.

MARQUÉS.

No os espante, cuando veis
La razon de parte mia. [*Cae debajo D. Fernando.*]

DON FERNANDO.

¡Ah cielos! Vencido soy.

MARQUÉS.

Decid, pues lo estáis agora,
Qué os ha pasado con Flora.

DON FERNANDO.

Resuelto á callar estoy.

MARQUÉS.

¿Que os resolveis en efeto,
Si con la muerte os obligo,
Á no decirlo?

DON FERNANDO.

Conmigo
Ha de morir mi secreto.

MARQUÉS.

Levantad ¡ejemplo raro
De fortaleza y valor!
¡Alto blason del honor!
¡De nobleza espejo claro!
Vivid: ¡no permita el cielo
Que quien tal valor alcanza,
Por una ciega venganza
Deje de dar luz al suelo!
Para con vos quedo bien
Con esto; pues si sabeis
Que sé que muerto me habeis
Mi hermano, sabeis tambien
Que cuerpo á cuerpo os vencí;
Y si ya pude mataros,
Hago más en perdonaros,
Pues tambien me venzo á mí.
Para con el mundo nada
Satisfago, si aquí os diera
Muerte, pues nadie supiera
Que fué la autora mi espada,
Por el secreto que ofrece

Esta muda obscuridad;
Y en tanto que la verdad
De mi ofensor se obscurece,
No tengo yo obligacion
De daros muerte, si bien
La tengo de inquirir quién
Hizo ofensa á mi opinion.
Guardáos, si viene á saberse
Que fuistes vos mi ofensor,
Porque en tal caso mi honor
Habrá de satisfacerse;
Miéntras no, para conmigo
No solo estáis perdonado,
Pero os quedaré obligado,
Si me quereis por amigo.

DON FERNANDO.

De eterna y firme amistad
La palabra y mano os doy.

MARQUÉS.

Don Fernando de Godoy,
Idos con Dios; y pensad
Que puesto que ya la muerte
De mi hermano sucedió,
Que más que á mí quise yo,
Os estimo de tal suerte,
Que trueco alegre y ufano,
Á mi suerte agradecido,
El hermano que he perdido
Por el amigo que gano.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el real alcázar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. EL MARQUÉS. DON PEDRO.

REY.

Marqués, cuando solicito
Consolaros deste mal,
Hallo que yo por igual
De consuelo necesito.
Vos perdistes un hermano,
Yo un amigo verdadero,
Por cuya lealtad y acero
Dí terror al africano;
Y advertiréis, que no yerra
La comparacion que he hecho,
Pues me defendió su pecho,
Y mi hermano me hace guerra.
Mas ¿teneis del agresor
Noticia? Que solamente
La pena del delincuente
Dará alivio á mi dolor.

MARQUÉS.

Hasta agora se ha ignorado
El homicida; mas yo,
Puesto que ya sucedió

El daño, y está probado
Que desnudaron los dos
Los aceros mano á mano,
Y dar á mi triste hermano
Ménos dicha quiso Dios,
Solo me holgára, señor,
Que el agresor pareciera
Para que á vos os sirviera
Un hombre de tal valor;
Que quien á mi fuerte hermano
Cuerpo á cuerpo matar pudo,
Pondrá á esos piés, no lo dudo,
Todo el imperio otomano:
Y así os pido, que los dos
Le perdonemos aquí;
Dalde vos perdon por mí;
Que yo se le doy por vos.

REY.

Hija de vuestro valor
Solo, y de vuestra amistad
Es tal accion. Levantad,
Caballerizo mayor.

MARQUÉS.

Pondré donde vos los piés
La boca.

REY.

Así he comenzado
A pagaros el soldado
Que darme quereis, Marqués.

MARQUÉS.

Tan recto os mostrais, señor,
Que aun los intentos pagais.

REY.

Y porque á mi cuenta hagais
Á quien debí tanto amor
Las exequias funerales,
Las alcabalas os doy
De Córdoba.

MARQUÉS.

Hechura soy
De esas manos liberales.
Pero decidme, señor,
Si habeis perdonado ya
Al agresor.

REY.

Bien está.

MARQUÉS. [*Ap.*]

¡Qué justicia!

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Qué valor!)
Mil años, Marqués, goceis
Tanto favor.

MARQUÉS.

Mi fortuna,
Señor don Pedro de Luna,
Que es vuestra tambien sabeis.

REY.

Don Pedro, haced prevenir
La caza al punto; que intento
Divertir mi sentimiento.

DON PEDRO.

Voite, señor, á servir. [*Vase.*]

ESCENA II.

EL REY. EL MARQUÉS.

REY.

¿Estamos solos?

MARQUÉS.

Señor,
Solo está tu majestad.

REY.

Siempre de vuestra lealtad
Fié el secreto mayor.
Marqués, don Pedro de Luna,
Segun informado he sido,
Con mi favor atrevido,
Y fiado en su fortuna,
Quebrantando la clausura
De mi palacio real,
Entra á gozar desleal
De una dama la hermosura.
Pena de la vida tiene:

Mi justicia le condena;
Mas no ejecutar la pena
Públicamente conviene;
Que tiene deudos y amigos
Sin número, y desa suerte
Cobrára con una muerte
Vivos muchos enemigos,
Cuando por las disensiones
De mi hermano, es tan dañoso
Ocasionar rigoroso
En mi reino alteraciones:
Y así, yo os mando, y cometo
Á ese valor y prudencia,
Que ejecuteis la sentencia
Con brevedad y secreto.

MARQUÉS.

Señor.....

REY.

No me repliqueis;
Obedeced y callad.
Conozco vuestra piedad,
Mi justicia conoceis. [*Vase.*]

ESCENA III.

EL MARQUÉS.

¿Qué justicia, qué rigor,
Si bien se mira, consiente
Castigar tan duramente
Yerros causados de amor?

Para ejecutor cruel
De la pena del que ha errado
Por amor ¡han señalado
Á quien yerra más por él!
Válgale al ménos conmigo
Saber la fuerza de amor,
Ya que en su alteza el rigor
Hace inviolable el castigo.
Válgale: pecho, trazad
Como tengais igualmente,
Ni piedad inobediente,
Ni ejecutiva crueldad;
Que entrambos fines consigo
Si algun medio puedo hallar
Con que dilate, sin dar
Enojo al Rey, el castigo;
Porque humane el tiempo en él
Este rigoroso intento,
Ó ponga otro impedimento
Á la ejecucion cruel. —
¡Ricardo!

ESCENA IV.

RICARDO. EL MARQUÉS.

RICARDO.

Señor.....

MARQUÉS.

¿Qué dice
De esa desdicha el lugar?

RICARDO.

Todo es sentir y llorar
Suceso tan infelice.
Ignórase el homicida;
Mas es público que Flora
Fué del daño causadora.

MARQUÉS.

Calla, Ricardo: en tu vida,
Si no quieres darme enfado,
Me nombres esa mujer.

RICARDO.

¿Qué dices?

MARQUÉS.

Esto has de hacer.

RICARDO.

¿Estás agora enojado?

MARQUÉS.

Resuelto, Ricardo, estoy.
Ni recado ni papel
De esa liviana infiel
Me dés ya.

RICARDO.

Á los cielos doy
Gracias por esa mudanza;
Que tú sabes que yo he sido

Quien siempre te ha persuadido
Que gozases tu privanza
Sin dar que decir de tí;
Y ya que resuelto estás,
Para que confirmes más
Este intento, escucha.

MARQUÉS.

Di.

RICARDO.

Otra vez dicen que dió
En Córdoba, habrá dos años,
Ocasion á grandes daños
Doña Flor, porque la halló
Su hermano (que ya sabrás
Su mucho valor) hablando
De noche con don Fernando
De Godoy.

MARQUÉS.

No digas más.
¡Que tan antiguo es el mal!
Lo dicho dicho, Ricardo:
No deje este amor bastardo
En mí la menor señal.
Ya mi hermano desdichado
Es muerto: casarme quiero;
Daré á mi casa heredero,
Daré quietud á mi estado.
Á doña Inés de Aragon
Quiero en palacio servir:

Que bien puede divertir
Su belleza y discrecion
El más firme pensamiento;
Y si merezco su mano,
Nunca bien más soberano
Alcanzó el merecimiento.

RICARDO.

Bien harás.

MARQUÉS.

Para que entiendas
Que arrepentirme no aguardo,
Toma esa llave, Ricardo,
Y los papeles y prendas
De Flor entrega al momento
Al fuego.

RICARDO.

Á servirte voy.

MARQUÉS.

Lleve sus cenizas hoy,
Pues lleva su amor, el viento. [*Vase Ricardo.*]

ESCENA V.

DON DIEGO. EL MARQUÉS.

DON DIEGO.

(*Ap.* Solo está: buena ocasion
De hablarle es esta.) Los piés
Os beso, señor Marqués.

MARQUÉS.

¡Señor don Diego!

DON DIEGO.

Aunque son
Tiempos tales dedicados
Solo á sentir y llorar,
No me dejan dilatar
Esta ocasion mis cuidados.
No os encarezco, señor,
Lo que este caso he sentido,
Porque ambos hemos tenido
Igual causa de dolor;
Que un hermano perdeis vos,
Yo una hermana. ¡Á Dios pluguiera
Que de la pérdida fuera
Igual el modo en los dos!
Pues es cosa conocida
Que es más pesada y más fuerte,
En quien es noble, la muerte
Del honor, que de la vida;
Y no sé, cuando os contemplo
De prudencia, de nobleza,
De justicia y fortaleza
Muro fuerte y vivo ejemplo,
Cómo es posible que fuí
Yo solo tan desdichado,
Que quien á todos ha honrado,
Solo me deshonre á mí.
Señor Marqués, Flor causó
La muerte de vuestro hermano;

Pero vuestro amor liviano
Causa á mi deshonra dió.
Conozco vuestro poder,
Vos conoceis mi valor,
Del rey los dos el rigor:
Mirad lo que habeis de hacer.

MARQUÉS.

Señor don Diego, testigo
Es el cielo soberano
Que de mi difunto hermano
No pudo el dolor conmigo
Lo que el pesar de haber dado
Causa, á que en su deshonor
Se hablase de doña Flor.
Bien lo mostró mi cuidado,
Pues primero la avisé
Que no hiciese novedad;
Primero desta ciudad
Á la justicia encargué
Que á vuestra casa guardase
Las debidas exenciones,
Y que en las informaciones
El nombre de Flor callase,
Que del muerto hermano mio
Causa en mí de tal dolor,
Me llevase el vivo amor
Á ver el cadáver frio.

DON DIEGO.

Confieso que ese cuidado
Os tengo que agradecer.

MARQUÉS.

Ya sucedió: no hay poder
Que revoque lo pasado.
Mi culpa yo os la confieso;
Pero si de amor sabeis,
No dudo que disculpeis
Con su locura mi exceso.
Solo falta dar un medio
Con que vos tengais seguro
Prevencion en lo futuro,
Y en lo pasado remedio.

DON DIEGO.

Eso intento.

MARQUÉS.

Ceda pues
Mi pasion á vuestro honor,
Á vuestra amistad mi amor,
Mi gusto á vuestro interés.
(*Ap.* Supuesto que yo conmigo
No ver á Flor proponia,
Con lo que de balde hacia,
Quiero ganar un amigo.)
Yo os doy, como caballero,
Palabra, no solamente
De oprimir mi amor ardiente,
Y de que tendrá primero
Nuevas de mi muerte Flor
Que indicios de mi cuidado;
Mas de no admitir recado,

Mensajero, ni favor
Que venga de parte suya;
Y porque si nota ha dado
Lo que mi amor le ha quitado,
Mi poder le restituya,
Haré que su majestad
Tanto, don Diego, os aumente,
Que hecho un sol resplandeciente,
Vuestra hermosa claridad
Ilustre á Flor, y en su llama
Los rayos vuestros consuman
Los vapores que presuman
Quitar la luz á su fama.

DON DIEGO.

Con esos dos medios voy
Seguro, y soy vuestro amigo.

MARQUÉS.

De cumpliros lo que digo
Otra vez palabra os doy.

DON DIEGO.

Pues porque os muestre mi pecho
Cuanto della se confía,
Estos testigos tenía
Del daño que me habeis hecho.....
(*Saca unos papeles y dáselos.*)
Tomaldos: ¡no quiera Dios,
Si á vuestro valor me obligo,
Que quiera yo más testigo
Que á vos mismo, contra vos!

MARQUÉS.

Pagaré esa confianza
Con amistad verdadera.

DON DIEGO.

Y la vuestra hasta que muera
Vivirá en mí sin mudanza. [*Vanse.*]

—

Calle.

ESCENA VI.

ENCINAS.

¡Válgate Dios, confusion
Y embeleco de Sevilla!
¿Es posible que se encubra
Don Fernando tantos dias,
Sin que ni deudos ni amigos
Dél me hayan dado noticia?
Mas es la corte, y en ella
Estas mañas son antiguas.
Un hombre conozco yo
Que es tahur, y desde el dia
Que á un desdichado inocente
En el garito emprestilla,
Se va al de otro barrio, que es
Como pasarse á Turquía:
Cursa en él hasta pegarle
Á otro blanco con la misma,

Y va visitando así
Por sus turnos las ermitas;
Y en acabando la rueda,
Se vuelve á la más antigua,
Donde, como los tahures
Se trasiegan cada dia,
Ó no va ya su acreedor,
Ó él hace del que se olvida,
Ó tiene conchas la deuda,
Del tiempo largo prescripta.

ESCENA VII.

DON FERNANDO, *de peregrino.* ENCINAS.

DON FERNANDO.

(*Ap.* Encinas está á la puerta
De Flor, y no pronostica
Estar en ella seguro
Mal suceso á mis desdichas.)
¡Hidalgo!....

ENCINAS.

¿Quién es?

DON FERNANDO.

Un hombre
Que saber de vos querria
Si vivís en esta casa.

ENCINAS.

¡Señor! Señor de mi vida!
¿Es posible que te veo?

DON FERNANDO.

Quedo. ¿No me conocias?

ENCINAS.

Tu voz conoció el oído;
Que no tu cara la vista:
Tanto el disfraz desfigura.

DON FERNANDO.

Huélgome; que algunos dias
Importa á ciertos intentos
Andar oculto en Sevilla.

ENCINAS.

¿No me dirás qué te has hecho?
¿Así te vas y me olvidas?
¿Á Encinas con la traspuesta?
¡Luego querrás que no diga
De los cordobeses mal!

DON FERNANDO.

Mal discurres, cuando admiras
Mi ausencia y estos disfraces;
Que en tanto que se averigua
Quién fué del valiente hermano
Del Marqués el homicida,
Me he de ocultar; que haber sido
Yo amante de Flor me indicia
De culpado: y así, quiero

Que en este caso me digas
Lo que pasa, qué hay de Flor,
Y qué se dice en Sevilla.

ENCINAS.

Como vino la mañana,
Y tú, señor, no venías,
Salí á buscarte, ofreciendo
Á Dios en hallazgo misas.
Hallé toda la ciudad
Alborotada y sentida
De la muerte de don Sancho;
Y que el vulgo discurria,
Ignorando el agresor,
Si bien la fama publica,
Que fué doña Flor la causa.
De aquí tomó la malicia
Ocasion de divulgar
La que en Córdoba ella misma
Dió por tí, agora há dos años,
Á semejantes desdichas.
Mas no por esto, á su casa
Se ha atrevido la justicia:
Del lastimado Marqués
Prevencion bien advertida;
Aunque della, y de no haber
Faltado algunos que digan,
Que el Marqués mismo ayudó
Á escaparse al homicida,
Y que ha pedido á su alteza
Que de perdonar se sirva
Al delincuente, hay algunos

Maliciosos que colijan,
Que quitaron á su hermano
Por órden suya la vida,
Por celos de doña Flor:
Congetura que confirman
Las circunstancias, pues fué
Sobre hablarla la mohina.
Este es el punto en que están
Estas cosas: de las mias
Sabrás que, desesperado
De no hallar de tí noticia,
Y apretado, Dios lo sabe,
De la pobreza enemiga,
Me resolví, y hoy de Flor
Vine á saber si sabía
De tí, y pedir que socorra
Mi necesidad esquiva.
Halléla triste, y hallé
Que su noble hermano habia
Tripulado los sirvientes,
Del juego de amor malillas.
Entró don Diego, y hallóme
Con ella; mas no hay quien finja
Artificiosos remedios
En desgracias repentinas,
Como la mujer. Al punto
Le dice Flor, que yo habia
Tenido, de que buscaba
Un escudero, noticia,
Y entré, por estar sin dueño,
Á pedir que me reciba.
Conocióme; que los dos

En la edad poco entendida
En Córdoba hicimos juntos
Más de dos garzonerías;
Y con esto quiso Dios
Que, ó nunca supo, ó se olvida
De que he sido tu criado,
Y el ser de su patria misma
Á justa piedad le mueve,
Y á recebirme le obliga.
Quedé por criado al fin
De don Diego de Padilla,
Si tan suyo como debo,
Tan tuyo como solía.

DON FERNANDO.

¿Que el Marqués pidió á su alteza
El perdon del homicida?

ENCINAS.

Así dicen.

DON FERNANDO.

(*Ap.* ¡Gran valor!
¡Por cuántos modos me obliga!)
Y el rey, ¿qué le respondió?

ENCINAS.

Con severidad esquiva
Dijo solo: «Bien está.»
Ya conoces su justicia.

DON FERNANDO.

¿Bien está? Pues no está bien.

En fin, ¿es don Diego, Encinas,
Tu dueño?

ENCINAS.

Desde hoy acá;
Más tu teniente dirias
Mejor. Ya ves, fué forzosa
La ocasion.

DON FERNANDO.

Que lo prosigas
Lo es tambien, por evitar
Sospechas.

ENCINAS.

Bien advertida
Prevencion.

DON FERNANDO.

Y porque salgas
Del empeño en que estos dias
Te habrás puesto, esa cadena
Recibe.
[*Dále una de las que le dió el Marqués.*]

ENCINAS.

Señor ¿es fina?

DON FERNANDO.

¿No lo parece?

ENCINAS.

En el pobre
Pasa el oro por alquimia.

DON FERNANDO.

Si quien me la dió supieras,
Su valor no dudarias.

ENCINAS.

¿Fué mujer?

DON FERNANDO.

No, sino un hombre
Á quien le debo la vida.

ENCINAS.

¿Cómo, señor?

DON FERNANDO.

Más espacio
Quiere el caso. Agora mira
Si puedo, porque me importa,
Hablar á Flor.

ENCINAS.

¿No decias
Qué renunciabas su amor?

DON FERNANDO.

Y otra vez lo digo, Encinas.
Otro es mi intento.

ENCINAS.

Pues entra;
Que agora no hay quien lo impida;

Que no tienen más criado
Que á mí. Sal presto, y evita
El peligro de su hermano;
Que yo me pongo en espía.

DON FERNANDO.

Ardiendo y temblando llego
Á mi adorada enemiga;
Que si mis celos me enojan,
Su enojo me atemoriza. [*Vanse.*]

—

Sala en casa de D. Diego.

ESCENA VIII.

DOÑA FLOR, *y luego* DON FERNANDO.

DOÑA FLOR.

¿Es posible que el Marqués
Ni me vea, ni me escriba?
¡Cielos! ¿Se venga celoso,
Ó agraviado se retira? [*Sale D. Fernando.*]
¿Qué es esto? ¿Quién es?

DON FERNANDO.

Es, Flor,
Quien de lo que ser solia
Solo tiene la memoria,
Porque de infierno le sirva.

DOÑA FLOR.

¿Es don Fernando?

DON FERNANDO.

¿Hasta agora,
Cruel, no me conocias?
¿Tan del todo tu mudanza
De mi firmeza te olvida?
¿Es posible que en un pecho
Á quien noble sangre anima,
Ya que la mudanza cupo,
Quepa tambien la mentira?
Falsa, ¿por qué me engañaste?
¿Por qué el infelice dia
Que, tras de tantos de ausencia,
Llegué más firme á tu vista,
No me distes desengaños,
Que remedian, si lastiman,
Aprovechan, aunque ofenden,
Y aunque atormentan, obligan?
Hiciéraslo si me quieres,
Porque guardase la vida,
Y si no, porque dejasen
De cansarte mis porfías.
¿Fué más cordura obligarme
Con tus palabras fingidas
Al peligro en que me viste,
Y á la desgracia que miras?
Más ¿cómo fueras ingrata?
¿Cómo fueras enemiga,
Cómo mujer, si no fueras
Contraria á la razon misma?

DOÑA FLOR.

Basta, don Fernando, basta;
Que te engañas si imaginas,
Anticipando tus quejas,
Cerrar el paso á las mias.
Si tú me cumplieras, falso,
La palabra prometida,
Mi fama y tu amor gozáran
Más quietos y dulces dias.
El secreto me juraste,
Y al primer lance, perdida
Ó la memoria ó la fé,
¿Me ofendes y lo publicas?

DON FERNANDO.

¿Yo lo he publicado?

DOÑA FLOR.

Sí;
Que lo mismo es que lo digan
Las obras que las palabras.
¿Tu lengua, aleve, podia
Decir más claro tu amor,
Que lo dijo vengativa
Tu espada, locos tus celos,
Precipitadas tus iras?

DON FERNANDO.

¡Bien por Dios! Lo que hice yo
Para obligar, ¡desobliga!
Para disculpar las tuyas
¿Finges, falsa, culpas mias?

Saqué la espada callando,
Puse á peligro la vida
Por no descubrirme á quien
Conocerme pretendia,
Solo por guardarte así
El secreto, ¡y tú lo aplicas
Á lo contrario! ¡Qué clara
Se conoce tu malicia!

DOÑA FLOR.

Evitáras el peligro,
Pues la resistencia vias,
Que á mayor publicidad
Daba ocasion tan precisa.
Dejáras el puesto, huyeras;
Que pues no te conocian,
Nada perdieras en ello.

DON FERNANDO.

Sin duda mi sangre olvidas.
Ser secreto prometí,
No cobarde; que no habia
De aceptar quien nació noble
Cosas que lo contradigan.
No importa no conocerme;
Que yo á mí me conocia,
Y la misma sangre noble
Es fiscal contra sí misma.
Y si tú me conociste,
¿Qué más ocasion querias?
¿Hay más mundo para mí?
¿Hay más honra? ¿Hay más estima?

DOÑA FLOR.

Conmigo nada perdieras,
Si por mi opinion lo hacias.

DON FERNANDO.

Conocida era la fuga,
La intencion no conocida;
Y accion que es mala por sí,
En duda la aplicarias
Á lo peor: claro está;
Que conozco mi desdicha.
Y dada ya la sospecha
De que tu amor merecia
Quien contigo á tu ventana
De noche hablaba, ¿no miras
Que á nadie infamára más,
Huyendo yo, que á tí misma,
Pues con causa te acusáran
De que á un cobarde querias?
¿Ves mi razon? ¿Ves tu afrenta?
¿Ves cómo quedas vencida?
¿Ves cómo de culpas tuyas
Hoy nacen las penas mias?
Tus engaños cometieron
El delito que me aplicas;
Que á no tener otro amante,
Y á no decir, fementida,
Que eras quien fuiste, no hubiera
Sucedido esta rüina.

DOÑA FLOR.

¿Yo otro amante?

DON FERNANDO.

Y aun querido;
Que nadie, sin que le admitan,
Celoso guarda la calle,
Furioso arriesga la vida.

DOÑA FLOR.

Desdeñado un poderoso,
Convierte el amor en ira.

DON FERNANDO.

En vano para conmigo
Falsas disculpas maquinas.
Quédate por siempre, ingrata,
Liviana, aleve, fingida,
Mudable, tirana, fiera,
Tigre hircana y sierpe libia;
Quédate; que solo vine
Á exhalar las llamas vivas
Que, de tu ofensa engendradas,
Dentro de mi pecho ardian,
Con decirte sola á tí
Tus infamias, tus mentiras,
Mudanzas y liviandades,
Ya que el ser quien soy me priva
De romper, con publicarlas,
La palabra prometida;
Que yo ofendido la guardo,

Y tú obligada la olvidas;
Y así para no ver más
Falsedades tan indignas
De quien eres y quien soy,
No me verás en tu vida. [*Quiere irse.*]

DOÑA FLOR.

¡Véte, ocasion de mis males,
Véte ¡y los cielos permitan
Que ni el eco de tu nombre
Vuelva otra vez á Sevilla!

DON FERNANDO.

¡Cómo, traidora, te huelgas
Que de tu amor me despida!
¿Mi nombre ofende tu oido,
Y mi presencia tu vista?
Pues ¡vive Dios, que por eso,
Aunque arriesgára mil vidas,
He de ser eternamente
Una sombra que te siga,
Porque me vengue en lo mismo
Con que á venganza me incitas!

DOÑA FLOR.

Pues yo, si en eso te vengas,
Sabré hacer.....

ESCENA IX.

ENCINAS. DICHOS.

ENCINAS.

Señora, mira
Que viene tu hermano.

DOÑA FLOR.

¡Ay triste!
Véte, Fernando.

DON FERNANDO.

Enemiga,
Mi muerte y la tuya espero.

ENCINAS.

Pues duélete de la mia.
Véte, señora á tu cuarto,
Y tú, señor, te retira
Á mi aposento.

DOÑA FLOR.

¿Veré,
Antes que muera, algun dia
Que por tu causa no tenga
Alborotos y desdichas?

DON FERNANDO.

Y yo ¿sin mudanzas tuyas
Veré alguno? [*Vase Doña Flor.*]

ENCINAS.

Señor, mira
Que llega don Diego.

DON FERNANDO.

Llegue,
Y ¡á sus manos vengativas
Muera yo, Encinas, primero
Que á las de su hermana viva!

ENCINAS.

Acaba; que á toda ley
Es bueno guardar la vida. [*Vanse.*]

—

Sala en casa de Doña Ana.

ESCENA X.

DOÑA ANA. INES.

DOÑA ANA.

¿Hácete Flor soledad?

INES.

Mal puedo, señora mia,
Sentirla en tu compañía.

DOÑA ANA.

Pagas, Ines, mi amistad.

INES.

Solo siento la tristeza
Que con mi ausencia padece.

DOÑA ANA.

Á fé que no la merece.

INES.

Es pension de su belleza.—
Pero ya viene el Marqués.

DOÑA ANA.

Bien su palabra ha cumplido.

ESCENA XI.

EL MARQUÉS. DICHAS.

MARQUÉS.

Alegre y desvanecido
Vengo á serviros.

DOÑA ANA.

Los piés
Os beso por tal favor.

MARQUÉS.

Comenzad pues á mandarme;
Que si quereis obligarme
Ese es el medio mejor.

Pedido me habeis que os vea:
Advertid, doña Ana hermosa,
Que no ha de ser para cosa
Que muy difícil no sea.

DOÑA ANA.

La nobleza y cortesía
Que en vos celebra la fama,
Porque es mujer la que os llama,
Disculpára su osadía;
Y eso mismo me asegura
Que tendrá en esta ocasion
Efeto mi pretension,
Y mi esperanza ventura.
Señor Marqués, doña Flor,
En cuyo constante pecho
Inhumano estrago han hecho
Vuestra ausencia y vuestro amor,
Como os habeis retirado
Tan del todo de sus ojos,
Que aun no alivia sus enojos
De parte vuestra un recado,
Está oprimida de suerte,
De pesar y sentimiento,
Que perdido el sufrimiento,
Pide el remedio á la muerte.
Yo, que estimo su amistad
Y en vuestra nobleza fio,
He tomado á cargo mio
Amansar vuestra crueldad.
Merezca una vez siquiera
Veros el rostro, por ser

Vos noble y ella mujer,
Y yo, Marqués, la tercera.

MARQUÉS.

(*Ap.* ¡Ay Flor! bien saben los cielos
Que á tantos rayos de amor,
Á no resistir mi honor,
No resistieran mis celos.
Dí mi palabra; ¡maldiga
El cielo al necio imprudente
Que con enojo presente
Á lo futuro se obliga!)
Señora, lo que pedís,
Á ser difícil lo haria;
Mas es, por desdicha mia,
Imposible.

DOÑA ANA.

¿Qué decís?

MARQUÉS.

Digo.....

ESCENA XII.

DON DIEGO y ENCINAS, *quedándose á la puerta, sin ser vistos.* DICHOS.

ENCINAS. [*Aparte á D. Diego.*]

Pues señor, ¿así
Te cuelas?

DON DIEGO.

Ya á la impaciencia

Se rindió la resistencia:
Mas el Marqués está aquí.

ENCINAS.

En Cantalapiedra has dado.

DON DIEGO.

Quedo. Pues no me han sentido,
Quiero aplicar el oido;
Que á celos toca el cuidado.

MARQUÉS.

Segun esto, no os espante
Mi resolucion.

DOÑA ANA.

Señor.....

MARQUÉS.

Tratarme agora de amor
Es ablandar un diamante.

DOÑA ANA.

Acabad; cesen enojos:
No puedan tanto los celos.

DON DIEGO. [*Ap.*]

¡Por Dios, que le ruega! ¡Cielos!
¿Tal vienen á ver mis ojos?

MARQUÉS.

Doña Ana, en vano os cansais.

DOÑA ANA.

Rogado ¿os endureceis?
No á la sangre que teneis
La condicion conformais.

DON DIEGO.

Ello es cierto.

MARQUÉS.

Lo que os pido
Es que no me trateis más
De esa materia.

DOÑA ANA.

Jamás
Me hubiera yo persuadido,
Si no lo llegára á ver,
Y áun lo dudo aunque lo toco,
Que con vos puedan tan poco
Los ruegos de una mujer.
¿No daréis, Marqués, lugar
Á las disculpas siquiera?

INES.

Esto es justo.

MARQUÉS.

Yo lo hiciera,
Si me pudiera mudar.

DOÑA ANA.

¡Maldiga Dios á don Diego,
Que á una determinacion
Tan cruel dió la ocasion!

ENCINAS (*Ap. á D. Diego.*)

¿Oyes esto, señor?

DON DIEGO.

¿Luego
El Marqués, por celos mios
La trata con tal rigor?
Ahora bien: ya que el amor
No ayuda mis desvaríos,
Á un engaño me apercibo
Con que, pues no soy dichoso,
Lo que no alcance amoroso,
Alcanzaré vengativo.
Aquí me importa que dés
Á entender, que eres criado
Del Marqués.

ENCINAS.

Ese cuidado
Me deja, que fácil es;
Que pues hasta aquí por tuyo
No me conocen, saldré
Con él, y así pasaré
Plaza de criado suyo.

DON DIEGO.

Pues al punto que él se ausente
Vuelve á entrar, y de su parte
Estos doblones reparte [*Dale un bolson.*]
En la familia sirviente
De doña Ana; y al que fuere

Más codicioso, dirás
Que el Marqués le ofrece más,
Porque esta noche le espere
Á la puerta de doña Ana;
Que á deshora quiere hablalle:
Y el secreto has de encargalle.

ENCINAS.

No será tu industria vana
Por mi parte

DON DIEGO.

Bien de tí
Sé lo que puedo fiar.
Yo quiero, por no causar
Sospechas, irme de aquí,
Pues no me han visto. [*Vase.*]

DOÑA ANA.

Bien sé
Que á doña Inés de Aragon
Servís ya.

MARQUÉS.

Y en su aficion
Vive contenta mi fé;
Mas con todo, si pudiera,
Os dejára más gustosa.

DOÑA ANA.

Nunca os pediré otra cosa,
Pues he errado la primera.

MARQUÉS.

¿Qué decis? Perdon os pido,
Y que os quejeis de esa suerte,
Si en mi pudiera la muerte
Lo que vos no habeis podido. [*Vase.*]

ESCENA XIII.

DOÑA ANA. INES. ENCINAS.

DOÑA ANA.

¡Terrible rigor!

ENCINAS.

Ines,
Quédate con Dios.

INES.

¿Aquí
Estabas, Encinas?

ENCINAS.

Sí;
Que vine con el Marqués.

INES.

¿Pues qué? ¿Le sirves?

ENCINAS.

Y soy
Quien priva más en su pecho.

DOÑA ANA.

Dime, Encinas, ¿qué se ha hecho
Don Fernando de Godoy?

ENCINAS. [*Volviéndose hácia la puerta.*]

¿Qué? ¿Me llama el Marqués? Sí.
Ya voy ¡Qué presto mé echó
Ménos! Juráralo yo:
No vive un punto sin mí.
Perdonad; hasta otro dia. [*Vase.*]

DOÑA ANA.

Buen gusto tiene el Marqués.

DOÑA INES.

Siempre con señores es
Feliz la bufonería. [*Vanse.*]

—

Sala en el real alcázar.

ESCENA XIV.

DON PEDRO.

¿Negocio tiene conmigo,
Cuando le da la aficion
De doña Ines de Aragon
En mí un oculto enemigo?
Él la sirve, y yo en secreto
La gozo, y he de callar,

No se venga á sospechar
El delito que cometo.
¡Gran tormento! Mas él viene.

ESCENA XV.

EL MARQUÉS. DON PEDRO.

MARQUÉS.

¡Señor don Pedro!

DON PEDRO.

En cuidado,
Señor Marqués, un recado
De parte vuestra me tiene
¿Hay en qué os sirva?

MARQUÉS.

Creed
Que pago vuestra amistad,
Y sé con la voluntad
Que en todo me haceis merced.
Hoy ha llegado un correo
(Ya lo sabreis) de Granada,
De la muerte desdichada
De don Miguel Carabeo,
Nuestro general valiente;
Y al punto, para ocupar
Tan importante lugar,
Hallé que era conveniente
Vuestra persona: mirad
Si os disponeis á acetallo,

Porque quiero consultallo
Luego con su majestad.
(*Ap.* Con este piadoso medio
Quiero dilatar su muerte;
Porque entre tanto la suerte
Le disponga otro remedio.)

DON PEDRO.

(*Ap.* Darme lo que yo no pido,
No teniéndole obligado,
Cuando sé que á nadie han dado
Cargo que no haya pedido,
No es por bien. ¿Qué fin tendrá
En ausentarme el Marqués?
Celos no de doña Ines;
Que oculto mi amor está.
Mi poder y su mudanza
Teme sin duda; alejarme
Quiere del rey, por cortarme
El hilo de mi privanza.)
Conozco la obligacion,
Marqués, en que me poneis;
Mas advertid, que dareis
De quejas justa ocasion,
Dándome lo que podrán
Pretender mil caballeros,
Cuyos valientes aceros
Terror á los moros dan.
Yo vivo alegre en mi estado:
Ni más grande, ni más rico
Quiero ser, y así os suplico
Me tengais por excusado.

MARQUÉS.

(*Ap.* ¡Triste de vos, que os perdeis!)
Esto al servicio conviene
Del Rey.

DON PEDRO.

Sin número tiene
Soldados en quien podeis
Tambien como en mí, el baston
Emplear.

MARQUÉS.

Decid ¿en quién?

DON PEDRO.

En el señor de Bailén.

MARQUÉS.

Parte á servir á Aragon.

DON PEDRO.

En don Sancho Marmolejo.

MARQUÉS.

Lleva á Francia la embajada.

DON PEDRO.

En don Francisco de Estrada.

MARQUÉS.

Está enfermo y es muy viejo.

DON PEDRO.

En don Fernando Manrique.

MARQUÉS.

Ocupaciones forzosas
Son las suyas en las cosas
Del infante don Enrique.
Yo, en fin, lo he mirado bien:
No me arguyais; aceptad
El cargo y mi voluntad,
Y advertid que os está bien.

DON PEDRO.

Más parece que os conviene
Á vos, segun me apretais.

MARQUÉS.

En eso no os engañais;
Que quien es mi amigo tiene,
Don Pedro, en mi corazon
Tanta parte, que deseo
Como propio, lo que veo
Que ha de aumentar su opinion.

DON PEDRO.

Yo agradezco la amistad;
Pero os advierto, Marqués,
Que para mí no lo es.

MARQUÉS.

(*Ap* ¡Oh quién pudiera!....) Mirad
Que os aconsejo.....

DON PEDRO.

No hableis
Misterioso. (*Ap.* En su porfía
Crece la sospecha mia.)
Y para que no os canseis,
Por último desengaño
Digo, que estoy satisfecho
De que trazais mi provecho;
Pero yo quiero mi daño.

MARQUÉS. [*Ap.*]

Cuanto resiste obstinado,
Tanto piadoso deseo
Remedialle, porque veo
Que yerra de enamorado.

DON PEDRO.

¿Mandais otra cosa?

MARQUÉS.

En esto
Pido solo que os mireis,
Y adios.

DON PEDRO. [*Ap.*]

Pues vos me quereis
Quitar del dichoso puesto

En que con el rey estoy,
Yo del vuestro os quitaré.

MARQUÉS. [*Ap.*]

De la muerte os libraré,
Ó no seré yo quien soy.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO Y ENCINAS, *de noche.*

DON DIEGO.

Solo aquel que tu hidalgo nacimiento,
Tu fuerte corazon, tu entendimiento
Y honrado proceder como yo sabe,
Confiára de tí caso tan grave.

ENCINAS.

Tu confianza á mucho más me obliga.

DON DIEGO.

¡Permita amor que mi intencion consiga!

ENCINAS.

Estará puntüal el escudero.
¡Qué gran negociador es el dinero!
Cercáronme al partir de los doblones,
Como á la flor la banda de abejones.

Con cada escudo que á cualquiera daba,
Un ojo á los demas se les saltaba;
Mas éste á quien dí parte de tu intento,
No vi miron de pintas más atento.
Veré si aguarda. [*Vase.*]

DON DIEGO.

Ayuda, noche oscura,
Á quien vengarse de un desden procura.
Pues doña Ana al Marqués adora, intento,
Fingiendo serlo, entrar en su aposento,
Donde, lo que no amor, me dé el engaño.
Loco estoy: remediar quiero mi daño;
Y á quien le pareciere exceso grave,
No me condene, si de amor no sabe.

ESCENA II.

ENCINAS, *que vuelve hablando con* UN ESCUDERO. DON DIEGO.

ENCINAS. [*Al Escudero.*]

Pues sabeis su poder y su privanza,
Tened de grandes premios confianza;
Mas sabedle obligar.

ESCUDERO.

¡Cómo! La vida
En servirle daré por bien perdida,
Porque de liberal y agradecido
Tiene el nombre que nadie ha merecido.

ENCINAS.

Llegad.

ESCUDERO.

¿Es el Marqués?

ENCINAS.

Sí.

ESCUDERO.

Señor mio,
¿Qué me quereis mandar?

DON DIEGO.

De vos me fío,
Y vos fiad de mí.

ESCUDERO.

Dejad rodeos,
Y probad en mis obras mis deseos.

DON DIEGO.

Doña Ana ¿está acostada?

ESCUDERO.

Y recogidos
Todos en casa ya.

DON DIEGO.

Sin ser sentidos,
Los dos hemos de entrar en su aposento.

ESCUDERO.

¿Qué pretendeis?

DON DIEGO.

Sin preguntar mi intento
Lo haced, para obligarme deste modo,
Que mi poder os sacará de todo.

ENCINAS.

Por él lo haceis, y él mismo os asegura.
No repliqueis; que os busca la ventura.

ESCUDERO.

Yo temo.....

ENCINAS. [*Ap. á D. Diego.*]

El carro gruñe, importaria
Untarlo.

DON DIEGO. [*Ap. á Encinas.*]

Hoy repartí cuanto tenia.
¿Tienes dinero tú?

ENCINAS.

No tengas pena:
Suplir puede la falta esta cadena,
Que me dió un amo á quien serví primero.
[*Da la cadena á D. Diego, y éste al Escudero.*]

DON DIEGO.

Pagaros parte de mi deuda quiero.
Tomad.

ESCUDERO.

¿Á quién no vencereis? Callando
Venid.

DON DIEGO. [*Ap.*]

Las luces mataré en entrando.

ENCINAS.

¡Dios nos saque con bien!

DON DIEGO.

Si los criados
Viéredes por ventura alborotados,
Y quisieren entrar, vos en mi nombre
Los detened y amenazad.

ESCUDERO.

No hay hombre
En esta casa, que por vos no muera.

ENCINAS. [*Ap.*]

¡Qué engañado se hallára quien lo hiciera!
[*Vanse.*]

—

Sala en el real alcázar.

ESCENA III.

EL REY. EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

No puede en esta ocasion
Ocupar persona alguna,
Como don Pedro de Luna
De general el baston;
Que vistos y examinados
Los demas en quien podeis
Emplearle, los teneis
Donde importan ocupados;
Y la valerosa espada
De don Pedro solamente
Basta á ceñiros la frente
Con el laurel de Granada.

REY.

Las órdenes que yo os doy
¿Ejecutais de esa suerte?

MARQUÉS.

Dispuesto á darle la muerte,
Como habeis mandado, estoy;
Mas por la nueva ocasion
Os le consulto de nuevo.

REY.

Marqués, la piedad apruebo;
Condeno la remision.

MARQUÉS.

Vos mandais que con secreto
Le mate; y bien podeis ver
Que no es fácil disponer
Con brevedad el efeto:
Y así, en mí la dilacion
No nace de resistencia,
Mas de buscar con prudencia
El tiempo á la ejecucion;
Fuera de que, bien mirado,
Alguna vez el rigor
De la justicia, señor,
Cede á la razon de estado.

REY.

Es así.

MARQUÉS.

Pues siendo así,
¿Dónde podrá la razon
Derogar la ejecucion
De la ley, mejor que aquí?
Con justa causa lo infiero,
Porque no es más conveniente
Castigar un delincuente,
Que ganar un reino entero.
Demas de que, no os privais

Así de cumplir con todo;
Que el castigo de este modo
Diferís, no perdonais;
Y pues que con ausentalle
El delinquir cesará;
Allá aprovecha, y acá
No daña el no castigalle.

REY.

Tiene en mí tanto valor
Ver en vos esa amistad,
Que se da, á vuestra piedad
Por vencido, mi rigor.
Vaya don Pedro á Granada;
Goce el honroso baston,
Más por vuestra intercesion
Que por su valiente espada.

MARQUÉS.

Es el más alto favor
Que de vuestra majestad
Recibí jamás.

REY.

Alzad,
Mi mayordomo mayor.

MARQUÉS

Hechura soy vuestra.

REY.

Quiero
Teneros siempre á mi lado;

Que pues el mundo me ha dado
Renombre de justiciero,
Por merecerle mejor,
Sin que el exceso me dañe,
Es bien que en todo acompañe
Vuestra piedad mi rigor.

ESCENA IV.

DON PEDRO. Dichos.

DON PEDRO. [*Ap.*]

En estando solo el rey
Le daré del caso cuenta;
Que pues derribarme intenta,
La defensa es justa ley.

MARQUÉS.

Don Pedro viene.

DON PEDRO.

Los piés
Me dé vuestra majestad.

REY.

Mi general, levantad.

DON PEDRO. [*Ap.*]

¡Qué clara muestra el Marqués
Su envidiosa emulacion!

REY.

Luego os partid á Granada;
Que importa allí vuestra espada.

DON PEDRO.

(*Ap.* Tomada resolucion,
No hay replicar, más cordura
Es mostrarme agradecido.)
De nuevo los piés os pido,
Donde hallé tanta ventura.

UNO. [*Dentro.*]

Detente, mujer, aguarda.

ESCENA V.

DOÑA ANA, *con manto.* DICHOS.

DOÑA ANA.

Los oidos y las puertas
Ha de tener siempre abiertas
Un rey que justicia guarda.
— Rey poderoso y sabio,
Recto, noble, católico y prudente,
Castigo del agravio,
De la virtud amparador valiente,
Á quien, por ser tan justo y tan severo,
Propios y extraños llaman justiciero:
Yo soy, señor invito,
Doña Ana de Leon, que los blasones
De mi estirpe acredito

Con montañesas bandas y leones:
De aquel árbol soy rama; siempre en ellas
Fulminaron desdichas las estrellas.
Don Fernando de Castro,
Asombro de las huestes otomanas,
Que á piras de alabastro
Da presuncion con sus cenizas vanas,
Me dió el sér y la dicha que importuna
Mira al merecimiento la fortuna.
Su fin arrebatado
Me dejó solo en orfandad funesta
Para elegir estado,
No la prudencia, sí la edad dispuesta;
Y así mi juventud poco entendida
Pasaba en muda confusion la vida,
Cuando no sé qué sino,
Qué adversa estrella, qué planeta airado,
Para mi mal, previno
Que al marqués don Fadrique, ese que al lado
Vuestro es Atlante desta monarquía,
Me fuese á visitar, á instancia mia.
Para un intento ajeno
Le llamé, bien lo sabe. ¡Quién creyera
Que allí el mortal veneno
De mi opinion y honestidad bebiera!
Bien dicen! que la suerte está constante
En tablas esculpida de diamante.
Despidióse, encubriendo
Su aleve intento, y ya determinado
Para el delito horrendo,
Se encomendó á la industria de un criado,
Y por su astuta mano, de los mios

Con dones conquistó los albedríos.
¿Cómo es posible, cómo,
Cuando ostentais la rigurosa espada,
Desde la punta al pomo
De incesable suplicio ensangrentada,
Que incurra en más culpable atrevimiento
Quien más de cerca mira el escarmiento?
Las cumbres ya del polo
Pisaba de traicion la negra autora,
Y yo en mi lecho solo
Los rayos aguardaba de la aurora,
Bañándome las urnas de Morfeo
En las dulces corrientes del Leteo,
Cuando el Marqués tirano
Mis castas puertas abre, poco fuertes
Á su pródiga mano,
Que esparce dones y amenaza muertes
Á la familia vil, miéntras al dueño
Vuestra justicia aseguraba el sueño.
Oculto de mi fama
El robador en la tiniebla obscura,
Llegó á mi honesta cama.
¡Ojalá fuera triste sepultura,
Y publicára la inscripcion sangrienta
Al mundo ántes mi fin, que yo mi afrenta!
De sus brazos apénas
Sentí el inusitado atrevimiento,
Cuando con voces llenas
De confusion, temor, duda y tormento,
Pido favor, pregunto quién me ofende:
Nadie responde, nadie me defiende.
Solo el Marqués aleve,

En baja voz, que al fin, como traidora,
Tímido aliento mueve,
«El marqués don Fadrique, soy, señora,»
Dijo; y porque á defensas me apercibo,
Fuerzas aplica á su furor lascivo.
Yo á su apetito ciego
Culpo humilde, resisto valerosa;
Enternecida ruego,
Amenazo cruel, lloro amorosa;
Vuestro rigor le traigo á la memoria,
Ultima apelacion de mi vitoria.
Ni amenazas, ni quejas,
Ni ruegos penetraron solo un grado
Por las sordas orejas
Al pecho en sus intentos obstinado;
Antes daba á su indómita violencia
Más insano furor mi resistencia:
Al fin, su fuerza mucha,
Débil mi cuerpo, mi defensa poca,
En la prolija lucha
Al pecho aliento y voces á la boca
Negaron: lo demas, si es bien contarlo,
La vergüenza lo dice con callarlo.
Luego el traidor Tarquino
Me dejó en cambio la tiniebla obscura;
Yo, con el desatino
De tan incomparable desventura,
Á tener al ladron tiendo los brazos,
Y á vanas sombras doy vanos abrazos.
Así quedé llorando
Sin mi culpa el ajeno desvarío,
La suerte blasfemando

Que á un tirano poder sujetó el mio;
Solo ya el pensamiento en mi venganza,
Fundo en vuestra justicia la esperanza.
¡Justicia, rey, justicia!
Muestre tanto más vivos sus enojos,
Cuanto es más la malicia
Del que sus aras ofendió á sus ojos,
Pues vibra Jove el rayo vengativo
Más ardiente al peñasco más altivo.
¡Pruebe el desnudo acero
Este que al cielo se atrevió gigante!
Y el nombre justiciero,
Que en el delito despreció arrogante,
Ya que no fué bastante á refrenallo,
¡Baste para vengarme y castigallo!

MARQUÉS.

Por el sagrado laurel
Que os ciñe la frente altiva,
¡Así coronada viva
Infinitos años dél!
Que es engaño y falsedad
Cuanto ha dicho.

DOÑA ANA.

¿Podrá ser,
Gran señor, que su poder
Obscurezca mi verdad?

REY.

No, doña Ana; mi corona
Fundo en tener la malicia

Refrenada. En mi justicia
No hay excepcion de persona.
¡Ah de mi guarda!

MARQUÉS.

Creed,
Gran señor.....

REY.

Marqués, callad.
En juicio vos le acusad;
Vos en juicio os defended.

ESCENA VI.

GUARDAS. DICHOS.

GUARDAS.

¿Qué mandais?

REY.

Vaya el Marqués
Preso al cuarto de la torre.

DON PEDRO. [*Ap.*]

La fortuna me socorre;
Moved, venganza, los piés.
La ocasion tengo en la mano
Para acumularle agora,
Que él, por los celos de Flora
Hizo matar á su hermano.

MARQUÉS.

¿Cómo, doña Ana, ha cabido
Tan gran traicion en tu pecho?

DOÑA ANA.

¿Cómo á negar lo que has hecho,
Tirano, te has atrevido?

MARQUÉS.

Ella está loca.

DOÑA ANA.

Él se fía
En su poder.

MARQUÉS.

Brevemente
Haré mi verdad patente.

DOÑA ANA.

Y yo probaré la mia. [*Vanse.*]

—

Calle.

ESCENA VII.

DON DIEGO. ENCINAS, *de donado francisco, con anteojos.*

ENCINAS.

¿Voy bueno?

DON DIEGO.

Encinas, advierte
Si es tu deuda conocida,
Pues cuando puedo mi vida
Asegurar con tu muerte,
Tanto de tu pecho fío,
Que dejo en esta ocasion
En tu lengua mi opinion,
Y mi vida en tu albedrío.

ENCINAS.

De hidalgos padres nací
En Córdoba; tú lo sabes,
Y que de mil casos graves
Honrosamente salí.
Fuera de que te asegura
Este disfraz y mi ausencia.
Si á tan dura contingencia
Viniese mi desventura,
Que me prendiesen, de mí
Puedes fiar, que primero

Mi pecho al verdugo fiero
Diera mil almas, que un sí.

DON DIEGO.

La vida á entrambos nos va.

ENCINAS.

Gran yerro, por Dios, hiciste.
¿Cómo, dí, no previniste
Lo que sucediendo está?

DON DIEGO.

No pensé que resistiera
Doña Ana, cuando emprendí
El engaño; ántes creí
Que alegre tálamo diera
Al Marqués. Vime en sus brazos,
Toqué marfiles bruñidos,
Gusté labios defendidos
Y gocé esquivos abrazos:
Creció el apetito, el fuego,
El furor..... Lo mismo hiciera
Si la espada al cuello viera,
Ó el amor no fuera ciego.

ENCINAS.

Él fué bocado costoso;
Mas paciencia, y al reparo;
Que Adan lo comió más caro,
Y á la fé ménos costoso.

DON DIEGO.

Tú, mi hermana, y yo no más,
Sabemos que me has servido:
Con que vivas escondido
Estoy seguro, y lo estás.

ENCINAS.

Eso importa, y la mancilla
Caiga en el pobre Marqués.

DON DIEGO.

Poderoso, Encinas, es,
Y saldrá al fin á la orilla.

ENCINAS.

Y la verdad le valdrá.

DON DIEGO.

Y á nosotros la prudencia,
La industria y la diligencia.

ENCINAS.

Adios: que desta se va
Fray Bartolo. Hasta la vuelta
Me arroja tu bendicion.
Mas escucha ese pregon;
Que anda la corte revuelta.

ESCENA VIII.

UN PREGONERO, *dentro*. DICHOS.

PREGONERO. [*Dentro.*]

«El rey, nuestro señor, promete dos mil ducados »á quien entregare preso á Juan de Encinas, natural »de Córdoba; y á él mismo, si se presentare, con »perdon de todos sus delitos; y manda que nadie le »ampare ni encubra, pena de la vida. Mándase pre»gonar porque, etc.»

ENCINAS.

¿Qué dices del pregoncete
Y de los dos mil?

DON DIEGO.

De prisa
Debe de andar la pesquisa.
Encinas, amigo, véte.

ENCINAS.

¡Dos mil ducados y verme
Seguro de esta afliccion!
¡Por Dios, que es gran tentacion!
Muy cerca está de vencerme.

DON DIEGO.

¿Qué es lo que dices?

ENCINAS.

Si puedo
Pescar esta cantidad
Y vivir con libertad,
¿Quién me mete en tener miedo,
Andar retirado y solo,
Fugitivo, alborotado,
Bandido y sobresaltado,
Hecho el hermano Bartolo?
Señor, perdona: allá va
Tu disfraz y tu dinero. [*Hace que se desnuda.*]

DON DIEGO.

¿Estás loco? Tente.

ENCINAS.

Quiero,
Pues Dios su mano me da,
Verme libre de pobreza
Y justicia.

DON DIEGO.

¿Esta es lealtad?
¿Esta es ley?

ENCINAS.

La caridad,
Señor, de sí misma empieza.

DON DIEGO.

Yo te daré mucho más
De mi hacienda.

ENCINAS.

¿Y el perdon
De mi culpa?

DON DIEGO.

¿Del pregon
Te fías?

ENCINAS.

Pues ¡qué! ¿dirás
Que es engaño?

DON DIEGO.

Sí.

ENCINAS.

En los reyes
La palabra es ley.

DON DIEGO.

No hay ley,
Encinas, que obligue al rey,
Porque es autor de las leyes.

ENCINAS.

Cuando en público se obliga,
Empeña su autoridad.

Resuelto estoy. ¡Libertad!
¡Libertad! [*Hace que se desnuda.*]

DON DIEGO.

¡Suerte enemiga!
¡Mirad de quién me he fiado!
¡Muera yo, pues que indiscreto
Quise fiar mi secreto!

ENCINAS.

Lindamente la has tragado.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

ENCINAS.

Tu confianza
Probé con este picon.

DON DIEGO.

Muy pesadas burlas son;
Pero nunca tu mudanza
Creí del todo.

ENCINAS.

Señor,
Tienen los pobres criados
Opinion de interesados,
De poco peso y valor.
¡Pese á quien lo piensa! ¿andamos
De cabeza los sirvientes?
¿Tienen almas diferentes

En especie nuestros amos?
Muchos criados ¿no han sido
Tan nobles como sus dueños?
El ser grandes ó pequeños,
El servir ó ser servido,
En más ó ménos riqueza
Consiste sin duda alguna,
Y es distancia de fortuna,
Que no de naturaleza.
Por esto me cansa el ver
En la comedia afrentados
Siempre á los pobres criados.....
Siempre huir, siempre temer.....
—Y por Dios que ha visto Encinas
En más de cuatro ocasiones
Muchos criados leones
Y muchos amos gallinas.

DON DIEGO.

Bien dices. Véte con Dios,
Y más peligro no esperes.

ENCINAS.

Adios; que donde murieres
Hemos de morir los dos. [*Vase D. Diego.*]
Hoy han de ser restaurados
En su opinion, por mi fé,
Los que sirven; hoy seré
Un Pelayo de criados.

—

ESCENA IX.

INES *con manto*; Y DON FERNANDO. ENCINAS.

INES.

Oye, hermano.

ENCINAS. [*Ap.*]

(¡Pese á mí.)
Ines y Fernando son.

INES.

Tenga.

DON FERNANDO.

Escuche. ¿Qué pregon
Es el que se ha dado aquí?
Que importa sabello.

INES.

Él es
Sordo, ó tonto.

ENCINAS. [*Ap.*]

¡Que haya sido
Tan desdichado! Perdido
Soy, si me conoce Ines.

DON FERNANDO. [*Ap.*]

El cielo en él retrató
Á Encinas.

ENCINAS. [*Ap.*]

Aquesto es hecho.

INES. [*Ap.*]

Otra vez, segun sospecho,
Esta cara he visto yo.

ENCINAS. [*Ap.*]

Acabóse: el mismo diablo
Los trajo aquí. Deste modo
Me escaparé; que del todo
Me han de conocer, si hablo.
[*Hácese cruces y vase.*]

ESCENA X.

INES. DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

Tenga.

INES.

Aguarde.

DON FERNANDO.

Tentacion
Debes de darle sin duda,

Pues, hace la lengua muda,
Cruces en el corazon.

INES.

¿Yo tentacion?

DON FERNANDO.

Juraria
Que era Encinas.

INES.

Yo tambien.

DON FERNANDO.

Mas á serlo, yo sé bien
Que no se me encubriria.

INES.

Otro nos informará.

DON FERNANDO.

Prosigue.

INES.

Hanle acumulado,
Á la fuerza, que ha mandado
Matar su hermano, y está
Probado ya, que escondió
El mismo al fiero homicida:

Y aún dicen más; que la vida
Al matador le quitó
Para encubrillo.

DON FERNANDO.

¡Qué engaño!

INES.

Apretado está el Marqués:
Don Pedro de Luna es
Quien le ha hecho todo el daño,
Por ser su competidor
En privanza.

DON FERNANDO.

¿No fué ya
Á Granada?

INES.

Ya estará
Dando á los moros temor.

DON FERNANDO.

¡Qué notables extrañezas
Me cuentas!

INES.

¿Dónde has estado,
Que esto ignoras?

DON FERNANDO.

Retirado
Me han tenido mis tristezas.

INES.

Si las ha causado Flor,
Muda intento por tu vida;
Que el Marqués, aunque la olvida,
Es quien la abrasa de amor.

DON FERNANDO.

Hasta agora pensé yo
Que era su hermano el amante
De Flor.

INES.

Causa bastante
Su muerte á ese yerro dió:
Y adios; que el tiempo no es mio,
Con las desdichas que ves.

DON FERNANDO.

Lo que en mí has tenido, Ines,
Tendrás siempre.

INES.

Así lo fío. [*Vase.*]

ESCENA XI.

DON FERNANDO.

¿Qué hemos de hacer, corazon,
En un tan confuso estado?
El que la vida me ha dado,
Por mi culpa está en prision.

Á Flora perdí por él;
Mas él ¿en que me ofendió,
Si mi aficion ignoró?
Palabra de amigo fiel
Le dí y me dió, y ha cumplido
Él la suya: pues mi vida
Será primero perdida,
Que yo en amistad vencido. [*Vase.*

—

Salon de palacio.

ESCENA XII.

EL REY y UN SECRETARIO.

REY.

Esto es justicia.

SECRETARIO.

Señor,
Por indicios solamente
¿Ha de morir un pariente
Vuestro, de tanto valor?

REY.

No os dé necia confianza
Ser sus delitos dudosos,
Que contra los poderosos
Los indicios son probanza.
Contra el Marqués, ¿qué testigo

Quereis vos que se declare,
Sin que el temor le repare
De tan valiente enemigo?
Fuera de que, muchos son
Los indicios y vehementes;
Y estos dos son accidentes
Que hacen plena informacion.
Pruébase, que el mismo dia
Á doña Ana visitó;
Que á su gente repartió
Dineros cuando salia.
La cadena que al criado
Á abrir obligó la puerta,
Era suya, cosa es cierta:
Tres testigos lo han jurado.
Demas desto, le condena
La pública voz y fama;
Tirano el vulgo le llama,
Y á voces pide su pena;
Que por más justo que sea,
Siempre aborrece al privado,
Y como ocasion ha hallado,
Hace ley lo que desea.
Juzgad agora si quiero
Con razon y causa urgente,
Castigar un delincuente
Y aquietar un reino entero.
(*Ap.* Para aclarar la verdad
Conviene tanto rigor,
Y hoy la experiencia mayor
Tengo de hacer.) Escuchad.

[*Habla al oido al secretario, y vase éste.*]

ESCENA XIII.

DON PEDRO Y SOLDADOS, *con banderas moriscas, arrastrando á son de cajas.* EL REY.

DON PEDRO.

Vuestra majestad me dé
Sus piés.

REY.

Don Pedro de Luna,
¿Qué es esto?

DON PEDRO.

Que hoy la fortuna
Africana os besa el pié.
Supo el moro de Granada
La muerte del general
Don Miguel; mas por su mal
Se le encubrió mi llegada
Al campo, que sin cabeza
Juzgó engañado: embistió
Animoso; mas venció
Brevemente vuestra alteza.
Vuestra es Granada y su tierra;
Y así yo á serviros vengo
En la paz, porque no tengo
Que hacer agora en la guerra.

REY.

Servicio tan excesivo
En extremo me ha obligado:

Y así con igual cuidado
Á premiaros me apercibo;
Y por justo galardon
De la vitoria que gano
Hoy por vos, os doy la mano
De doña Ines de Aragon.

DON PEDRO.

Es el premio sin medida.

REY.

Lo que en dote quiero daros
No ménos ha de alegraros.

DON PEDRO.

Ya lo espero.

REY.

Es vuestra vida.

DON PEDRO.

¡Mi vida! ¿Cómo, señor?

REY.

Id al marqués don Fadrique,
Y decidle que os explique
Su piedad y vuestró error.

DON PEDRO.

Vos ¿no podeis declarallo?

REY.

Tanto á castigar me incito,
Que sé, si nombro el delito,
Que no podré perdonallo.

DON PEDRO.

El Marqués no lo dirá,
Si fué entre los dos secreto,
Sin un firmado decreto.

REY.

Este sello lo será; [*Dale una sortija.*]
Y hoy conocereis la fé
De quien habeis perseguido.

DON PEDRO [*Ap.*]

El rey sin duda ha sabido
Que el palacio quebranté. [*Vanse.*]

—

Sala en casa de Doña Flor.

ESCENA XIV.

DON FERNANDO. DOÑA FLOR.

DON FERNANDO.

Yo sé, hermosa doña Flor,
Que al Marqués tu pecho adora;
No vengo á quejarme agora

De tu mudanza y su amor;
Que la desesperacion
Ha dado muerte al cuidado.

DOÑA FLOR.

Nunca más rayos ha dado
De su luz tu discrecion.

DON FERNANDO.

Solo vengo á que me dés
Relajacion del secreto
Que te ofrecí, y te prometo
Darte libre á tu Marqués.

DOÑA FLOR.

Pues cuando puedas libralle
De la muerte de su hermano
Que le imputan, ¿no está llano
Que es imposible excusalle
La que espera, condenado
Á ella ya por el exceso
De la fuerza?

DON FERNANDO.

Flor, en eso
Deja el cargo á mi cuidado.

DOÑA FLOR.

Si la libertad así
Ha de conseguir, supuesto

Que nunca el favor honesto
Cuando te quise excedí,
Y que solo te encargué
Que el amor nuestro callases,
Porque al Marqués no estorbases
Que la mano que esperé
Me diese, y ya lo ha sabido,
No hay en ello qué perder:
Y así, puedes ya romper
El secreto prometido.

DON FERNANDO.

Yo aceto la permision;
Que hoy pienso al mundo mostrar
De qué modo han de pagar
Los nobles su obligacion.

DOÑA FLOR.

Bien ves si cumplo la mia,
Pues que pudiendo librallo
Con hablar, padezco y callo
Por la que yo te tenia.
Líbrale, y me pagarás
Lo que me debes en esto.

DON FERNANDO.

De agradecido muy presto
La prueba mayor verás. [*Vase Doña Flor.*]

ESCENA XV.

DON DIEGO. DON FERNANDO.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¡Encinas preso! Yo soy
Perdido, confesará
Sin duda.....) Mas aquí está
Don Fernando de Godoy.

DON FERNANDO.

Con diligencia os buscaba,
Señor don Diego.

DON DIEGO.

¿Hay en qué
Os sirva?

DON FERNANDO.

Oid, y os diré
La ocasion que me obligaba.
Vos no debeis ignorar
Del Marqués el triste estado.

DON DIEGO.

No.

DON FERNANDO.

Pues la vida me ha dado,
Y la vida le he de dar.

DON DIEGO.

Es justa correspondencia.
Pero yo, ¿qué parte soy
En esto?

DON FERNANDO.

Informado estoy
Que el revocar la sentencia,
Que á muerte le ha condenado
Por la fuerza, está no más
De en probarse, que jamás
Encinas fué su criado.
Á mí me consta, que el dia
Que el delito sucedió
Á que Encinas ayudó,
Á vos, don Diego, os servia,
Y me consta que habeis sido
Ciego amante de doña Ana;
Y así es congetura llana
Que vos lo habeis cometido.

DON DIEGO.

Quien dijere.....

DON FERNANDO.

Detened
El arrojado furor,
Y para prueba mayor
De lo que digo, sabed

Que yo por mis ojos vi
Hablar á vuestro criado
En hábito disfrazado
Con vos mismo; y aunque allí
Con el disfraz me engañó,
Porque no estaba advertido
Del caso, haberlo sabido
Del engaño me sacó.
Mirad lo que habeis de hacer,
Sin fiaros del secreto,
Porque el Marqués en efeto
Por vos no ha de padecer;
Y más cuando ya ocultar
No es posible vuestro exceso,
Pues está ya Encinas preso,
Y al fin lo ha de confesar.

DON DIEGO. [*Ap.*]

¿Qué he de hacer? La culpa es grave:
Noble y mujer la ofendida:
Justiciero el rey..... Perdida
Miro esta mísera nave,
Entre fieras tempestades
É inevitables bajíos.
¡Oh terribles desvaríos
De amorosas ceguedades!

DON FERNANDO.

Don Diego ¿qué os deteneis
En discursos sin provecho?

Disponed el noble pecho
Que tan sin remedio veis,
Haciendo en esta ocasion
Virtud la necesidad,
Á una bizarra piedad
Que os dé inmortal opinion.

DON DIEGO.

¿Cómo?

DON FERNANDO.

Si os sentís culpado,
Pues encubrillo quereis
En vano, cuando sabeis
Que han preso á vuestro criado,
Antes que él venga, haced vos
Lo que yo, y en las historias
Borrarémos las memorias
De ajena fama los dos.

DON DIEGO.

¿Que lo que vos haga?

DON FERNANDO.

Sí.

DON DIEGO.

Empezadlo á disponer;
Que vos, ¿qué podeis hacer
Que no me esté bien á mí?

DON FERNANDO.

Pues venid conmigo.

DON DIEGO.

Voy.
(*Ap.* La fuerza haré voluntad.)

DON FERNANDO.

De agradecida amistad
Claro ejemplo al mundo soy. [*Vanse.*]

—

Sala en la cárcel donde está preso el Marqués.

ESCENA XVI.

EL REY Y EL SECRETARIO, *á una ventana ó mirador, que da á la prision.*

SECRETARIO.

Don Pedro entró á visitar
Agora al Marqués, señor.

REY.

Deste oculto mirador
Á los dos quiero escuchar.
Vos haced lo que ordené.

SECRETARIO.

Voy al punto. [*Vase.*]

REY.

La experiencia
De la culpa ó la inocencia
Del Marqués, con esto haré.

ESCENA XVII.

EL MARQUÉS. DON PEDRO. EL REY, *oculto en el mirador.*

MARQUÉS.

Pues el sello me enseñais
De su alteza, su decreto
Obedezco, y el secreto
Os diré que preguntais.
Supo el Rey que desleal,
Don Pedro, en la noche obscura
Quebrantásteis la clausura
De su palacio real;
Y por causas que advirtió
(*Ap.* Estas no pienso decille;
Que no es justo descubrille
Que su majestad temió),
Determinó su rigor
Daros la muerte en secreto:
Y así, cometió el efeto
De su intento á mi valor.
Mas yo, vuestro firme amigo,
Piadoso empecé á trazar
Medios para dilatar,

Hasta evitar el castigo.
Dios, que ayuda liberal
La bien fundada intencion,
Quiso entónces que el baston
Vacase de general,
Porque mi amistad fiel,
Venciendo la voluntad
Vuestra y de su majestad,
Os diese la vida en él.

DON PEDRO.

Basta: no querais que el pecho
Me rompa el dolor extraño,
Antes que remedie el daño,
Que sin razon os he hecho.
Marqués, quitadme la vida
Que engañada os ha ofendido,
Y como víbora ha sido
De quien se la da, homicida.
Perdonadme, ¡ejemplo raro
De valor y de piedad!
¡Símbolo de la amistad!
De nobleza espejo claro.
¡Gloria del nombre español!
Perdonadme; que pensando
Que vuestro pecho, envidiando
Verme tan cerca del sol
Gozar de los rayos bellos
De su favor y privanza,
Maquinaba mi mudanza
Cuando me apartaba dellos,
Os he perseguido: tal

Es de la envidia el rigor,
Que della aun solo el temor
Es bastante á tanto mal.

ESCENA XVIII.

DON FERNANDO. DON DIEGO. DOÑA FLOR, *con manto.* EL MARQUÉS. DON PEDRO. EL REY, *en el mirador.*

DON FERNANDO.

Esperad; que hablando están
Él y don Pedro de Luna. [*Quédase á la puerta.*]

DON PEDRO.

Mas ni tiempo ni fortuna
De vos, Marqués, triunfarán,
Si yo puedo. Condenado
Estais á muerte, severo
Rigor del rey justiciero;
Vos la vida me habeis dado;
Á vos os debo el baston
Y la alcanzada vitoria,
Y por vos llego á la gloria
De doña Ines de Aragon:
La vida y la libertad
He de daros.

MARQUÉS.

Para hacello,
¿Qué imaginais?

DON PEDRO.

Pues el sello

Tengo de su majestad,
Sacaros de la prision
Quiero con él, y quedar
Yo en ella para mostrar
Que es amistad, no traicion,
Por quien cometer ordeno
Tal error contra su alteza.

REY. [*Ap.*]

Agradezco la fineza,
Si la deslealtad condeno.

DON PEDRO.

¿Qué decís?

MARQUÉS.

Que ese ha de ser
Mayor daño de los dos;
Que si quedais preso vos,
Yo, don Pedro, ¿qué he de hacer
Sino á la misma prision
Volverme para libraros?
Pues de otra suerte pagaros
No podré esta obligacion.
Demas que, estoy confiado
De que al fin ha de librarme
Mi inocencia; y ausentarme
Es confesarme culpado.

DON PEDRO.

No es sino el golpe evitar
Que tan cerca os amenaza.

MARQUÉS.

Pues decidme vos, ¿qué traza
Del rey me puede librar?
¿No ha de volver á prenderme,
Y desta culpa tendréis
La pena, sin que logreis
El fin de favorecerme?

DON PEDRO.

¿Pues no hay, marqués don Fadrique,
Otros reinos? Y está claro
Que alegre os dará su amparo
El infante don Enrique.

MARQUÉS.

Don Pedro, ¡no quiera el cielo,
Cuando está toda la tierra
Ardiendo en contínua guerra,
Que yo vaya á dar recelo
Y duda de mi lealtad,
Por huir cierto castigo,
Buscando en reino enemigo
De mi rey, la libertad!
No: muy mal lo habeis mirado;
Que menor inconveniente
Será morir inocente
Que vivir mal opinado.

REY. [*Ap.*]

¡Gran valor!

DON PEDRO.

¿Qué haréis, supuesto
Que hoy, si el mal no se remedia,
Vuestra mísera tragedia
Verá el teatro funesto?

MARQUÉS.

¿Qué? Morir, si castigar
Sufre el cielo la inocencia.

ESCENA XIX.

EL SECRETARIO Y DOÑA ANA, *con manto.* EL MARQUÉS. DON PEDRO. DON FERNANDO. DON DIEGO Y DOÑA FLOR, *á una puerta;* EL REY *en el mirador.*

SECRETARIO.

Mostrad, Marqués, la paciencia
Que el valor suele adornar;
Que al punto manda su alteza
Que, pues vuestra culpa es llana,
Le deis la mano á doña Ana,
Y al verdugo la cabeza.

REY. [*Ap.*]

Si resiste al casamiento
Á vista ya de la muerte,
De su inocencia me advierte.

MARQUÉS.

Morir sin casarme intento:
Llegue el verdugo inhumano
Á ser mi fiero homicida;
Que al cielo debo la vida,
Mas no á doña Ana la mano.

DOÑA ANA.

¡Hay tal maldad!

SECRETARIO.

Del suplicio
Ya los ministros aguardan.

MARQUÉS.

Pues, secretario, ¿qué tardan?
Vamos: haced vuestro oficio.
[*Adelántanse D. Pedro y D. Fernando.*]

DON PEDRO.

Aguardad.

DON FERNANDO.

¡No quiera Dios
Que padezca un inocente!

DON DIEGO.

¡Muera solo el delincuente!

SECRETARO.

Pues ¿quién lo ha sido?

DON FERNANDO Y DON DIEGO.

Los dos.

DON DIEGO.

Yo ciego, loco, abrasado,
Fuí, doña Ana, el robador
Oculto de vuestro honor.
Encinas fué mi criado,
No del Marqués; bien lo sabe
Don Fernando de Godoy
Y Flora.

DON FERNANDO.

Testigo soy.

DOÑA FLOR.

Yo tambien.

DON FERNANDO.

Y porque acabe
Esta ciega confusion,
Yo á Encinas di la cadena,
Por quien al Marqués condena
La vehemente presuncion;
Que el Marqués me la dió á mí
La noche que yo á su hermano
Maté; que fué tan humano
Cuanto yo inhumano fuí;

Pues no solo perdonó
La ofensa, pero piadoso,
Magnánimo y generoso,
Del peligro me sacó;
Y tal su valor ha sido,
Que el cuchillo ya presente,
Antes morir inocente
Que condenarme, ha querido.
Tanto le debo; y así
Me acuso yo por pagarle
Muriendo por él, y darle
La vida que él me dió á mí.
Yo maté á su hermano, yo;
Y la malicia ha mentido
Cuando informar ha querido
De que el Marqués lo ordenó:
Yo le maté; culpa es mia,
Porque me quiso agraviar,
Echándome del lugar
Que en la ventana tenia
De doña Flor, á quien sigo
Tres años há firmemente,
Si mal pagado: presente
Está solo á ser testigo.
Decildo, Flor.

DOÑA FLOR.

Esta es
La verdad.

DON FERNANDO.

Pues confesamos,

Los dos culpados muramos,
Y no sin culpa el Marqués.

SECRETARIO. [*Ap.*]

¡Gran valor!

REY. [*Ap.*]

Notable hazaña.

DON PEDRO.

Libre estáis, Marqués.

MARQUÉS.

No estoy.
Agora, don Pedro, soy
Con fineza tan extraña
Más preso; que ántes lo era
Del cuerpo, y del alma ya,
Que es noble; y ántes dará
Mil vidas, que consintiera
Que dén la muerte á los dos,
Que por mí la vida ofrecen.

DON PEDRO.

Ellos con razon padecen,
Y estais inocente vos.

MARQUÉS.

Yo, don Pedro, solo veo
Que por mí se han ofrecido:
Esta deuda he conocido,
Y esta pagarles deseo.

DON FERNANDO.

Los dos somos los culpados.

DON DIEGO.

El que delinquió padezca.

REY. [*Ap.*]

De mi justicia amanezca
El sol entre estos nublados. [*Vasè del mirador.*]

ESCENA XX.

EL SECRETARIO. DOÑA ANA. EL MARQUÉS. DON PEDRO. DON FERNANDO. DON DIEGO Y DOÑA FLOR.

DOÑA FLOR.

¡Qué pena!

DOÑA ANA.

¡Qué confusion!

DON FERNANDO.

Señor secretario, dad
Noticia á su majestad
De esta nueva dilacion,
Y él en todo ordenará
Lo que importe.

MARQUÉS.

Deteneos.

SECRETARIO.

Señor Marqués, resolveos:
Que se pasa el plazo ya
Que para la ejecucion
Señaló su majestad.

DON PEDRO.

Yo voy á hablarle.

ESCENA XXI.

EL REY. Dichos.

REY.

Aguardad.

SECRETARIO.

El rey.

DON PEDRO.

Haced relacion,
Secretario, deste caso.

REY.

Á todo he estado presente.

DON PEDRO.

Sol de España, cuyo oriente
No teme el obscuro ocaso,
Vuestra grandeza mostrad:

Ó en el público teatro
Dad la muerte á todos cuatro,
Ó á todos los perdonad.

VOCES. [*Dentro.*]

Entrad.

REY.

¿Qué es esto?

ESCENA XXII.

DOS GUARDIAS, *con* ENCINAS, *en hábito de donado.* DICHOS.

UN GUARDIA.

Este es
Juan de Encinas, el criado
Que prender habeis mandado
Por el caso del Marqués.
Ó está loco ó finge estallo;
Que desde que le prendimos,
Sólo á cuanto le decimos
Nos da por respuesta: Callo.

DON DIEGO.

Yo estoy de tu lealtad,
Encinas, bien satisfecho;
Mas ya niegas sin provecho:
Decir puedes la verdad,

Supuesto que ya mi error
He confesado.

ENCINAS.

Con eso
Yo tambien, señor, confieso
Que es don Diego quien su honor
Le robó á doña Ana, y yo
Quien fingiendo ser criado
Del Marqués, por su mandado
Los de su casa engañó.

DON FERNANDO.

Dí lo que sabes de Flor
Y de mí.

ENCINAS.

Su amante has sido
Tres años, y no ha tenido
Más que esperanza tu amor.

DON PEDRO.

Así está ya la verdad
Bien clara, señor; pues ves
Las disculpas de los tres,
Muestra en ellos tu piedad.

DOÑA FLOR.

Perdona, amiga, á mi hermano:
Queda con honra y casada,
Y no sin ella y vengada.

DOÑA ANA.

Señor, dándome la mano
Don Diego, le doy perdon.

MARQUÉS.

Yo de la muerte le doy
Á don Fernando, pues soy
Parte formal desta accion.

REY.

Caballeros valerosos,
De España gloria y honor,
En cuyos heróicos pechos
Cuatro espejos mira el sol,
De justiciero me precio;
No he de serlo ménos hoy:
Justicia tengo de hacer,
Y premiar vuestro valor.
Al que es único en un arte
Util á las gentes, dió
La ley, de cualquier delito,
Por una vez remision;
Que el derecho prevenido
Más conveniente juzgó
Conservar el bien de muchos,
Que castigar un error.
De vosotros pues cualquiera
Es tan único en valor,
Que niega á los mismos ojos
Crédito la admiracion.
Pues ¿cuál arte puede dar

Á un reino fruto mayor
Que el valor, pues por los cuatro
Miro ya en mi sujecion
Las cuatro partes del mundo?
Luego bien pruebo que os doy
La libertad por derecho,
Y por justicia el perdon.

MARQUÉS.

Dilate el cielo tu imperio.

DON FERNANDO.

Dés á la envidia temor.

DON PEDRO.

Celébre el tiempo tu nombre.

DON DIEGO.

Y la fama tu opinion.

REY.

Dad pues la mano de esposo,
Don Diego á doña Ana; y vos
Escoged esposo, Flora;
Que la perdida opinion
Es justicia restauraros.

DOÑA FLOR.

El Marqués la causa dió
Á que en mi fama tocase
El vulgo murmurador;
Que á quien con poder pretende,

Le juzga en la posesion:
Y así él es solo quien puede
Y debe ilustrar mi honor.

MARQUÉS.

Por pagar así á don Diego,
Vuestro hermano, que ofreció
Su vida por darme vida,
Sin eso os la diera, Flor.

ENCINAS.

Y á mí ¿me alcanza la ley
De lo del arte y valor?

REY.

Por ser único en lealtad
Perdon merece tu error.

ENCINAS.

Y pues solo por serviros
Se ha desvelado el autor,
Siendo nobles, por justicia,
Os puede pedir perdon.

GANAR AMIGOS.

El que funde la belleza dramática en la verosimilitud, y la verosimilitud, en la conformidad de los hechos humanos á las leyes de la razon pura, condene desde luego este drama, ó mejor dicho, todo el teatro español antiguo, que solo presentará á su criterio engendros y mónstruos, destituidos de toda regularidad y merecimiento. Afortunadamente son ya pocos los prohibicionistas, que no permitan la entrada á solo un género literario. La crítica cada vez más esclarecida y discreta conoce mejor los factores permanentes del gusto, y todas las formas legítimas de la bella produccion literaria, considerablemente multiplicadas, con haberle abierto las dos vias, de realizar lo ideal, y de idealizar lo real; y con haberse proclamado, que en la poesía hay tanta verdad como en la historia, y que la verdad histórica, para ser poética, necesita ser verosímil.

Al tenor de estos principios, que no nos cumple desenvolver ni comprobar aquí, ha de juzgarse la presente comedia, que hemos llamado drama, por ser los sentimientos, más bien que las costumbres, el alma de toda su vitalidad.

El caballerismo y el agradecimiento, el amor y la amistad o engendran, sostienen, complican y desenlazan, formando una galería de figuras, á cual más interesantes y perfectas, dentro de su particular atributo, y segun el plano y términos en que les cumple funcionar. Pero la que entre todas descuella nobilísima, heróica, ideal, es la del Marqués á quien

D. Fernando de Godoy, perseguido y acosado por la justicia encuentra y le dice:

DON FERNANDO.

Los dos solos, desnudamos
Cuerpo á cuerpo las espadas,
Y el otro fué el desdichado.

MARQUÉS.

Siendo así, yo os libraré.

Entre hidalgos, estas palabras equivalen para el uno á declaracion jurada: para el otro, á inviolable compromiso. Ahora bien: el muerto es hermano menor y único del Marqués, que le sirve de padre en el amor y en el cuidado: y la causa de la muerte fué el haber querido impedir á D. Fernando, que hablase con doña Flor á la ventana. Es decir, que además era rival amoroso del Marqués. Convengamos en que responden á estas posiciones, con la hidalguía, entereza y dignidad á que vienen dramáticamente tenidos. En aquella lucha, emprendida entre las obligaciones del favorecido y los derechos del favorecedor, complicada con una muerte, un amor y unos celos, no cabia mostrar mayor altivez que la que muestra el primero, cuando estaba más comprometido: ni se ha visto cristiana longanimidad semejante á la del segundo, cuando más en su poder tenia á quien le agraviaba, ni valor parecido en ambos.

Recordemos que el Marqués pregunta á D. Fernando, cosa bien natural, quién es y qué historia con Doña Flor fué la que dió orígen al trágico lance ocurrido al pié de su ventana. Reclamando entónces D. Fernando la libertad incondicional que le ha prometido, se niega á satisfacer su curiosidad, observándole, que aquellas preguntas hechas ántes de ponerle en salvo, semejan condiciones, y que no habiéndosele impuesto de antèmano, no está en el caso de atenderlas. Hácele fuerza al Marqués este razonamiento y cede: pónele en seguridad, le da unas cadenas de oro (por no llevar encima á la sazon

dinero) para que se socorra: y luego que ha cumplido su palabra con exceso, segun él mismo dice, y con suma delicadeza, añadiremos nosotros, vuelve á sus primeras preguntas, y D. Fernando á sus anteriores negativas.

Cediendo al cabo á las reiteradas instancias del Marqués le declara su nombre: pero le oculta el de Doña Flor, que con igual empeño pretende aquel averiguar.

Á consecuencia de esta terca ocultacion, vienen á las manos: cae debajo D. Fernando, y acosado con nueva insistencia para que le descubra, dice:

DON FERNANDO.

Resuelto á callar estoy.

MARQUÉS.

¿Que os resolveis en efeto
Si con la muerte os obligo,
Á no decirlo?

DON FERNANDO.

Conmigo
Ha de morir mi secreto.

No podia hacerse mayor sacrificio, ni llevar más allá el miramiento á la reputacion de una señora.

El Marqués dá cumplimiento á su palabra de no descubrir á D. Fernando, como matador de su hermano, hasta un extremo, que deberia sorprendernos, si no hubiésemos anunciado desde luego el idealismo á que se remontan las virtudes que aparecen en esta obra. No puede en efecto pasar de donde llega al decir al rey:

MARQUÉS.

Hasta agora se ha ignorado
El homicida; mas yo,
Puesto que ya sucedió
El daño, y está probado

Que desnudaron los dos
Los aceros, mano á mano.
Y dar á mi triste hermano
Ménos dicha quiso Dios,
Solo me holgára, señor,
Que el agresor pareciera
Para que á vos os sirviera
Un hombre de tal valor.

Pero la nobleza del Marqués y su bondad no se muestran solo para con D. Fernando de Godoy. Noticioso el rey de que D. Pedro de Luna tenia en palacio relaciones amorosas, por las que merecía pena de la vida, comete al Marqués la ejecucion breve y secreta de esta sentencia. No permitiéndole su lealtad contradecirle, ni su virtud obedecerle, busca al de Luna, le propone ir á mandar una expedicion: éste lo interpreta por celos: se niega y le mira en adelante como enemigo: el cual, sin embargo, era su principal favorecedor y más celoso abogado.

He aquí algunas facciones, no la gran figura del Marqués desprendida del cuadro. Por una série de enredos y conspiraciones, se ve decaido de la real gracia, preso y condenado á muerte, por supuesta violacion de Doña Ana, que le acusa ante el rey. Apurados los reveses de la suerte, principia á cojer el fruto de lo que habia sembrado. Sabida su desgracia, á que todos involuntariamente han contribuido, principia el desenlace, ostentando cada uno tan altas virtudes, como merecia la nobleza y generosidad del que con su propio ejemplo, se las habia enseñado. D. Fernando y D. Diego, despues de confesar la verdad que respectivamente les tocaba, se ofrecen á morir por él. D. Pedro de Luna le propone fugarse, quedándose él preso en su lugar. Por cierto que no se dá mayor lealtad y patriotismo que los del Marqués en su respuesta á esta proposicion. Dice:

Don Pedro, ¡no quiera el cielo,
Cuando está toda la tierra
Ardiendo en contínua guerra,

Que yo vaya á dar recelo
Y duda de mi lealtad,
Por huir cierto castigo,
Buscando en reino enemigo
De mi rey, la libertad!
No: muy mal lo habeis mirado:
Que menor inconveniente
Será morir inocente,
Que vivir mal opinado.

Restablecida la verdad de los hechos, y justificado el Marqués, devuélvele el rey su gracia y perdona á los demas, en consideracion á la virtud y abnegacion de cada uno.

El teatro no ofrece composicion dramática en que más abunden los caractéres levantados: por eso hemos dicho, desde un principio, que si el mérito ha de medirse por la verosimilitud, y la verosimilitud, por la realidad histórica, el presente drama pertenecerá al mundo de las eternas aspiraciones del espíritu, no al mundo del cuerpo y de los sentidos.

Hasta dónde obligaba en los antiguos tiempos la palabra de un caballero, difícilmente se pinta mejor que en la série de favores hechos por el Marqués á D. Fernando: la firmeza y extremo de la amistad, en la conducta de éste con aquél, durante su desgracia; los sacrificios que el agradecimiento sugiere á las almas bien nacidas, en D. Pedro de Luna: en una palabra, tipos de virtud sobrehumana son los que ofrece esta pieza de esos que refrigeran el alma y la manifiestan en toda su excelencia y dignidad. Solo Doña Flor presenta la parte flaca de la humanidad. Es mujer ligera y áun liviana, que aparentando amar en secreto á D. Fernando, para que calle sus antiguas relaciones con ella, hace cara públicamente al Marqués, con quien aspira á casarse. Su proyecto para la cita nocturna que le habia dado y que le explica á su hermano D. Diego, es indigno y bien impropio de quien dice al principio que

Es el honor cristal puro,
Que se enturbia del aliento.

Aquella explicacion de lo que sabe, como testigo presencial acerca de la muerte del hermano del Marqués, si bien es oportuna y buena en consideracion á la marcha general del drama, pues tanto lo que dice acerca del Marqués, como lo que calla acerca de D. Fernando conducen al nudo y al interés, bajo el punto de vista de la forma, es mala; está llena de un impropio y fastidioso lirismo que la alejan del punto á que quiere y debe encaminarse: y dilata largamente y enfria la contestacion, que pretende y se ve forzada á dar.

Bajo el aspecto del fondo, es sobremanera censurable. Sin duda que la moral y las costumbres eran á la sazon muy distintas de las nuestras. ¿Quién de nosotros, aunque no ejercemos sobre nuestras hermanas el tiránico imperio que aquellos hermanos ejercian sobre las suyas, habria oido como D. Diego, sin reprender, ¿qué digo, sin reprender? sin extrañar siquiera, los pormenores de aquella emboscada á que con el reclamo de su cariño y con el cebo de su honra, ó por mejor decir, de su deshonra que habia de consumarse ante testigos, se habia propuesto Doña Flor atraer al Marqués? Ni hubieran osado decírnoslo á nosotros, ni habria consentido el público ese medio de enamorar en una señora; y lo que es más y mejor aún, ni entre nuestras mujeres habria, á no descender á la hez de la sociedad, una que aspirase al matrimonio, por tan vergonzosa y criminal artería.

La accion fecunda y compleja, pero clara y unida marcha sin embarazo y acompasadamente al nudo que no cabe apretar más: y se desata natural, fácil y ordenadamente, ofreciendo todos los personajes, incluso el criado Encinas, ejemplos de rara abnegacion, segun hemos dicho.

Ocioso es detenernos á encarecer la naturalidad del diálogo, la tersura de la versificacion, y lo selecto y despejado del lenguaje.

ÍNDICE

DE LAS COMEDIAS Y JUICIOS CRITICOS DE ESTE TOMO.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

EDICION DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID
IMPRENTA NACIONAL
1867.

Esta obra, que consta de tres tomos, se vende en el despacho de libros de la Academia Española, calle de Valverde, número 26, y en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, á 36 reales.

